

**Programa de Posgrado en Ciencias Sociales IDES – UNGS
Maestría en Ciencias Sociales**

**La identidad chacarera en las grietas del paisaje sojero.
Desplazamientos, transmisiones y apropiaciones intergeneracionales
en las transformaciones recientes de la producción familiar pampeana**



Tesista: Lic. Luciana Manildo

Directora: Dra. Carla Gras

Buenos Aires, Agosto de 2009

AGRADECIMIENTOS

*Para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia.*

Octavio Paz

A los sujetos de esta investigación, que ofrecieron su tiempo, su vida y sus relatos para hacerla posible.

A mi directora, Dra. Carla Gras, por su enorme generosidad intelectual y humana. Por sus sugerencias, su orientación y su lectura dedicada. Por la libertad que tuve para explorar, retroceder y ensayar diferentes caminos en el proceso de investigación, y por su acompañamiento constante en cada una de estas etapas.

A los compañeros, colegas y amigos que leyeron con paciencia los cientos de borradores de cada capítulo y cuyos aportes sin dudas los enriquecieron.

A todos los miembros del Componente Agrario del Área de Sociología de la UNGS, coordinado por la Dra. Carla Gras y la Dra. Valeria Hernández, y del Proyecto “*Crisis de la agricultura familiar: impactos sociales, económicos, culturales y políticos en tres comunas rurales de la región pampeana*” dirigido por la Dra. Carla Gras y la Dra. Karina Bidaseca, con sede en el Instituto Gino Germani de la UBA. Entre ellos, un agradecimiento especial a los compañeros con quienes compartí diferentes etapas del trabajo de campo: Lic. Mariana Oppezzo y Mgter. José Muzlera. Muchas de las entrevistas incluidas en las páginas que siguen fueron realizadas conjuntamente con ellos.

A los docentes y compañeros del posgrado que leyeron borradores y fragmentos a través de los trabajos de los seminarios y en los talleres de Tesis. Muchas de sus sugerencias y devoluciones permitieron dar forma y sentido a las reflexiones que se desarrollan en este trabajo.

A las instituciones que ofrecieron recursos que permitieron que la investigación se llevara a cabo: a la Fundación Antorchas y UBACyT (período 2004 – 2007), ANPCyT (2007 – 2010).

A mi familia y mis amigos, que me acompañaron en este camino, y que tantas veces lo allanaron.

RESUMEN

En el marco de transformaciones estructurales que produjeron, en las últimas décadas, el debilitamiento de la producción familiar pampeana, intentamos comprender algunas dimensiones de la crisis del mundo chacarero. Este constituía un espacio de relaciones sociales que remitía a una trayectoria social y política compartida en torno de la cual se estructuraban las identidades y se construía el “mundo en común”. En ese marco, abordamos nuestras preguntas sobre las condiciones de persistencia en la actividad y los mecanismos de selección involucrados, incorporando la dimensión subjetiva e identitaria. De este modo, intentamos comprender el proceso de desajuste entre condiciones objetivas y experiencia subjetiva, a partir de un cambio estructural y abrupto, que involucra el estallido de la identidad chacarera. Nuestra hipótesis es que el condicionante fundamental que marcó, desde el punto de vista de la subjetividad, la frontera entre persistencia y desplazamiento fue la *posibilidad (o imposibilidad) de un distanciamiento reflexivo del propio habitus*.

La segunda cuestión que estructura el trabajo refiere a la *intergeneracionalidad*. La interrupción de mecanismos sedimentados de transmisión de patrimonios económicos y simbólicos, y la redefinición de aquello que los sujetos consideran transmisible como herencia, opera tanto para quienes han salido de la producción directa como para quienes permanecen. Los modos en que ha sido percibida y transitada esta experiencia disruptiva son constitutivos de las posibilidades de construir un *relato* sobre ella, y de incorporarla en la *biografía familiar*. Los diálogos y los silencios entre generaciones, los choques y tensiones entre relatos disidentes, las grietas a través de las cuales se filtran las preguntas que no encuentran otra forma de ser formuladas, los reclamos explícitos e implícitos al interior del grupo familiar, constituyen aspectos fundamentales para comprender los procesos de recomposición social e identitaria, la “reorganización del mundo” aún en curso.

Palabras clave: producción familiar - desplazamiento – identidad – transmisión intergeneracional

ABSTRACT

In the last decades, structural modifications have caused the weakness of the pampean familiar production. In this context, we try to understand some dimensions of the farmers's world crisis. This world was part of social relationships that refer to a shared social and political trajectory. This trajectory used to structure identities and built "a world in common". In this context we ask ourselves about the persistence of the production conditions, and about the selection mechanisms that are involved. Our questions try to add subjective and identity dimensions.

In this way, we try to understand how the objective conditions has dissociated themselves from the subjective experiences, how the radical and structural changes have broken up the farmer's identity.

Our hypothesis is that the main thing that has conditioned (from a subjective point) the limit between the persistence and the displacement was the *possibility (or impossibility) to have a reflexive distance from their own habitus*.

The other important thing that structures our work refers to the *intergenerationality*. The interruption of sedimented mechanisms of economic and simbolic patrimonial transmittion, and the redefinition of these things that the individuals consider as a heritage that may be transmitted, impact to the ones who has came out from the direct agrarian production such as the ones who still stays in. The ways in which this disruptive experience has been perceived and lived are constitutive of the possibilities to build a *story* about it, and to include it in the *familiar biography*.

The dialogues and silences between generations, the collisions and tensions between the diferent stories, the questions that go through the cracks because there is not another way to be asked, the explicit and implicit claims within the familiar group, are fundamental aspects to understand the social and identity recomposition process, to see the "world reorganization" that is still happening.

Key words: Familiar production- displacement- identity- intergenerational transmittion.

INDICE

AGRADECIMIENTOS.....	2
RESUMEN.....	3
INDICE.....	5
ABSTRACT	6

INTRODUCCIÓN.....7

El sujeto de nuestra investigación: los chacareros del sur santafesino.....	13
Localización de la investigación.....	14
¿Agradables panoramas? Cuestiones de metodología, epistemología y perspectiva.....	16
Grietas en el verde paisaje.....	22

PRIMERA PARTE – TRANSFORMACIONES Y DESPLAZAMIENTOS

CAPITULO UNO. LAS TRANSFORMACIONES RECIENTES EN EL AGRO PAMPEANO Y EL DESPLAZAMIENTO DE LA PRODUCCIÓN FAMILIAR..... 26

I. Las transformaciones estructurales y su impacto en la producción familiar.....	26
<u>Las reformas estructurales y la consolidación del modelo neoliberal.....</u>	26
<u>El impacto de las transformaciones en la estructura agraria.....</u>	28
<u>Expulsión, concentración, heterogeneización.....</u>	28
<u>Las transformaciones en la producción familiar pampeana.....</u>	31
II. Endeudamiento, crisis y desplazamiento.....	35
<u>La crisis.....</u>	35
<u>La deuda.....</u>	38
<u>El desplazamiento.....</u>	39
III. La dimensión material del desplazamiento.....	41
<u>Los diferentes momentos del desplazamiento y su impacto.....</u>	41
<u>Las modalidades del desplazamiento.....</u>	42

CAPITULO DOS - LA DIMENSION SUBJETIVA DEL DESPLAZAMIENTO..... 45

Primeros indicios.....	45
El desanclaje de la tierra.....	49
Espacio e identidades sociales: la redefinición del ‘nosotros’ y del “territorio chacarero”.....	55
Diálogos intergeneracionales: transmisiones y apropiaciones, saberes y relatos biográficos.....	62

PARTE II - TRAYECTORIAS, TRANSMISIONES Y APROPIACIONES

CAPITULO TRES. PARAISOS PERDIDOS.....69

La familia de Pepe.....	73
<u>Primer golpe: la venta del campo.....</u>	77
<u>Segundo golpe: La traición del patrón.....</u>	80
<u>Ser patrón, ser empleado.....</u>	84
<u>La toma de decisiones en soledad.....</u>	87
<u>Fisuras y desajustes temporales.....</u>	89
<u>El cuestionamiento a la autoridad paterna.....</u>	91
<u>El prisma de percepciones que resulta del silencio.....</u>	95
Todo tiempo pasado fue mejor (las edades de oro).....	98
Lo que podría ser y no es: el futuro roto.....	101
Este y otros paraísos.....	103

CAPITULO CUATRO. LA INMATERIALIZACION DE LA HERENCIA.....	105
La relación con la tierra: de soporte identitario a mercancía.....	108
Anticiparse a lo que viene.....	112
Sociedades nuevas: “familiaridad” en reemplazo de “familia”.....	118
Flexibilidad, trabajo por objetivos, “incentivos” a la productividad.....	121
<u>La capacitación como inversión.....</u>	<u>121</u>
<u>El que se preocupa gana más.....</u>	<u>122</u>
La continuidad intergeneracional.....	123
La vocación y la crisis.....	129
Rituales y sentido de continuidad.....	135
<u>La carneada.....</u>	<u>137</u>
CONCLUSIONES.....	141
ANEXOS	
<u>Anexo I</u> - Algunas hipótesis exploratorias en torno a los relatos del espacio.....	149
Primera hipótesis: huellas del neoliberalismo. Establecidos y marginados.....	150
Segunda Hipótesis: género y espacio. La “estructura social en acción” vista a partir de un “error”.....	150
<u>Anexo II</u> - Imágenes de una agricultura sin sujeto.....	152
Fotos incompletas, fotos de lo ausente: imágenes de un campo sin sujeto.....	153
Imágenes en contraste I. Del productor como sujeto de la agricultura familiar a una ‘agricultura sin agricultores’. El ‘corpus imaginario’.....	155
Imágenes en contraste II. Hacer y mirar. El campo y la identidad.....	155
BIBLIOGRAFÍA	157

INTRODUCCIÓN

El punto de partida de nuestra investigación, hace algo más de cuatro años, fue la inquietud acerca del impacto que habían tenido sobre la estructura agraria pampeana las transformaciones operadas en el sector agropecuario en las últimas décadas –como la apertura externa, la amplia desregulación del sector, o la expansión de un modelo tecnológico que supuso la intensificación de los requisitos de capitalización para las explotaciones agropecuarias y sus consecuencias sobre la determinación de nuevas escalas de rentabilidad-, particularmente sobre las pequeñas explotaciones agropecuarias familiares del sur santafesino. El debilitamiento de la producción familiar se constituía como un fenómeno indiscutible, a la luz de los contrastes que podían observarse entre los dos últimos censos nacionales agropecuarios, de 1988 y 2002. La comparación entre ambas mostraba la significativa disminución del número total de explotaciones, especialmente entre las que integraban el estrato de menos de 200 hectáreas. En la región pampeana, estos estratos están fuertemente identificados con la producción familiar en sus distintos tipos: la historiografía, los estudios rurales y también los propios actores refieren a ellos como “gringos” o “chacareros”, en alusión al proceso histórico que los constituyó como actores fundamentales del agro pampeano desde finales del siglo XIX.

Precisamente fue este interrogante el que constituyó la piedra fundamental de nuestra investigación: ¿cuáles son las condiciones de persistencia de la producción familiar pampeana? ¿Quiénes están en condiciones de permanecer y quiénes no? ¿Cómo opera ese *proceso de selección*? ¿Qué tipo de sujeto resulta de estas transformaciones? Y fundamentalmente, ¿qué ocurre con aquellos expulsados de la producción directa, qué ha pasado con su tierra y qué tipo de reinserción ocupacional han tenido?

Sin embargo, en el proceso de investigación comenzaron a delinearse aspectos que no estaban incluidos en nuestros interrogantes de partida referidos a los impactos de la expulsión en la subjetividad, el carácter múltiple que revestía para aquellos que habían debido abandonar la producción y vender la tierra que por generaciones habían poseído. Como observamos en nuestros primeros acercamientos al campo, *la tierra* desde la perspectiva de nuestros interlocutores, no solo era tematizada como capital económico sino también como un capital simbólico y cultural, como vehículo de la historia familiar y comunitaria, como un referente identitario sustantivo. Estas dimensiones fueron

cobrando centralidad a medida que los propios sujetos las iban instalando en las conversaciones. De este modo, nuestra metáfora inicial para referirnos al fenómeno que estábamos considerando –los procesos de salida de la producción agropecuaria como *desplazamiento*- fue adquiriendo forma y sentidos cada vez más complejos, delineándose como un concepto polisémico, un recurso heurístico que nos permitía aprehender, en su pluridimensionalidad, la experiencia reciente.

Esto abrió un campo de interrogación e indagación diferente al que nos habíamos planteado inicialmente, y requirió la búsqueda de anclajes teóricos y metodológicos específicos para dar cuenta de ellos. En consonancia con otros investigadores del campo de los estudios rurales, nuestros interrogantes comenzaron a inscribirse en el debate acerca del *estallido de la identidad chacarera* (Gras y Bidaseca, 2009). Creemos que nuestro principal aporte a ese debate es, precisamente, el abordaje de la dimensión subjetiva e identitaria para responder a preguntas que han sido con frecuencia respondidas desde otras dimensiones, de carácter objetivo, estructural. Ello no implica invalidar este tipo de interpretaciones sino que pensamos nuestra propuesta como un complemento de aquellas, que toma en consideración el modo en que los sujetos se vinculan con el mundo en que se desenvuelven.

Para dar cuenta de las mediaciones entre sujeto y mundo, hemos recurrido al concepto bourdeano de *habitus*. A partir de ese concepto, abordamos los mecanismos de *ajuste* entre condiciones objetivas y experiencia subjetiva, y el proceso de *desajuste* entre ambas a partir de un cambio estructural y abrupto. Es relevante tener en cuenta este último punto –la vertiginosidad de los cambios operados a partir de la década de 1990, aunque muchos tuvieran sus orígenes en décadas anteriores- para comprender el déficit de recursos en los reservorios de experiencia de los sujetos, que les permitieran situarse activamente ante las nuevas circunstancias. Esto produjo una “desorganización del mundo” que imposibilitó a los sujetos inscribir la propia experiencia en alguna “grilla de legibilidad” (Kessler, 2000). De este modo, en el centro de nuestro análisis hay una hipótesis fundamental que organiza nuestras preguntas y las respuestas que hemos construido en torno a ellas: el condicionante fundamental que marcó, desde el punto de vista de la subjetividad, la frontera entre persistencia y desplazamiento fue la *posibilidad (o imposibilidad) de un distanciamiento reflexivo del propio habitus*.

De este modo, hemos intentado recuperar la pluridimensionalidad de los procesos que constituyen nuestro objeto: en sus causas; en sus formas de materialización objetiva y en la performatividad del habitus sobre la experiencia subjetiva; en los modos de transitarlos; y en sus efectos sobre las identidades, sobre la vida cotidiana, sobre el universo doméstico, familiar y comunitario. La dimensión *procesual*, en sentido estricto, está en el centro de la escena a lo largo de todo el trabajo. Al comienzo de esta introducción señalamos que nuestro punto de partida fue el contraste entre dos momentos, 1988 y 2002. Quisimos reconstruir la dinámica al interior de esas dos *fotos estáticas*, y su proyección hacia el futuro. Así, *tiempo, espacio (geográfico y social) y territorio* son dimensiones que cortan transversalmente todo el texto.

Este recorte de nuestro problema de investigación permite dar cuenta del proceso de concentración y heterogeneización de la producción familiar, que condensa el sentido de las transformaciones operadas. Este aspecto es nuclear para la comprensión de la crisis del mundo chacarero, que constituía un espacio de relaciones sociales territorialmente ancladas e intergeneracionalmente reproducidas, y que remitía a una trayectoria social y política compartida en torno de la cual se estructuraban las identidades y se construía el “mundo en común”.

Lo dicho hasta aquí nos permite introducir la segunda cuestión que estructura el trabajo: la *intergeneracionalidad*. Como intentaremos demostrar, la interrupción de los mecanismos de transmisión de patrimonios económicos –la tierra fundamentalmente– y simbólicos, así como de saberes, y la redefinición de aquello que los sujetos consideran transmisible de generación en generación, como herencia, opera tanto para quienes han salido de la producción directa –los desplazados– como para quienes permanecen¹. Los senderos que unos y otros van transitando, impulsados por las nuevas condiciones estructurantes y por los recursos de los que disponen para posicionarse en ellas, tienden a profundizar el proceso de heterogeneización en las nuevas generaciones. Los modos en que la experiencia crítica de la década pasada ha sido percibida y transitada son constitutivos de las posibilidades de construir un *relato* sobre ella, y de incorporarla en

¹ Nuestro concepto de patrimonio excede su dimensión económica –aunque la incluye–, e incorpora el bagaje cultural, los saberes prácticos y los relatos de familia transmitidos de generación en generación, los entramados relacionales basadas en el nombre o en el pasado compartido, entre otras dimensiones que organizan el sentido de continuidad biográfica que hace posible la construcción de una subjetividad anclada históricamente.

la *biografía familiar*. Los diálogos y los silencios entre generaciones, los choques y tensiones entre relatos disidentes, las grietas a través de las cuales se filtran las preguntas que no encuentran otra forma de ser formuladas, los reclamos explícitos e implícitos al interior del grupo familiar, constituyen aspectos fundamentales para comprender los procesos de recomposición social e identitaria, la “reorganización del mundo” aún en curso.

El recorrido que proponemos se organiza en dos grandes bloques, constituidos por dos capítulos cada uno. En la primera parte **“Transformaciones y desplazamientos”**, caracterizamos las transformaciones estructurales operadas en las últimas décadas, y la doble dimensión del desplazamiento. En el capítulo uno -**“Las transformaciones recientes en el agro pampeano y el desplazamiento de la producción familiar”**- abordamos, en primer término, las transformaciones en la estructura agraria argentina con especial referencia a la región pampeana y sus consecuencias en términos de expulsión y concentración de unidades productivas y de heterogeneización de la producción familiar. Posteriormente, caracterizamos la dimensión material de la experiencia del desplazamiento.

En el segundo capítulo, **“La dimensión subjetiva del desplazamiento”**, desarrollamos el núcleo fundamental de nuestro trabajo: el proceso de redefinición de nuestros interrogantes, al calor del cual fuimos construyendo hipótesis en torno de la cuestión de las identidades y las subjetividades, y que tiene como eje analítico lo que llamamos el *desanclaje* de la tierra como soporte identitario a partir de la consolidación del nuevo modelo socioproductivo en el agro. Exploramos la redefinición del “nosotros” social y las objetivaciones en el espacio social de ese proceso, que incluye la construcción de miradas estigmatizantes sobre los desplazados, y la autoestigmatización que estos –en ausencia de otros soportes para construir explicaciones, y de la imposibilidad de legitimarlos socialmente- reproducen sobre sí mismos. Sobre el final de este capítulo, introducimos la reflexión acerca de los diálogos intergeneracionales y anticipamos el modo en que serán tematizados, en los capítulos siguientes.

La segunda parte del trabajo -**“Trayectorias, transmisiones y apropiaciones”**- está compuesta por dos *trayectorias familiares*. Estas constituyen un recurso heurístico cuya idea implícita es que *“este entramado de experiencias vitales no es producto del azar*

sino que posee una direccionalidad, es decir, una dinámica específica (...) Sin embargo, a partir del análisis de trayectorias vitales no se apunta a una mera identificación de sucesos relevantes en el nivel individual. Muy por el contrario, de lo que trata en última instancia es de vincular lo micro con lo macro, partiendo de la visión de que las trayectorias “sintetizan” el aprovechamiento que los sujetos pueden hacer de la estructura de oportunidades existente a partir de la puesta en juego de sus capacidades profesionales y sociales y de sus propias subjetividades y proyectos vitales” (Craviotti y Gras, 2006.: 7)

En este punto, es de suma relevancia hacer dos aclaraciones: en primer término, la familia -institución social de relevancia indiscutida para el análisis sociológico- no constituye nuestro *objeto* de investigación, sino el *loci* a través del cual lo abordamos. La segunda aclaración de importancia es que las familias han sido seleccionadas porque reúnen de modo paradigmático los rasgos que hemos encontrado una y otra vez a lo largo de las entrevistas con los productores y exproductores. De este modo, hablar de ellos pretende describir *a través suyo* a toda una categoría social en el contexto del estallido del mundo chacarero.

Es decir, cada una de las trayectorias expresa la heterogeneidad de la experiencia del desplazamiento, y en ese sentido cada capítulo da cuenta de las posibilidades diferenciales de reorganización subjetiva y de la trama vital según como haya sido transitado el escenario adverso que se configuró en la década pasada, y según qué mecanismos de *reconversión de capitales*, o refuncionalización / selectividad de tradiciones –tomando la noción de tradición selectiva y de tradiciones emergentes y residuales que desarrolla Williams en “*Marxismo y literatura*”- hayan sido puestos en acto. En tal sentido, son trayectorias que describen polos opuestos de la experiencia del desplazamiento, de modo que –además del análisis específico de cada trayectoria en sí misma- permiten poner juego contrastes que, entre otras cosas, constituyen sustento y objetivación de nuestras hipótesis sobre la redefinición del mundo social, presentadas en el capítulo dos. Debemos señalar que entre las dos situaciones polares que describimos, es dable reconstruir una gama de “grises”, trayectorias que combinan de modos específicos algunos de los elementos que aquí presentamos, y articulan otros que dan cuenta de diferentes formas de salida y permanencia. Era imposible dar cuenta de ese

abánico de trayectorias en esta instancia, por lo que la decisión teórico-metodológica fue abordar exhaustivamente los casos “extremos”, postergando para etapas venideras de trabajo la reconstrucción más amplia de otras trayectorias. Renunciamos, así, a una perspectiva más abarcadora en pos del abordaje en profundidad de los casos que efectivamente incluimos.

En ambos casos, reconstruimos los sentidos asignados a la experiencia reciente, los modos en que es transmitida por sus protagonistas directos y reapropiada por los más jóvenes –que no la vivieron o eran muy pequeños cuando ocurrieron los hechos relatados- según la posición actual a la que las trayectorias hayan “llevado” a los sujetos. A través de los diálogos y silencios intergeneracionales intentamos reconstruir el proceso de reorganización del *habitus*, es decir, de las mediaciones que –en las nuevas circunstancias- vinculan a los sujetos con el mundo.

Así, en el capítulo tres –“**Paraísos perdidos**”- recuperamos el modo en que ha sido percibida, transmitida y apropiada la forma extrema del desplazamiento: la salida de la producción con desconexión total del mundo agrario; mientras que, en el capítulo cuatro –“**La inmaterialización de la herencia**”- nos concentramos en una trayectoria signada por la adaptación activa y temprana a las nuevas “reglas de juego” que planteaba el modelo.

Por último, incluimos al final del trabajo dos anexos: en el primero, exploramos algunas hipótesis sobre el espacio del pueblo. En el segundo, reflexionamos sobre nuestros supuestos teóricos y metodológicos a partir una serie de fotografías que hemos pensado como “dobles metáforas”: por un lado, de los límites de nuestro trabajo de campo; por otro, de la relación entre los sujetos, el trabajo y la tierra en el marco del nuevo modelo socioproductivo agrario. Creemos que a partir de ellos es dable mostrar otras aristas del proceso de investigación que, simultáneamente, refuerzan nuestras conclusiones a la par que complejizan nuestro campo de indagación, permitiéndonos esbozar la trama en la que es necesario reinscribir las relaciones planteadas en los capítulos centrales. Esa restitución, no como contexto sino como problema a ser comprendido, constituye el objeto de la etapa de investigación actualmente en curso.

El sujeto de nuestra investigación: los chacareros del sur santafesino

Hemos referido anteriormente al *estallido de la identidad chacarera* pero no hemos profundizado en a qué y a quien remite ese estallido: ¿quiénes son los chacareros? Simplificando en extremo un debate que ha atravesado los límites de la historiografía, la antropología y la sociología rural, esta categoría yuxtapone un componente identitario y político a una categoría más amplia: la de productor familiar capitalizado. Precisemos en primer término esta última categoría: la producción familiar se define por la relación inescindible entre la explotación agropecuaria y la unidad doméstica; en el caso pampeano, y por las características específicas del proceso histórico, ello implica la combinación de la propiedad de la tierra con la organización productiva sustentada principalmente en el trabajo familiar. Esta forma de organización productiva, con grados variables de capitalización, ha tenido históricamente una fuerte presencia en la región pampeana en general, y en la región en estudio, el sur santafesino, en particular.

El origen de este sujeto resulta de las políticas estatales de fomento a la inmigración desplegadas hacia fines de siglo XIX y principios del XX; posteriormente, el acceso a la propiedad estará también asociado a políticas impulsadas desde el Estado –básicamente mediante la promoción del crédito hipotecario- en principio tíbicamente ensayadas durante la década del '20 y de alcance mucho más amplio durante el peronismo.

En segundo término, el hito fundante de la identidad colectiva del chacarero y su consolidación como sujeto político remite al Grito de Alcorta, de 1912. Este momento de visibilización política a través de la acción colectiva cristaliza en la creación de Federación Agraria Argentina (FAA), institución que desde entonces representa a los pequeños y medianos productores agropecuarios. En tanto toda identidad es necesariamente relacional (Laclau y Mouffé, 1987)-, esta institución surge como contracara de sus “otros”: los terratenientes nucleados en la Sociedad Rural Argentina (SRA). Partiendo de la misma premisa, el cambio de época, las transformaciones en los modos de producir o gestionar la explotación, y en los marcos culturales, sociales y políticos a partir de los cuales producir identificaciones colectivas no solo redefinen al chacarero sino que también sus otros están en plena redefinición (Gras, 2009b).

El comportamiento económico de este sujeto involucra una lógica sumamente atenta a los avances modernizadores, adaptándose activamente a lo largo de todo el siglo XX a los cambios que ellos plantearan. Del mismo modo, sumamente activo ha sido su comportamiento político. Por lo tanto, nada ha habido de estático o “tradicional” (como contraposición a “moderno”) en sus comportamientos, por lo que no es novedoso el cambio en sí mismo. Lo singular de la experiencia reciente reside en que las nuevas condiciones estructurantes tensionan los rasgos constitutivos del chacarero –la combinación de la propiedad de la tierra y de las herramientas o parte de ellas con el trabajo asociado a la idea de esfuerzo físico, la relación con la tierra como anclaje identitario en la que se entramaban tierra, nombre y biografía y la centralidad de la fuerza de trabajo familiar en la explotación-, de modo que “seguir siendo” (productor) tiene como requisito “dejar de ser” (chacarero, en el sentido antes citado) (Grela, 1985; Balsa, 2002 y 2006; Bidaseca, 2005; Palacio, 2006; Muzlera, 2008, Manildo, 2009).

En suma, si ampliáramos nuestra pregunta inicial y planteáramos quién es el chacarero pampeano *hoy*, deberíamos proponer una respuesta con final abierto, al modo en que lo hace un trabajo de investigación reciente, que concluye caracterizándolo como *“un productor agropecuario que toma las decisiones sobre el proceso productivo; la economía de la empresa presenta una marcada superposición con la del hogar; la interdependencia –entre hogar y explotación- es principalmente económica, pero (...) la excede; la planificación de la explotación se piensa en función de las necesidades del hogar y por ende está estrechamente vinculada al ciclo de vida de la familia. Esta explotación chacarera no sólo es una fuente de recursos del hogar, es también un patrimonio simbólico familiar. Por lo tanto, si aceptamos esta caracterización, podemos decir que el chacarero, aunque debilitado en su representatividad numérica aún permanece, aunque sus formas de producir se ven transformadas, desafiando las categorías teóricas con que los analistas intentamos aprehenderlos. Sin embargo, esta permanencia no nos permite hacer un pronóstico sobre su futuro”* (Muzlera, 2008: 95-96).

Localización de la investigación

Hemos caracterizado nuestros interrogantes fundamentales, y el recorrido que haremos a través de ellos. Hemos presentado al sujeto de nuestra investigación, sin embargo no

hemos dicho aún *donde* interactuamos con ese sujeto. Hemos trabajado a partir de un estudio de caso, lo que supuso localizar nuestro análisis en un espacio – territorio determinado. Entendemos a este último como un indicador de especificidades que *localizan* las vivencias y los problemas propios de cada una de las comunidades; el ámbito de procesos económicos, sociales, culturales, étnicos (Manzanal, 2007). En el abordaje de esta dimensión retomamos los nexos que Bourdieu propone entre espacio social y espacio físico, en tanto *sistema de posiciones sociales* que se definen las unas en relación con las otras que constituyen una representación abstracta, un punto de vista sobre el conjunto de puntos a partir de los cuales los agentes dirigen sus miradas hacia el mundo social (Bourdieu, 1998).

De este modo, hemos localizado nuestra investigación en un pequeño pueblo del sur santafesino, perteneciente al departamento San Jerónimo. Fundado como pueblo a fines de 1897, tenía existencia como colonia –de modo que los orígenes del pueblo remiten a los procesos de constitución de nuestro sujeto de investigación, el colono – chacarero- desde 1886, sobre 3375 has. pertenecientes al fundador, quien las había heredado de su esposa. De acuerdo con el Censo Nacional de Población de 2001, su población es de 5314 habitantes. Este pueblo, ubicado sobre la ruta 11, que une Rosario con la ciudad de Santa Fe, es lugar de residencia de muchos productores cuyos campos se ubican en los alrededores del pueblo. Es también sede de una de las cooperativas vinculadas a FAA, y ha sido escenario de varias protestas durante los años '90: cortes de ruta, tractorazos. También de este pueblo han surgido referentes importantes de Chacareros Federados - corriente interna dentro de FAA que surge en los años '90 en disidencia con la pasividad de la “institución madre” frente a los endeudamientos, remates y liquidación de unidades productivas- y del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha, lo que hacía de él un espacio privilegiado para abordar sociológicamente la dinámica cambio – conflicto – adaptación social.

Por último, una encuesta estadísticamente representativa realizada durante 2007 en el pueblo como parte de un proyecto de investigación más amplio –en el que se inscribe la beca que hizo posible la última parte de la investigación que aquí presentamos, y que incluyó también a otros pueblos de la región²-, sumó un nuevo indicador que confirma

² Referimos al Proyecto “Crisis de la agricultura familiar: impactos sociales, políticos, económicos y culturales en tres comunas de la región pampeana”. Proyecto con financiamiento de la Agencia Nacional

en buena medida las hipótesis que orientaron nuestro trabajo y que nos llevaron a recortarlo sobre un pueblo: a las transformaciones vislumbradas a través de la comparación entre censos agropecuarios se suma la constatación del deterioro de las condiciones de existencia y del bienestar de los hogares, lo que guarda estrecha relación con la pérdida de peso del sector agropecuario como fuente de ingresos de los hogares, directa o indirectamente. Entendemos, entonces, que en buena medida este deterioro ha sido resultado de los procesos de salida que constituyen nuestro objeto. De este modo, por si fuera necesario aclararlo, esta localización permite poner de relieve que los procesos de salida de la producción directa no han afectado exclusivamente a quienes han sido desplazados, sino que tienen efectos ampliados sobre la vida social y comunitaria.

¿Agradables panoramas?³ Cuestiones de metodología, epistemología y perspectiva

Quisiera iniciar el apartado referido a la metodología de nuestra investigación con una referencia que nos permite retomar desde donde cerramos el apartado anterior. En su trabajo *“Veinticinco años de estudios rurales”*, José Bengoa cuestiona el devenir de la producción reciente de la sociología rural:

“los estudios agrarios temen hoy generalizar, se hunden en el detalle de lo que ocurre en una localidad determinada, se arriesga poca teoría, sólo hipótesis particulares y medidas. (...) Sin embargo hay una enorme diferenciación en cómo cada sector del mundo rural se cuelga o se descuelga de la gran corriente modernizadora que sumerge

de Promoción Científica y Tecnológica (PICT- UBA 2005 – 38014) dirigido por la Dra. Carla Gras y la Dra. Karina Bidaseca. Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. En este proyecto además se inscribe la Beca que hizo posible el último tramo de este trabajo y la investigación de doctorado en curso.

Mi investigación se llevó a cabo también en el marco de los proyectos: “Desplazamiento de explotaciones agropecuarias en la región pampeana. Características, categorías de destino y efectos sobre el bienestar de los hogares”. Proyecto con financiamiento de UBACYT – programación 2004-2007 – y de la Fundación Antorchas. Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Directora: Dra. Carla Gras. “Actores sociales, demandas de derechos y espacios de ciudadanía en la argentina contemporánea”. Proyecto con financiamiento de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (PICT - UNGS 2004). Directora: Dra. Maristella Svampa.

³ Este título dialoga con uno de los trabajos que ha constituido un faro para nuestra investigación: *El campo y la ciudad*, de Raymond Williams. En él, el capítulo en el que reflexiona, a través del análisis literario, sobre la construcción de la mirada y los objetos sobre los que ella se deposita como procesos histórica y socialmente constituidos lleva el título de “agradables panoramas”. Retomamos este texto en varias oportunidades a lo largo de nuestro trabajo.

a nuestros sectores agrarios. (...) La investigación de los últimos diez años intenta comprender cómo los diferentes casos locales se reubican, adecuan, integran, resisten, a esa modernización. (...) El campo latinoamericano se desglosa en miles de formas diferentes, y en esa diversidad está su riqueza presente y futura, a pesar de que todos – los que acceden a la modernidad y los que la rechazan- están inmersos en los mismos macroprocesos” (Bengoa, 2003: 58 – 59).

Aunque comparto la preocupación y las advertencias de Bengoa en lo que refiere a una dimensión vacante en la sociología rural, en virtud del *empequeñecimiento* de los abordajes y los alcances, creo necesario enfatizar –para que acabe de comprenderse la pertinencia del propósito de este trabajo- en que abordar un estudio de caso no sólo permite extraer conclusiones válidas respecto de él –lo que sería de todos modos lícito si de ello resulta la posibilidad de comprender en profundidad una configuración social específica- sino que puede extrapolarse a otros sujetos y a otros contextos. Si algo nos han enseñado escuelas dentro del campo de las ciencias sociales tales como la antropología cultural, la microsociología o la microhistoria es que, precisamente, un estudio de caso *no sólo habla de sí mismo*. Como el propio Bengoa advierte, el caso particular, el pequeño poblado rural, está también inscripto en procesos macrosociales que le son constitutivos y a los que a su vez constituye y reproduce.

Vale decir, entonces, que reducir la escala de observación, abreviar en otras disciplinas y apropiarnos de algunas de sus herramientas analíticas, no implica reducir nuestra producción a una inacabable serie de descripciones tan detalladas como acotadas, sino abordar la complejidad de la dialéctica social en una escala que permita dar cuenta de los mecanismos a través de los cuales muchos de los grandes postulados de la teoría social se objetivan, cristalizan en prácticas, se reproducen, se transmiten, se institucionalizan. En muchos casos, ocurre precisamente todo lo contrario, y es allí donde la reducción de escala permite instalar la discusión sobre lo que las teorías generales excluyen e invisibilizan. Creemos que el análisis micro, en el nivel de la experiencia y la subjetividad, el análisis del microcosmos local, son instancias sustantivas en la producción de conocimiento y no mera descripción del detalle. Lo son en su *interacción* con la teoría, y entonces no es solo el objeto sino también el modo de abordarlo lo que permite decir algo sobre la realidad social en la que se inscribe. En efecto, *“en la historia de las miradas se encuentra escondida la historia de la cuestión rural. (...) A pesar de lo que diga la epistemología, la manera de mirar condiciona en buena medida la forma de ser”* (Bengoa, 2003: 42). Nos interesa esta perspectiva

relacional entre campo y teoría, en la que ambos se desafían y se resisten mutuamente, pues ello permite eludir reduccionismos en los cuales el campo no es más que ‘confirmación de supuestos previos’, el ejemplo que valida la teoría. Por el contrario, el campo y el objeto como constructos resultan de la interacción entre las preguntas de partida y las que los sujetos interpelados imponen a la investigación, que obliga a ampliar la mirada para comprender la trama en la que esas preguntas se inscriben.

Nuestro trabajo de campo se desplegó entre los años 2004 y 2008. Durante ese lapso, hicimos numerosas intervenciones en terreno, que involucraron estadías de diferente duración y en diferentes momentos del año –momentos de mayor o menor actividad productiva, por ejemplo-, participamos de actividades significativas para la vida comunitaria –fiestas, reuniones- o para la vida familiar de nuestros interlocutores – cumpleaños, nacimientos, fallecimientos-, pero también hicimos un trabajo sistemático de observación con diferentes grados de participación, que nos permitió dar con dimensiones que luego resultaron centrales para nuestro trabajo. Vale decir, sin duda los eventos, conmemoraciones y fechas “especiales” son centrales para asir la dinámica de una comunidad y lógica que rige las interacciones entre sus miembros. Pero tanto como ellos lo es la vida cotidiana, porque allí, en la repetición naturalizada, pueden rastrearse pautas que organizan la vida y las interacciones sociales: allí se desenvuelve la estructura social en acción (Whyte, 1971).

Del mismo modo, como ha sucedido en tantos otros trabajos de campo, también los yerros se han constituido en instancias de conocimiento relevante y han mostrado, como señala Da Matta, la frágil condición de nuestro trabajo, su contingencia. En efecto, solo a través de aquellos pudimos dar con pautas de comportamiento no explicitadas pero reproducidas colectivamente.

Trabajamos a partir de entrevistas que buscaron captar, a través de los relatos de los sujetos, las características de un proceso determinado y los modos en que ha sido experimentado por sus protagonistas. Consideramos, por un lado, que los relatos de un trozo de la biografía de un determinado conjunto de sujetos son “anatómicos” de lo social, es decir, que es posible encontrar allí ciertos recorridos comunes entre individuos de un mismo sector social en un determinado contexto histórico (Bertaux, 1989). Por tanto, dar cuenta de procesos subjetivos en modo alguno implica abordar una dimensión

menor o secundaria, sino que bien por el contrario, la subjetividad es constitutiva de la realidad social y no un mero reflejo de una realidad externa y objetiva a ella (Schuster y Pereyra, 2001). Al respecto, Elias sostiene que “*especialmente cuando uno se ocupa del **proceso** de cambio de las estructuras sociales, el estudio de la dimensión de la experiencia –es decir, del modo en que los hombres contribuyen a su reproducción y cambio, condicionados por la manera como viven esas estructuras- resulta tan imprescindible como el de los entramados no planeados y ciegos que actúan en el cambio de las estructuras sociales*” (Elias, 1998: 336).

Durante la fase exploratoria del campo, especialmente durante 2005, nuestros entrevistados fueron productores y exproductores. El criterio fundamental de selección fue que atravesaran o hubieran atravesado situaciones de endeudamiento durante los '90. También entrevistamos a informantes calificados: técnicos de la cooperativa, referentes gremiales, funcionarios bancarios, al presidente de la comuna, entre otros agentes. Saturada esa primera fase de “rastrillo”, que nos permitió precisar las dimensiones centrales de nuestro trabajo, comenzamos a ampliar el registro, incorporando entrevistas a otros productores que no se hubieran endeudado, a productores desplazados de la producción en otras oleadas modernizadoras, a agentes no vinculados al agro. También comenzamos a explorar la dimensión de las familias, para –en la fase siguiente- concentrarnos en ellas. La última etapa del trabajo de campo, durante 2007 y 2008, implicó reentrevistas a los productores y exproductores de la submuestras que habíamos seleccionado, y a los miembros de sus familias que aceptaron participar de la investigación. Sostuvimos con ellos encuentros de carácter formal e informal, encuentros grupales e individuales y en diferentes contextos que habilitaron diferentes relatos y signaron la posibilidad o imposibilidad –según dónde y con quién nos encontráramos- de abordar determinados temas.

Sin embargo, una advertencia se impone como necesaria: la situación de entrevista implica *siempre* una negociación de roles y de límites no del todo precisos. Esta fragilidad intrínseca operó como tercer actor, mucho más que como mediador entre entrevistadores y entrevistados, a lo largo de todas las entrevistas. Por otra parte, las entrevistas ofrecen un material que no puede ser leído *literalmente*, en la medida en que es objeto de múltiples mediaciones. La primera de ellas asume la forma de limitación: la propia condición de entrevista restringe un proceso dinámicamente desplegado en

tiempo y espacio a su propio *relato estático*. Un relato que es siempre reconstrucción y recorte, y por lo tanto, fragmento parcial.

También aquello que puede ser dicho, socializado y transmitido asume una forma específica ante este interlocutor que somos nosotros. A veces como limitación, otras como ventana –no transparente, es lícito advertirlo una vez más- a un relato primero, y a veces, mediante esa sensación de no ser el destinatario de la alocución que estaba produciéndose, que de algún modo habíamos *provocado* y que estábamos registrando, además. La recurrencia de la expresión “*es la primera vez que hablo de esto con alguien*” se corroboraba en una gestualidad y unas expresiones que nos advertían que estábamos presenciando la externalización de un soliloquio interna y largamente repetido: por primera vez ante otro, le ponían voz. En el acto de hacerlo, además, *se escuchaban*. Ello produjo rupturas *durante* las entrevistas, cambios y contramarchas que fueron elementos de sentido sustantivo para nuestro análisis. Los relatos, como la experiencia compleja que relataban, no podían ser lineales: como se podrá ver en los capítulos tres y cuatro, son laberintos de elipses, ambivalencias y contradicciones. Lejos de querer “desmalezarlos”, en muchas ocasiones –como decisión metodológica, como recurso analítico- hemos presentado tramos de entrevistas donde las marchas y contramarchas en el relato son portadoras de un significado que debe leerse más allá de lo dicho.

Del mismo modo, las entrevistas fueron muchas veces un espacio dinámico pero con zonas vedadas, en el que intentamos movernos con cuidado para reducir “*la violencia simbólica que puede ejercerse a través de ellas*” (Bourdieu, 1999: 529), a partir de una relación de escucha atenta y metódica con nuestros interlocutores. Aún así, cada aproximación a lo *no narrable* fue acompañada por una sensación de inminente catástrofe: en más de una ocasión nos encontramos con la sensación de no poder -y no querer- trasponer el límite que imponía cada “*no me puedo acordar*”, expresión que no era indicadora de aquello que se ha olvidado sino de su contrario, de la omnipresencia de sucesos que no se dejan de repasar internamente, pero que no pueden ser comunicados.

Esto nos obliga a hacer explícita una cuestión central: el reconocimiento de nuestro lugar subjetivo durante el trabajo de campo. El *estar ahí* comprometió íntegramente

nuestra subjetividad, nuestras emociones y no meramente nuestro intelecto. Esto implicó muchas veces un ejercicio de múltiple escucha, de operar distanciamientos no siempre posibles para leer entre líneas. También, nos obligó al intento de producir una distancia reflexiva respecto de unas *anteojeras* teórico – metodológicas que insistían en moldear la mirada y, fundamentalmente, *lo visto*. Ilusión imposible sería pretender que se puede captar un objeto con otra mirada que la propia, pues hemos partido de que el objeto existe como una construcción hecha, precisamente, por nosotros. Sin embargo, el distanciamiento reflexivo del propio habitus –categoría central en este trabajo, ya no para explicar la lógica del investigador sino como instrumento explicativo- parte de la conciencia de nuestra mirada como *límite*, y a partir de allí, dar lugar a la contingencia. Ese distanciamiento reflexivo implicó un trabajo sistemático, entre otras cosas, sobre las percepciones. Muchas veces, la incomodidad, los cambios de ánimo *durante* el trabajo de campo, sensaciones que se manifestaron desde la corporalidad, nos dieron indicios del modo en que nuestro objeto nos interpelaba. Las emociones, los gestos, la empatía, los afectos que fueron generándose, los pequeños rituales que fuimos construyendo junto con un modo de transitar un territorio que a veces nos recibía afectuosamente y otras nos repelía, nos recordaba nuestra extranjería. Los modos en que nuestros interlocutores plantearon preguntas, y nos obligaron en coyunturas específicas a tomar posición –sin ir más lejos, durante el conflicto por las retenciones a las exportaciones entre campo y gobierno a partir de la resolución 125/08- e invirtieron muchas veces los roles y redefinieron las relaciones de poder en las interacciones. Los enojos, los yerros, todo ello tuvo un lugar significativo en el proceso de investigación.

Todas estas dimensiones del *estar allí* se imbricaron en la fase ‘personal o experiencial’ de la investigación, que constituye la síntesis de la biografía con la teoría, y la práctica del mundo con la del oficio (Da Matta, 1999). Del mismo modo, también el *estar aquí* – la fase de sistematización y análisis luego del trabajo de campo- requirió de infinidad de reflexiones respecto de la legitimidad de nuestras preguntas, y fundamentalmente, de nuestros métodos. ¿Hasta dónde la construcción de conocimiento legitima la intrusión en la vida de otros, invitándolos a exponer(se) fragmentos muchas veces dolorosos de la propia biografía? Aún desde la relevancia social y política de la producción académica, que permite visibilizar relatos que los discursos hegemónicos suelen soterrar, ¿es suficiente?

Estas preguntas han sido omnipresentes *también* en la fase de escritura, y he intentado reflejarlas en el texto. Por tanto, este *estar aquí* de ningún modo fue una fase de producción en soledad. Como durante el trabajo de campo, fui acompañada por la comunidad académica, a través de la orientación de mi directora, de los docentes del posgrado y los debates con los compañeros y colegas. También, por supuesto, por los referentes clásicos y contemporáneos de las ciencias sociales, a través de sus textos. Fui interpelada además por coyunturas socio-históricas que modificaron perspectivas y posibilidades de decir en pleno trabajo de organización del material. Pero, fundamentalmente, me sentí acompañada por la presencia de los sujetos de mi investigación. Esta presencia me invitó a reflexionar sobre el modo en que también en esta fase pueden ejercerse violencias simbólicas, aunque sea indirectamente, y por ello extremé cuidados en el intento de evitarlo. Como ha expresado Bourdieu en otro de los textos – faro de nuestra investigación, “¿cómo no experimentar, efectivamente, un sentimiento de inquietud en el momento de hacer **públicas** ciertas palabras **privadas**, confidencias recogidas en un vínculo de confianza que solo puede establecerse en la relación entre dos personas?” (Bourdieu, 1999: 7, destacados en el original)

La escritura fue también, por lo tanto, un campo de batalla y de diálogos no siempre fáciles, no siempre armónicos. Ningún texto puede reproducir fielmente el proceso de investigación ni cuatro años de trabajo e interacción en terreno, pues estamos obligados a darle a la exposición una coherencia y una lógica que por lo general ese proceso no tiene. Por lo tanto, el texto que sigue es *un* relato entre muchos otros posibles sobre la experiencia de investigación que constituye su objeto, en el que destacamos algunos aspectos y abordajes en desmedro de otros, en función de decisiones teóricas, metodológicas y políticas. Es el resultado de los cruces entre *estar allí* y *estar aquí*, de los diferentes tiempos de producción y reflexión transcurridos entre ambos.

Grietas en el verde paisaje

Deliberadamente, dejé para el final de esta introducción una cuestión sustantiva, probablemente aquello con lo que debería haberla inaugurado: ¿Por qué interrogarnos sobre la dimensión subjetiva e identitaria de los productores familiares pampeanos?

¿Cuál es la relevancia social, sociológica y política de hacerlo? Estas preguntas pueden, por estos días, parecer de respuesta autoevidente (algo que, por oficio, todo cientista social está obligado a rechazar, o cuanto menos a re-interrogar). El virulento conflicto entre las entidades representativas del agro y el gobierno de Cristina Fernández a partir de la sanción –y posterior derogación- de la Resol. 125/08 puso en primera plana un tema sobre el que, hasta entonces, era casi imposible instalar preguntas por fuera del campo académico. Incluso al interior de este último, los debates en torno al tema – ciertamente intensos- se circunscribieron por largo tiempo casi exclusivamente al campo de los estudios rurales. Por tanto, con independencia del *tipo de preguntas* que permite instalar en la agenda pública el conflicto en virtud del modo en que ha sido construido socialmente, inaugura una estructura de posibilidades impensada hace poco tiempo atrás.

La producción de las ciencias sociales aborda problemas que no siempre son identificados socialmente como tales, de modo que en ocasiones parte del trabajo de investigación consiste en explicitar lo latente o lo soterrado, instalándolo en el debate público. Durante los primeros años de trabajo nos encontramos recurrentemente respondiendo la pregunta “¿Por qué ahí? ¿Qué hay de interesante para investigar?” Lo significativo es que estas preguntas provenían de interlocutores sumamente diversos y, más sorprendente aún, muchas veces el “¿por qué ahí?” devenía “¿por qué a *nosotros, si acá no pasa nada?*” en boca de informantes y entrevistados en los pueblos donde realizábamos nuestro trabajo de campo. Entonces, se hizo ineludible plantearnos el interrogante: ¿qué procesos de invisibilización colectiva estaban operando sobre esta *nada verde sin sujeto* que parecía ser la pampa?

Empezando a responder desde algunos de los más debates recientes, debemos incluir la articulación entre la histórica *riqueza* de la región pampeana y su constitución como un componente central del nuevo esquema de acumulación en la post convertibilidad. Por otro lado, la legitimación pública de discursos que desde la década anterior afirmaban la tendencia hacia una “agricultura sin agricultores”, asociada a un modelo “con capacidad de inclusión para todos los que estuvieran dispuestos a reconvertirse / modernizarse”. Todos estos factores apuntalaron la consolidación en el agro de una *modernización excluyente y concentradora* (Svampa, 2005), y obturaron por largo tiempo todo intento de *perforar* la uniformidad de esta imagen del *verde paisaje sojero*.

La pampa y sus gringos (Bidaseca, 2005) quedaba atrapada debajo de este manto, y con ella todos los conflictos y “pequeñas grandes tragedias” que encerraba. La imposibilidad de los productores de construir explicaciones que les permitieran disputar en la esfera pública el derecho a seguir siendo parte de un esquema que los había incluido por generaciones, se tradujo en biografías rotas, silencios e imposibilidad de construir relatos sobre la propia experiencia y puso en cuestión los soportes materiales y simbólicos de identidades, marcos culturales y formas de vida.

Se trataba, entonces, de resquebrajar las imágenes socialmente circulantes sobre *el campo*, aún incluso después del conflicto por la Resol. 125. En la *perspectiva* con que miramos se entraman *política y relaciones de poder*, como lúcidamente nos ha advertido Raymond Williams. En efecto, solo mirando de lejos o superficialmente podía pensarse la pampa gringa, el verde paisaje sojero, como un espacio donde nada ocurría. Por el contrario, acercar la mirada era sencillamente poner *la lupa en el hormiguero*: de cerca este *paisaje homogéneo y sin fisuras* era -es- un hervidero de tensiones, luchas y conflictos.

PRIMERA PARTE

TRANSFORMACIONES Y DESPLAZAMIENTOS



*“El había nacido en el campo como su padre.
Sin embargo, ya no podía vivir de la tierra como él”
Raymond Williams.*

CAPITULO UNO

LAS TRANSFORMACIONES RECIENTES EN EL AGRO PAMPEANO Y EL DESPLAZAMIENTO DE LA PRODUCCIÓN FAMILIAR.

I. Las transformaciones estructurales y su impacto en la producción familiar

Las reformas estructurales y la consolidación del modelo neoliberal

Durante la década de 1990, el agro argentino atravesó profundas transformaciones que modificaron extensamente su estructura social. La cristalización de un modelo de acumulación basado sobre una amplia desregulación de la economía, la liberalización de los mercados y la traslación masiva de ingresos y excedentes económicos hacia los sectores más concentrados de la economía y los sectores de altos ingresos, completaron el proceso de reformas estructurales iniciado con la dictadura militar de 1976. En el nuevo modelo, que concluyó el desmantelamiento definitivo del modelo de industrialización sustitutiva⁴, el sector agropecuario pasa a ser uno de los ejes principales de una nueva estrategia exportadora, en la que ya no tendrían lugar políticas típicas del modelo anterior, como el control del comercio exterior, el control de precios de determinados alimentos básicos, los cupos de producción o las políticas de créditos baratos. El crecimiento del sector agropecuario es propiciado a partir de la creciente liberalización económica a la par que se van debilitando los mecanismos que habían limitado la apropiación de los excedentes generados en los sectores más concentrados (Gras et al, 2005).

Así, el decreto 2284 de 1991 desactivó la red institucional que desde 1930 había regulado las actividades agropecuarias y dejó en manos del mercado las interacciones

⁴ En el modelo de industrialización sustitutiva, el proceso de acumulación se basaba en la articulación de un sector agropecuario – que satisfacía la demanda del mercado interno, fundamentalmente para la provisión de alimentos baratos para los sectores populares urbanos, era en muchos casos competitivo en el mercado mundial y generaba el grueso de las exportaciones – con un sector industrial protegido contra la competencia externa. El Estado es un actor central en este modelo, como asignador de recursos entre los distintos sectores sociales. En este marco, se consolida la gravitación en la región pampeana de la producción familiar capitalizada – históricamente relevante – en particular a través del acceso a la propiedad en los años ‘50 (Gras et al, 2005)

entre actores de distinta magnitud (Giarracca, 1993)⁵. La eliminación de estos organismos públicos que habían permitido la coexistencia de actores económica y socialmente heterogéneos, generó una competencia intrasectorial que adquirió una nueva lógica, en la que el peso de las reglas del mercado internacional fue determinante, afectando profundamente las dinámicas productivas del sector (Gras y Hernández 2007).

En simultáneo con la desregulación de la actividad agropecuaria, a partir de mediados de la década de 1990 se produjo la introducción masiva de cultivos transgénicos que conllevó cambios en el tipo y magnitud del capital requerido. Ello resulta en un rasgo que es preciso enfatizar, como uno de los resortes fundamentales de los cambios: la conformación de un modelo que requiere de grandes escalas productivas, tanto en lo que refiere a la dotación de tierra, como de capital fijo y circulante. La producción agrícola pasa a depender fuertemente de insumos externos y de paquetes tecnológicos cuya oferta concentran unas pocas empresas.

De esta manera, se configura un esquema productivo y tecnológico capital intensivo, que redefine las articulaciones entre agro e industria y en el cual la capitalización se torna un requisito indispensable para mantenerse dentro del proceso productivo. Como señala Muzlera, en el marco de una producción primaria que requiere alta tecnologización en todas sus etapas, *“la puja distributiva ya no tiene lugar entre sectores agrarios e industriales sino dentro de la agroindustria y la producción de bienes primarios. La revolución tecnológica en el agro –asociada a las transformaciones económicas y políticas- hace que las nuevas cadenas productivas estén formadas por una renovada alianza en la que se incluye al campo, la industria (metal mecánica, las biotecnologías, la informática y las comunicaciones) y sectores de servicios. Estos forman una red compleja y dinámica (agrobusiness). De este modo el*

⁵ El decreto 2284/91 estableció la disolución de la abolición de la Junta Nacional de Granos, la Junta Nacional de Carnes, la Corporación Argentina de Productores de Carnes, el Mercado Nacional de Hacienda de Liniers, la Dirección Nacional del Azúcar, el Mercado Consignatario de Yerba Mate, la Comisión Reguladora de la Producción y Comercio de Yerba Mate, el Instituto Forestal Nacional y el Mercado de Concentración Pesquera. Se eliminaron las regulaciones y cupos de los mercados de caña de azúcar, yerba mate, viñedos y uvas, leche e industria láctea y se derogaron los impuestos que servían para financiar a los organismos disueltos (Lattuada y Neiman, 2005). Del mismo modo, se establece la privatización de importantes áreas de servicios vinculados a la actividad agropecuaria (Martínez Nogueira, 1998; Gras et al., 2005; Cloquell, 2007). El decreto desregulatorio formó parte de un paquete de medidas destinadas precisamente a mejorar la competitividad de los agentes económicos, a partir de un diagnóstico que señala la ineficiencia y perjudicialidad de la intervención estatal. Se promueven en ese marco la apertura al exterior de la economía y un amplio programa de privatizaciones.

sector agropecuario íntimamente interconectado con parte del sector industrial al estar orientado al mercado externo, crece, si bien en su interior se profundizan las desigualdades productivas y sociales. Alentado el panorama interno con un contexto internacional favorable, el agro pampeano experimenta una tercera revolución productiva protagonizada por los nuevos avances en materia de biotecnología (como los maíces BT y las sojas RR), la siembra directa y el campo de la informática y las comunicaciones.” (2008: 54)

En suma, las reformas estructurales que hemos descripto someramente generaron las condiciones económicas, políticas y jurídicas para la adopción de un paquete “eco-biotecnológico” (Gras y Hernández, 2007), profundizando la presencia dominante del capital. Los requerimientos de capital y el aumento de la escala de producción que este paquete requiere, desestabilizaron la estructura agraria existente en la región pampeana, caracterizada históricamente por la importante presencia de la agricultura familiar.

El impacto de las transformaciones en la estructura agraria.

Expulsión, concentración, heterogeneización.

Estos cambios estructurales reconfiguraron profundamente el espacio socio productivo agrario, adecuándolo a las coordenadas productivas internacionales, y generando una paradoja que no resultó exclusiva del agro, sino que más bien constituyó un rasgo paradigmático del nuevo modelo en todos sus alcances, al menos durante la primera mitad de los ‘90: esta paradoja es la del crecimiento con exclusión. Efectivamente, el aumento de la productividad y cosechas récord se acompaña de procesos de crisis terminal de la pequeña y mediana explotación agropecuaria, con especial impacto en la producción familiar (Ameghino, 2000, citado por Bidaseca, 2005; Teubal, 2001). En este escenario tiene vital relevancia la disolución de los organismos reguladores y fiscalizadores que habían dado sustento a una estructura agraria en la que, a nivel nacional, el 75% de las explotaciones era menor a 200 hectáreas (Bidaseca, 2004).

Las advertencias acerca los rasgos expulsivos del modelo provinieron de voces diversas⁶, y comenzaron a hacerse audibles tempranamente:

“La confluencia de la retracción estatal y la apertura económica han expuesto a los productores agropecuarios a un sistema capitalista global, en el que sus recursos y decisiones microeconómicas determinan la viabilidad o exclusión ante las fluctuaciones de aquel. Los efectos generados por estas políticas en la Argentina no parecen diferenciarse sustancialmente de los observados en otras realidades latinoamericanas. El denominador común es un proceso transicional en el cual coexisten una multiplicidad de situaciones de crisis, supervivencia o expansión de las unidades productivas, sin que se haya cristalizado un nuevo modelo de estructura agraria. (...) Más del 50% de las explotaciones agropecuarias, especialmente las de menores dimensiones y recursos, corren serios riesgos de desaparecer” (Lattuada, 1995: 122-3 y 139)

En la misma línea, Teubal señalaba que pese al crecimiento global de la agricultura pampeana, no todos los agentes agrarios participarían en él de idéntica forma; de modo que *“se benefician básicamente los intereses pampeanos más encumbrados, que además pueden diversificar sus inversiones ligándose a grupos económicos o incursionar en mercados financieros. En cambio, no siempre son capaces de aprovechar la coyuntura los medianos y pequeños productores, en especial aquellos que no logran superar un determinado umbral tecnológico por falta de recursos”.* (1995: 219)

Balsa (2002), por su parte, señala que la mediana explotación –estratos en los que mantienen fuerte presencia las unidades de tipo familiar capitalizadas– participa de la expansión junto con las grandes explotaciones. Destaca la existencia de procesos de diferenciación signados por la desaparición de unidades ubicadas en los estratos más pequeños de superficie (para la región pampeana, los de menos de 25 hectáreas) y de los arrendatarios familiares (es decir, sin tierras propias), en conjunción con la aparición de

⁶ Creemos necesario señalar, a este respecto, la singularidad que la coyuntura impuso a la producción científica en este campo: la consolidación del “pensamiento único” en los años '90, contribuyó a la gestación de un clima político en línea con el auge del neoliberalismo. Los múltiples silencios y complicidades institucionales visibilizaron como nunca el carácter político del discurso académico, que se alzó como “nota discordante” respecto de las voces que pregonaban las capacidades inclusivas del nuevo modelo, al señalar muy tempranamente el impacto negativo de su consolidación sobre los mecanismos de integración social y los indicadores de bienestar, sobre la diversificación productiva y, un poco más tardíamente, sobre el medioambiente.

nuevos actores. Entre ellos se destaca la consolidación de los contratistas de producción – propietarios tomadores de tierra y empresas dueñas de capital pero que no poseen tierra -, que son actores relevantes de la expansión agrícola pampeana en los años '90. Su presencia y heterogeneidad interna es un elemento fundamental a considerar en el análisis de los cambios en la estructura agraria, y particularmente en relación con la concentración productiva y de la propiedad de la tierra (Gras et al, 2005).

De este modo, el análisis de las transformaciones plantea la necesidad de abandonar esquemas de interpretación binarios, en tanto la distinción que muchos economistas realizaron entre unidades “viables” e “inviables” no permite dar cuenta de la multiplicidad de situaciones que comprende cada una de ellas. Efectivamente, las nuevas condiciones estructurantes replantean los *umbrales* de viabilidad –dimensión *objetiva* de los procesos-; sin embargo, los sujetos no son meros agentes pasivos frente a ellos, de modo que en el intento de permanencia pondrán en acto estrategias diferentes, en función de los recursos de los que disponen –dimensión *agente*-. En esta clave, Murmis señala cómo al interior de los distintos estratos sociales agrarios (empresarios; familiares capitalizados; campesinos) se producen nuevos cortes y diferenciaciones que reflejan una diversidad de situaciones relacionadas con el destino de las unidades productivas: desplazamiento, persistencia, y expansión (Murmis, 1998).

En síntesis, entendemos que el impacto de las transformaciones combina exclusión / concentración y heterogeneización de la estructura agraria. *“Esta heterogeneidad se observa tanto si se consideran tamaños de explotaciones como formas de tenencia de la tierra, y en tal sentido, la coexistencia de procesos de transformación de sujetos preexistentes como el ingreso de nuevos (los llamados contratistas de producción o tanteros). Es decir, en el marco del aumento de la superficie agrícola (tanto por efecto de la llamada agriculturización, es decir, el uso de tierras anteriormente dedicadas a la producción ganadera para agricultura, como por efecto de la expansión de la frontera agropecuaria en las zonas no pampeanas) crecen las grandes explotaciones y también se expande la agricultura familiar, si bien en su interior se registra un proceso de diferenciación interna, que excluye a las de menor tamaño y nivel de acumulación.”*(Gras et al, 2005)

Las transformaciones en la producción familiar pampeana

El nuevo escenario afectó de manera particular a las explotaciones de tipo familiar, cuya presencia caracterizó históricamente los procesos de desarrollo agrario en el país. En la región pampeana, y específicamente en su área núcleo donde focaliza nuestra investigación, este sujeto tuvo como rasgos principales el trabajo familiar, cierta capacidad de acumulación, el acceso a la propiedad de la tierra y la conexión con los mercados (de productos, insumos y crédito). La literatura se ha referido a esta franja de distintos modos: productores familiares, familiares capitalizados, chacareros. Como ya señalamos, este último término hace referencia explícita ya no solo a ciertos rasgos y relaciones de producción sino también, de un modo preciso, al proceso histórico que los constituyó, en el que se despliegan trayectorias inmigratorias, luchas sociales y relación con las políticas de distintos regímenes políticos. Nos referimos así a un sujeto cuyas lógicas productivas muestran la presencia de racionalidades atentas a la evolución de variables de mercado. De ello da cuenta la velocidad con que operaron los cambios tecnológicos, la expansión masiva de la soja, la incorporación de la siembra directa y el paquete tecnológico asociado a esta tecnología, al que accedían mediante vínculos de compra venta con empresas de insumos o bien a partir de la relación con las cooperativas (Gras, 2006).

Tanto de la caracterización de los rasgos del modelo como del análisis censal se desprende que la adecuación a las coordenadas productivas de la globalización neoliberal transfirió a la fracción de los pequeños productores familiares los efectos sociales del modelo *“por su casi nula capacidad de negociación frente a los propietarios que cedieron tierra a terceros, comerciantes de insumos, acopiadores y exportadores.”* (Cloquell et al, 2007: 51).

En esta línea, lo primero que debe señalarse es la confirmación de las tendencias expulsivas a las que ya hemos hecho referencia. El Censo Nacional Agropecuario de 2002 reflejó cabalmente la materialización del riesgo señalado por Lattuada casi una década antes: en el período intercensal 1988 - 2002 el número total de explotaciones agropecuarias en el país disminuyó cerca de un 21%. En la región pampeana, la pérdida de unidades productivas alcanzó niveles todavía más altos (25.6%). Si se consideran los distintos tamaños de explotaciones, se observa que la disminución adquiere su mayor

expresión entre las unidades de hasta 200 hectáreas (26%).

Por su parte, el incremento en el tamaño medio de las que continúan en actividad confirma la tendencia a la concentración en la distribución de la tierra, aunque esta no se ha asociado de manera idéntica a una concentración de la propiedad. La importancia del arrendamiento como categoría explica los mecanismos que adopta el incremento de escala productiva, en tanto la tenencia bajo arriendo tiene un crecimiento espectacular en el lapso entre censos, en desmedro de la forma propiedad. Contracara de lo dicho es la consolidación del fenómeno del mini-rentismo. En efecto, el abandono de la actividad y la cesión de tierras fue un comportamiento extendido entre los pequeños y medianos productores (Albanesi, González y Preda, 2003).

Por su parte, del análisis del *flujo entre estratos* se desprende que las unidades que conforman el estrato de 200 a 500 hectáreas, de vital relevancia para nuestra investigación, tienen un comportamiento de “transición” respecto de los otros estratos, y que al interior de las mismas hay situaciones diversas en cuanto a las trayectorias de las explotaciones en términos de las posibilidades para mantenerse o salir de la producción (Murmis, 1999; Gras et al, 2005). A partir del análisis de la dinámica interna de este estrato –que incluye el valor del umbral mínimo de rentabilidad de la Unidad Agrícola Económica, que se incrementa como resultante de las transformaciones descritas- es posible establecer conexiones entre “salidas” (la desaparición de unidades) y “concentración” (aumento de la superficie explotada, que puede implicar el pasaje a otro estrato). Como señala Cloquell, *“estas posiciones transicionales son las que se encuentran desplegadas en el análisis histórico, y permiten analizar las estrategias de los actores para reproducir sus condiciones de producción. Estas estrategias son sociales, culturales, económicas, según la circunstancia, y son también construcciones políticas de resistencia”* (Cloquell et al, 2007: 21).

Así, el modelo de “desarticulación de la agricultura familiar” (Teubal, Domínguez y Sabatino, 2005) que cristaliza en la década del ‘90 es marcadamente distinto al de las décadas precedentes. Por un lado, mantenerse en producción implica asumir pautas organizativas de mayor flexibilidad y riesgo. Frente al impulso al aumento de la escala productiva, el incremento de la superficie operada se realizó a partir de la anexión de tierras bajo arriendo. Si bien este tipo de comportamiento no era nuevo entre esta capa de productores, un elemento debe señalarse como central para comprender el esquema

que se genera y que aumenta la vulnerabilidad de estos productores: el cambio en las formas de pago de los arrendamientos. En efecto, en virtud de las grandes variaciones de precios, los alquileres pasan de pagarse en porcentaje de la producción a la modalidad de quintales fijos por hectárea. Este cambio señala el aumento del peso de la renta y la desvinculación de la misma de la producción (Albanesi, González y Preda, 2003). El mismo constituye una de las dimensiones centrales a la hora de comprender el peso del endeudamiento bancario y las dificultades de pago que enfrentaron los productores familiares durante la década pasada.

Por otro lado, es necesario destacar que el proceso de agriculturización redefine las características de la producción familiar respecto de los rasgos que la habían conformado en las décadas anteriores. Uno que debe destacarse refiere a los cambios en la organización laboral al interior de las unidades familiares: estas unidades aumentan la tierra que operan a través de la mecanización de tareas, en buena medida vía la contratación de servicios a terceros, en desmedro de la contratación de mano de obra asalariada y del aporte de mano de obra familiar. Ello modifica sustantivamente los rasgos del trabajo familiar y los sentidos que a este se asignan (Craviotti, 2001; Balsa, 2002; Gras, Opezzo, Manildo, 2005; Muzlera, 2008). En efecto, la *profesionalización* de la producción – planteada por el discurso técnico como requisito para la inclusión en el nuevo modelo – demanda nuevas competencias no transmitidas por generaciones anteriores, de modo que los saberes prácticos vinculados al trabajo rural y constitutivo de las identidades de los productores, se vieron tensionados por el impacto tecnológico, por las transformaciones en los modos de gestión de la explotación y en los estilos de vida.

Sobre esto último, resulta particularmente interesante la hipótesis del “aburguesamiento” planteada por Balsa, quien señala la importancia, desde fines de los ’80, de la migración de los productores familiares a las ciudades o pueblos cercanos en reemplazo de la residencia en la explotación. Este cambio, con implicancias en los estilos de vida, impone, por un lado, otras necesidades económicas a las familias para hacer frente a una ampliación en los niveles y tipos de consumo. Por otro, empiezan a cristalizar nuevos patrones de socialización que implican para los productores un distanciamiento de sus propios patrones culturales, y para los más jóvenes, cuya

socialización ha sido eminentemente urbana, una fractura cultural intergeneracional (Balsa, 2004 y 2006). Retomaremos esta cuestión en los capítulos posteriores.

En suma, la producción familiar registra importantes transformaciones internas que podrían pensarse como avances modernizadores –que no necesariamente implican connotaciones ‘positivas’ de tales procesos- que se advierten en distintos niveles: organización laboral, gestión empresarial, conexión con los mercados, formas de financiamiento y niveles de rentabilidad. A la par, involucró la desaparición de explotaciones -en la que el endeudamiento es un factor de peso como mecanismo expulsor- y de empresas, la retracción del mercado interno, la pérdida de capacidad de integración vía mercado de trabajo y con ellos, el empeoramiento de los niveles de bienestar de los hogares, la fragmentación y la desafiliación social (Cloquell et al 2007). La magnitud de los cambios constituye, para algunos autores, el fin de una agricultura familiar diversificada (Giarracca, Gras y Barbeta, 2005). Para otros, en el extremo, la magnitud de los cambios ha puesto en cuestión la pervivencia misma del “mundo chacarero” (Balsa, 2006 y Cloquell, 2007).

La heterogeneidad constituye, así, un rasgo distintivo de la transformación de la producción familiar pampeana. Esta heterogeneidad resulta del tamaño de las explotaciones, del nivel de capitalización, del modo de organización interna, de las estrategias de inversión para adecuarse a los nuevos requisitos y de los vínculos con las familias (Murmis, 1998; Gras et al, 2005; Muzlera, 2008), de las interacciones y conflictos entre viejos y nuevos actores. Comprender la dinámica y los condicionantes que resultan en esta heterogeneidad ha sido uno de los interrogantes que orientaron esta investigación, a partir de la necesidad de explicar qué elementos hicieron posible que unidades que integraban el mismo estrato y que referían a sujetos con una trayectoria relativamente homogénea (en términos de momentos de capitalización, de acceso a la propiedad, de despliegue de estrategias) hayan sido desplazados de la producción agropecuaria (vía venta o cesión de sus campos) o hayan podido permanecer e incluso expandirse. Avanzar en esta dirección requiere, en primer término, reconstruir como *proceso* desplegado históricamente aquello que el análisis intercensal ofrece como *dato*. Vale decir, reconstruir la *crisis* que confluye en la desaparición de la cuarta parte de las explotaciones familiares en algo más de una década, y los modos en que esta fue transitada / resuelta.

II. Endeudamiento, crisis y desplazamiento.

La crisis.

Resulta imprescindible precisar algunos rasgos peculiares de los procesos que consideramos. En efecto, es vasta la literatura sobre crisis y procesos de expulsión de productores en el agro, y más específicamente en el agro pampeano. Entonces, ¿qué es lo que hace diferente a esta crisis respecto de las anteriores? Otro tanto ocurre respecto del endeudamiento bancario: también se trata de un recurso del que se han valido los productores históricamente. Por último, si los chacareros han desplegado comportamientos sumamente atentos a los avances modernizadores, ¿por qué prácticas incorporadas al registro cotidiano –la incorporación de tecnología, la toma de créditos, el aumento de la superficie operada como mecanismo de expansión, entre otros– resultaron en una experiencia tan contrastante respecto de su despliegue en el pasado?

Creemos, entonces, que lo que hace diferente de otras a esta crisis es la peculiar combinación entre lo preexistente y lo novedoso, que configura un escenario particularmente adverso, y frente al cual los sujetos tienen un muy escaso margen de maniobra. Como señala Carla Gras, lejos de plantear un contraste entre *tradicición* y *modernidad*, la clave analítica de este proceso está en el desajuste entre tendencias a la reproducción y tendencias al cambio que esta franja de productores familiares, hasta entonces, había articulado en relativo equilibrio, y que había resultado nodal para comprender, precisamente, su consolidación. En otros términos, *“las dificultades para – sostener o ampliar la unidad productiva son de larga data para los productores familiares; lo que encontramos en su trayectoria (reciente) es la falta de correspondencia entre las estrategias y cursos de acción emprendidos y sus resultados en términos de la contribución a la persistencia de la unidad productiva. Estas estrategias dejan de ser productivas y colocan a los sujetos frente a un escenario antes insospechado, donde se trastocan sentidos largamente arraigados.* (Gras, 2006: 5)

Para comprenderlo, señalaremos dos cuestiones fundamentales: en primer término, hay consenso en la literatura respecto de que las sucesivas crisis que atravesaron el siglo XX, desde los años '30 en adelante, han perjudicado en particular a los pequeños y medianos productores y que ello resultó en la disminución sistemática en el número de explotaciones a lo largo del siglo XX (Balsa, 1994; Bidaseca, 2005). Una mirada que,

además, pone en perspectiva los datos censales enunciados en el apartado anterior nos permite corroborarlo: un estudio de los censos agropecuarios a partir del año 1947 analiza la disminución anual de explotaciones agropecuarias y señala que a lo largo de veintiocho años (CNA 1960 al CNA 1988) tal disminución es de 2.814/año. Por el contrario, si se toman los catorce años que transcurren entre el CNA 1988 y el CA 2002, se observa que desaparecen 5.785 explotaciones/año⁷ (Teubal, Domínguez y Sabatino, 2005, citado por Bidaseca, 2005). De ello se desprende que si bien la expulsión de unidades es inherente a la dinámica del capitalismo en el agro, el hecho de que la cantidad de unidades expulsadas se duplique de manera abrupta es un indicador de un proceso de naturaleza diferente, que resultaba necesario explorar. Empezamos a hacerlo a través de la morfología de los procesos de expulsión, y ello nos remite a la segunda cuestión: ¿qué tipo de unidades son expulsadas? Sin dudas, la expulsión de explotaciones familiares en la región pampeana durante los '90 amplía una problemática preexistente (Murmis, 1998) pero no lo hace solo en términos cuantitativos. Bien por el contrario, mientras que hasta los años '80 las principales afectadas por las situaciones de crisis habían sido las explotaciones de menor tamaño (hasta 25 has.) en los años '90 la crisis y el fenómeno del desplazamiento alcanza a capas hasta entonces relativamente consolidadas: como ya hemos visto, el estrato más afectado es el de hasta 200 has. (Balsa, 2002; Gras, 2006)

Resulta interesante inscribir nuestro problema en el debate sobre los procesos de individualización en el marco de lo que ha sido denominado 'sociedades del riesgo', para pensar la complejidad de la noción de *crisis*. Por las propias características de la producción agropecuaria, el *riesgo* es una noción históricamente presente para los productores, tanto el referido al clima como el relacionado con los precios y las variables financieras (tasa de interés). Por otra parte, la vertiginosidad de los cambios operados profundizó el carácter revulsivo de estos procesos que concatenaron endeudamiento, crisis, liquidación de unidades productivas y salida de la producción directa. El corolario de esta secuencia fue un desencastramiento (Castel, 1995) entre las posiciones objetivas de los sujetos en la estructura social y sus actitudes subjetivas, una

⁷ El mismo trabajo analiza el peso relativo de cada estrato en la composición de la estructura agraria argentina: para 1947 las pequeñas explotaciones componían el 79,9% del total, las medianas el 14,3% y las grandes el 5,8%. Las pequeñas explotaciones reducen su participación al 74,5% primero, para llegar al 69,5% de participación en el CNA 2002; las medianas aumentan su participación de 18,2% en 1988 a 20,7% en 2002 y las grandes que en 1988 llegaron al 7,3%, alcanzan al 9,2% en 2002 (Teubal, Domínguez y Sabatino, 2005, citado por Bidaseca, 2005)

escisión del habitus (Bourdieu, 2007). Es en esta inflexión donde se centra nuestro interés y en torno del cual construimos el campo problemático de nuestra investigación. En efecto, la imprevisibilidad, la contingencia y la posibilidad cierta de encontrarse en situaciones de vulnerabilidad constituyen la pauta de un riesgo de nuevo tipo, cuya gestión en las nuevas circunstancias requiere una flexibilidad y una capacidad de adaptación veloz, no requeridas en el pasado: el capitalismo flexible impone reglas que minan la posibilidad reflexiva a largo plazo⁸. La enorme dificultad que encontramos entre los chacareros para organizar la experiencia de manera coherente, incluso en términos de un relato posterior, da cuenta de ello.

Es la conjunción entre cambios estructurales y vertiginosos y las nuevas competencias que demandan de los sujetos para afrontarlos, lo que produce una ruptura del mundo cotidiano y de los esquemas para percibir y actuar en él. Esta conjunción disolvió los soportes materiales, simbólicos y culturales que hasta entonces habían organizado la experiencia y el mundo de sujetos que, si bien ocupaban una posición subordinada en el desarrollo agrario pampeano habían encontrado formas más o menos exitosas de participar en él y un cierto modo de habitarlo, configurando una *situación límite* (Pollak, 1999). Probablemente, esta ruptura extrema es lo que hace de esta una crisis diferente de sus predecesoras. La reproducción de prácticas desplegadas con anterioridad en situaciones –en apariencia- similares y con efectos diametralmente opuestos, impidió muchas veces a los sujetos inscribir su devenir en marcos que hicieran inteligible la propia experiencia, para situarse activamente ante ella. Por último, es necesario distinguir múltiples niveles de crisis y de disrupción: la de origen –el endeudamiento en el intento de responder a las demandas de capitalización, sea de manera expansiva o defensiva-, la asociada a los modos de transitarlo –la definición de cursos de acción, la elección de estrategias, las autoexplicaciones, la reorganización de la vida doméstica-, y la que deriva de sus diferentes resoluciones, no sólo en términos de efectos sobre la posición en la estructura agraria, en tanto actores económicos sino también en las redefiniciones identitarias y en la reconstrucción de la propia biografía.

⁸ Al respecto, ver Sennet, R.: “La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo”, Ed. Anagrama, Barcelona, 2000; Subirats, J. (Dir.): “pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea”, Fundación La Caixa, Barcelona, 2004.

La deuda

Para la comprensión del escenario adverso que se configuró para la agricultura familiar y, en general, la pequeña y mediana empresa agropecuaria, es necesario considerar el endeudamiento del sector agropecuario. Para algunos autores este factor ha sido considerado de mayor peso como fuerza expulsora que, incluso, el requisito de escala (Cloquell, 2007). Sin embargo, desde nuestra perspectiva, *“lejos de constituir el elemento clave para comprender los procesos de desplazamiento / expulsión, la deuda es ‘el hito’ que condensa ciertos requisitos de las nuevas coordenadas productivas”* (Gras y Hernández, 2006).

En efecto, la estabilidad relativa de los precios, durante la década del 90', creó una situación favorable para el otorgamiento de créditos bancarios al sector con el objetivo de que los productores pudieran acceder a la modernización que implicaba una economía desregulada y mucho más competitiva. En ese contexto, muchos productores intentaron la “salida hacia adelante” tomando créditos con la esperanza de poder adaptarse a la nueva situación. Muchos de estos créditos no sólo fueron utilizados para afrontar procesos de reconversión productiva sino también para el financiamiento de capital de trabajo (insumos, gasoil, repuestos). Los datos parecían mostrar una relación positiva entre la mayor disponibilidad de créditos y las tendencias hacia la “modernización” de las unidades agrícolas, ya que hasta los años 1996-1997, se evidencia un aumento en la compra de maquinarias y en el uso de fertilizantes y fitosanitarios (Teubal y Rodríguez, 2001). Estas tendencias comienzan a revertirse luego de la crisis del Tequila, cuando se interrumpe el acceso al crédito.

De este modo, en el lapso 1991-1999 el endeudamiento del sector agropecuario aumentó al 10% anual, a un ritmo mucho mayor que el del crecimiento de la producción (Reca y Parellada, 2001, citado por Bidaseca, 2005).

El endeudamiento bancario entre los productores agropecuarios fue más acentuado en el caso de los pequeños y medianos productores como resultado del efecto combinado de la distorsión de precios relativos y las altas tasas de interés existentes en el período analizado. Las altas tasas de interés reales se sumaban como una pesada carga para los costos internos de las explotaciones. De tal forma, créditos inicialmente de poco monto

se transformaron – punitivos y gastos administrativos mediante – en endeudamientos ruinosos.

La tierra en propiedad había sido el capital puesto por los productores como garantía hipotecaria de los créditos: según un informante calificado, las hectáreas endeudadas con el Banco Nación alcanzaban en 2002 a los 12 millones, de las cuales, alrededor del 70%, correspondían a pequeños y medianos productores. En consecuencia, la venta y remate de tierras durante la década del 90' fue un fenómeno extendido. Con él, la incidencia del endeudamiento en la disminución de explotaciones y la consecuente concentración de la tierra, resulta ineludible.

Sin embargo, es dable distinguir diferentes *momentos* dentro de esa caracterización general. De acuerdo con los datos relevados en el trabajo de campo realizado en el marco de nuestra investigación –de manera concluyente con datos oficiales-, entre 1993 y 1995 fue el momento en que se condensan las crisis de endeudamiento: aunque muchas de las deudas tenían su origen en el largo estancamiento de la década de los '80, recién entonces cristalizan como deudas imposibles de ser canceladas. En estos procesos, los modelos financieros confluyeron con condiciones climáticas adversas y con la retracción estatal que no proveyó un marco de contención de tal crisis dejando su resolución a las fuerzas del mercado. De este modo, entre 1996 y 1999 –con primacía de los dos primeros años- se llevan a cabo parte significativa de las liquidaciones de las unidades productivas.

El desplazamiento

El desplazamiento de la producción constituye un proceso que en algunos casos registra sus primeros indicios varios años antes que cristalizara como tal. Durante su transcurso, las estrategias orientadas a persistir como productores están imbricadas con otro horizonte fundamental: la preservación de la propiedad de la tierra. Así, estas estrategias abarcaron esquemas de rentismo parcial, contracción de la producción, o búsqueda de otras fuentes de ingreso (pluriactividad). En tal sentido, las diferentes modalidades que ha asumido este proceso son necesariamente dinámicas, en permanente tensión y mutuamente constitutivas.

No son pocos los chacareros que nos han señalado, con incredulidad, cómo su apuesta a incluirse en la “revolución tecnológica” tenía derivas impensadas, como el aumento de las deudas. Esa apuesta ‘modernizadora’ está en el origen de la crisis de endeudamiento y el nexo entre ambos constituye el común denominador, el *punto de partida*⁹ compartido a partir del cual las trayectorias se diversificaron, dando lugar a múltiples respuestas y resultados. Mientras que en el extremo implicó la pérdida de la propiedad de la tierra, en el polo opuesto la capacidad de reconversión de capitales, de “distanciarse del propio habitus” (Kessler, 2000), se expresó en el despliegue de acciones y decisiones estratégicas acordes a los nuevos requerimientos, tales como la liquidación ‘a tiempo’ de parte de los activos de la explotación. Nos referimos en particular a la venta parcial de la tierra en propiedad. Este tipo de decisiones implican, sin embargo, concebir progresivamente la tierra sólo como capital económico, invirtiendo la relación preexistente entre *racionalidad formal* –esto es, en función de un cálculo en el que se intelectualizan ventajas y desventajas– y cierta *racionalidad sustantiva* -que involucra valores, afectos y una relación con la tierra como anclaje de las subjetividades- (Gras, 2006b). El predominio de la primera constituiría una condición de permanencia estrechamente vinculada a la capacidad de situarse como *sujetos* del proceso, por ejemplo, para negociar activamente la deuda con los acreedores. Son estos atributos los que definen, en buena medida, la posibilidad de minimizar e incluso neutralizar algunos de los riesgos inscriptos en los cambios.

La noción de desplazamiento “*permite abordar tales transformaciones en tanto muchas de las estrategias antes emprendidas por estos actores ya no aseguran la supervivencia de la agricultura familiar, otras determinan nuevos perfiles sociales. (...) En tal sentido, al recurrir a esta noción, se quiere destacar que las formas que el mismo adopta no fundan ineluctablemente categorías sociales estabilizadas. En definitiva, planteamos el desplazamiento como un proceso donde la relación entre el trabajo familiar, la propiedad de la tierra, y la herencia - como mecanismo de reproducción intergeneracional de esa relación - pierde centralidad como eje ordenador. Lo que se transforma es una determinada forma de reproducción social y un determinado soporte identitario*” (Gras, 2008:5).

⁹ Es punto de partida en el sentido propuesto, pero en simultáneo es también punto de ‘llegada’, en tanto refiere a una historia compartida, a procesos desarrollados a lo largo de varias generaciones, a una ‘cultura en común’, que habilitó la asunción de deudas como parte de las estrategias puestas en curso.

III. La dimensión material del desplazamiento

Los diferentes momentos del desplazamiento y su impacto

En general, aunque existen diferencias en la situación de ingreso al escenario determinado por la convertibilidad y la desregulación de 1991, los productores entrevistados refirieron a la década del '70 y parte de los '80 como períodos de relativa expansión; muchos de ellos continuaron arrendando tierras, e incluso aumentando la escala, en los años '90. Pero las formas en que estos sujetos buscaron participar de la expansión agrícola de la última década fueron disminuyendo sus márgenes de maniobra: la lógica productiva desarrollada acrecentó su nivel de riesgo, tanto por la vía de la dependencia financiera como de la consolidación de una estrategia de monoproducción (mediante el cultivo de soja), que los dejaría sin otras alternativas productivas. En efecto, quienes desarrollaban sistemas de producción mixtos (agricultura y ganadería), abandonaron o redujeron la producción ganadera para concentrarse en la actividad agrícola. En ese escenario, el sistema de doble cultivo (trigo - soja) se hizo predominante, con una tendencia al monocultivo en las tierras arrendadas.

Como señalamos, el recurso al banco o a la cooperativa para pedir créditos constituía una estrategia habitualmente desplegada por los productores, de modo que recurrir a ella ante situaciones como las causadas por problemas climáticos, era usual en su registro. De allí el extrañamiento que generó la espiral que se conformaría a partir de ponerla en curso *una vez más*, en tanto ningún recaudo ni experiencia previa podía anticipar entonces que devendría en resultados significativamente diferentes que en anteriores oportunidades.

Respecto de los orígenes de la crisis, los productores entrevistados han señalado tres momentos: los lapsos 1989-1991 y 1992-1995 son los más significativos, y sólo marginalmente se ha señalado el lapso 1995-1998. Respecto de los motivos del endeudamiento, fundamentalmente los créditos se tomaron para sustentar estrategias de expansión que los altos precios de la soja por aquellos años incitaban, pero también para enfrentar situaciones particularmente críticas derivadas de problemas climáticos, para capitalizarse en maquinarias, o para solventar el capital de trabajo. En algunos casos, los

mismos se pidieron para poner en producción parcelas que se arrendaban en un momento adverso para hacerlo: al aumento en los cánones de alquiler de la tierra se sumaba el cambio de modalidad de pago.

La cantidad de años que mediaron entre el inicio de las crisis y el momento en que el desplazamiento cristaliza como tal osciló entre tres y siete años. Ello permite dar cuenta de la duración del proceso en el tiempo y de una paradójica singularidad: sólo toma forma en el “último acto”, es decir cuando la propiedad de la tierra se vio comprometida (Craviotti y Gras, 2001).

Los productores desplegaron distintas estrategias tendientes a encontrar un nuevo punto de equilibrio desde el cual rearmarse, es decir, orientadas a la permanencia. El desarrollo de formas de pluriactividad como estrategia de generación de ingresos que buscaba contrarrestar las pérdidas en la explotación y ayudar al mantenimiento de la familia fue una de ellas. Sin embargo, la mayoría desplegó otro tipo de estrategias -la venta de animales, de maquinaria, los menos de alguna parcela de tierra- orientadas a procurarse dinero para afrontar vencimientos. En tal sentido, puede decirse que las primeras respuestas frente a la crisis fueron de carácter defensivo: aunque se pagaban apenas intereses y no se cancelaba capital, se preservaba el patrimonio principal, la tierra. Por el contrario, la venta de la tierra es el último recurso para pagar las obligaciones contraídas, cuando las estrategias desplegadas para sostenerse en la producción dejaron de ser efectivas.

Sin embargo, estas estrategias dejaban a los productores en condiciones de mayor vulnerabilidad. Trabajar menos superficie o ampliarla pagando cánones de arriendo altísimos, depender de servicios de terceros para realizar los trabajos en el campo, hacían cada vez más difícil la persistencia, debido a la pérdida de capacidad productiva y la creciente descapitalización.

Las modalidades del desplazamiento

Es dable distinguir tres modalidades diferentes del desplazamiento en función de las diversas modalidades que asumió la crisis, la liquidación de la unidad productiva y las reinserciones ocupacionales de los productores:

- a) **Liquidación de la explotación, salida definitiva de la producción directa y reinserción en actividades no agrarias.** En general, no se han traducido en el establecimiento de relaciones de asalarización sino que ha mantenido su importancia relativa el cuentapropismo bajo la forma de pequeños talleres o comercios.
- b) **Liquidación de la unidad productiva familiar con reinserción en actividades agrarias.** Algunos de los productores que pierden la condición de propietarios de la tierra, conservan parte de la maquinaria o –con el capital resultante de la venta de la unidad productiva, una vez saldadas las deudas que la ocasionan- adquieren nueva, lo que les permite reinsertarse como ‘**contratistas rurales**’, es decir como proveedores de servicios. También en esta categoría se incluyen los que reingresan como **arrendatarios**. En algunos de los casos relevados, los productores, simultáneamente con la venta de la propiedad la arriendan a sus compradores, de modo que permanecen en sus propias explotaciones pero con modificaciones profundas de la forma de tenencia de la tierra y de los niveles de capitalización.
- c) **Preservación de la condición de propietarios y de productores,** mediante el despliegue de estrategias tales como i) venta parcial de la tierra, o ii) venta total y, una vez saldadas las deudas, adquisición de nuevas tierras en otras zonas, en general menos productivas y, por ende, menos valorizadas. En ambos casos, la condición necesaria de tales estrategias es su puesta en curso *antes de que el volumen de deuda supere el capital detentado*.

Por último, creemos interesante señalar que, pese a estos atributos mediante los cuales caracterizamos a los productores –la atención modernizadora, su dinamismo-, es sumamente frecuente que ellos mismos se refieran a sí mismos mediante la expresión “*nosotros somos conservadores*”. Registrada en numerosas entrevistas, esta autodefinición es portadora de múltiples sentidos que creemos necesario diferenciar. El primero, ineludible, refiere al “nosotros” que incluye no solo al sujeto que lo enuncia sino a sus pares y refiere, entonces, a toda una categoría social que vincula un modo de *hacer* con un modo de *ser*. El segundo, derivado de este, es el modo en que la repetición a través de las generaciones de ciertas prácticas acaba por naturalizarlas, y en esa medida, delinea el repertorio de *lo esperable* tanto como de *lo admisible*. Esta dimensión no solo muestra que la atención modernizadora era parte de lo habitual -deviniendo, en ese sentido, una práctica ‘conservadora’-, sino que nuevamente refiere al

carácter social de las decisiones individuales. De modo subyacente, la sensación de no haber hecho sino lo que siempre habían hecho, de no haber asumido riesgos por fuera de su capacidad de respuesta -de acuerdo con sus posibilidades de calcularlos- opera en simultáneo como autojustificación y como indicio de la ilegibilidad de los procesos en los que derivó. Por último, creemos que reafirma el vínculo entre diferentes racionalidades en la evaluación de cursos de acción, en la cual la relación entre 'modernización' y 'riesgo' se resuelve en función de lo que *no* podía ser puesto en juego. Esto es, precisamente, la propiedad de la tierra, que era también la tierra *heredada*. La imposibilidad de volver a comprar tierras constituía ya entonces una certeza, de modo que la venta se presentaba como una decisión que difícilmente tuviera retorno.

En este sentido, la pérdida de la propiedad de la tierra –modalidad extrema del desplazamiento- supone la pérdida de un determinado status social: el del productor familiar, lo que está asociado por un lado, a un trabajo “genuino” y sacrificado (las cosechas y los campos bien sembrados son el indicio de ese trabajo, a la vez que explican – y legitiman - las riquezas y bienes que se puedan acumular); y por otro, a trayectorias de movilidad social ascendente (en comparación con la vida y los estilos de consumo de las generaciones previas). La pérdida de ese patrimonio es también una pérdida de status, esto es, de un determinado lugar o posición en el campo social (Bourdieu, 1990). Sin embargo, también la preservación implica la *mutación* de ese status hacia otro acorde a los nuevos criterios de valor. Las relaciones entre las posiciones en el espacio social y las formas en que ha sido connotado el desplazamiento, es decir, su impacto subjetivo, constituyen nuestro objeto en el capítulo que sigue.

CAPITULO DOS

LA DIMENSION SUBJETIVA DEL DESPLAZAMIENTO

Primeros indicios

La constatación empírica de la desaparición de casi la cuarta parte de las explotaciones familiares en el lapso 1988-2002 nos planteó dos interrogantes que orientaron la primera etapa de nuestro trabajo de campo, durante los años 2004 y 2005: en primer lugar, necesitábamos comprender los rasgos de esa transformación –vale decir, por qué se había producido- para luego avanzar respecto de *qué* habían hecho aquellos productores que habían salido de la producción directa. El universo de nuestros interlocutores –productores y ex-productores familiares del sur santafesino- compartía un denominador común: habían atravesado situaciones de endeudamiento durante la década anterior y, como consecuencia, habían vendido total o parcialmente sus tierras.

Sin embargo, las entrevistas, interacciones siempre complejas en las que se negocian constantemente los límites de lo decible, lo narrable y lo interrogable, fueron delineando ante nosotros aquello que no buscábamos pero estaba allí: en muchas ocasiones, el sujeto de nuestra investigación hacía –*ante nosotros; con nosotros*- un primer ensayo de relato respecto de los sucesos que habían transcurrido casi una década atrás. En muchas otras, el límite fue infranqueable, y se presentó como la imposibilidad de construir relato alguno. Yendo aún más lejos, rastreando a otros posibles entrevistados a partir de los que ya habíamos contactado, fuimos construyendo una lista de *inubicables* –productores que luego de la venta del campo no habían migrado del pueblo donde localizamos nuestra investigación, pero de los que nadie podía dar referencia alguna. ¿Dónde estaban? ¿Qué significaba esta invisibilización en un pueblo pequeño donde todos afirman “conocer a todos”? Por último, en los relatos empezó a aparecer –como rumor, como dimensión fantasmática- la mención a los suicidios y las muertes asociadas a la *pérdida* de la propiedad de la tierra. En tanto no existen registros oficiales acerca de los primeros, no pudimos contrastar los relatos con datos empíricos.¹⁰

¹⁰ En esta primera etapa del trabajo de campo, entrevistamos a 15 productores y ex-productores, e identificamos otros 15 de los cuales la mitad fue contactada y rechazó la entrevista y la otra mitad fue inubicable. Por último, identificamos la muerte de al menos 7 productores en el lapso inmediato posterior a la pérdida de la propiedad familiar.

De este modo, el propio trabajo de campo fue redefiniendo nuestros interrogantes, a partir del *desborde* de nuestras categorías de análisis, que resultaron insuficientes para dar cuenta de la complejidad del fenómeno que pretendíamos comprender. Resultaba evidente que los procesos que considerábamos excedían ampliamente, para nuestros interlocutores, la condición de un “cambio de actividad” o la pérdida de un capital económico¹¹. A partir de allí, progresivamente, lo que llamaremos *dimensión subjetiva* del desplazamiento fue cobrando una inesperada centralidad.

Al empezar a explorar esta dimensión, el endeudamiento y los procesos a los que dio lugar empezaron a visibilizar su polisemia. Además de como *acontecimiento* –de relevancia social y sociológica en sí mismo-, podía ser leído como última fase de una historia compartida. Esta historia había delineado a través de un siglo un cierto “nosotros” social que, con independencia de los rasgos particulares que hubiera asumido, daba cuenta de una trayectoria colectiva signada por una serie de *momentos significativos*: todos nuestros interlocutores eran tercera o cuarta generación de productores en la región, hijos o nietos de colonos que habían accedido a la propiedad de la tierra hacia mediados del siglo XX –en muchos casos mediante políticas estatales orientadas a ello-. La crisis de endeudamiento, entonces, se constituía en el punto de llegada de trayectorias compartidas que, a partir de entonces, se heterogeneizarían. Vale decir: todos nuestros entrevistados habían transitado la experiencia del endeudamiento, pero no todos lo habían hecho de la misma manera. De este modo, nuestras preguntas se desplazaron de *qué habían hecho* hacia *cómo habían podido hacer lo que hicieron*: ¿qué elementos fueron puestos en juego para que algunos hayan podido situarse más o menos activamente ante la crisis, mientras que para otros haya sido imposible hacer legible la propia experiencia, al extremo de no poder –una década después- traducirla en un relato?

¹¹ Hacemos uso, a lo largo de todo el trabajo, de la noción de capital tal como Bourdieu (2000) la propone, de modo que incluye a) el económico, constituido por los diferentes factores de producción y el conjunto de los bienes económicos (ingresos, patrimonio, bienes materiales); b) el cultural, correspondiente al conjunto de las competencias intelectuales, sean producidas por el sistema escolar o transmitidas por la familia; c) el capital social, que se define como el conjunto de relaciones sociales de las que dispone un individuo o grupo; d) el capital simbólico, que corresponde al conjunto de rituales ligados al honor y el reconocimiento, que no es sino el reconocimiento y posesión de las otras tres formas de capital. Por tal razón, cuando se haga referencia a una de las subespecies de capital en particular será señalada explícitamente.

La dimensión simbólica del desplazamiento refiere, entonces, a la búsqueda de reanclajes identitarios de sujetos que comparten espacio geográfico, historia y marcos culturales, pero describen derroteros significativamente heterogéneos a partir de situaciones de partida similares, en el marco de una experiencia que implicó la desorganización del mundo cotidiano al extremo de hacerlo *ilegible*. Esto ha sido tematizado como el *estallido de la identidad chacarera* (Bidaseca y Gras, 2009), que nos proponemos recuperar en los apartados que siguen para interrogar tanto los relatos de nuestros entrevistados como los silencios, intentando rastrear los sentidos asignados a la experiencia para comprender, precisamente, qué fue lo que ella puso en juego y –en muchos casos- en jaque.

Resulta necesario enfatizar que dimensión material y dimensión simbólica solo resultan desagregables analíticamente y, por lo tanto, es preciso descartar toda tentación de abordar esta segunda dimensión, la que refiere a los sentidos y las percepciones de los sujetos, como derivada o *determinada* por la dimensión material. Por el contrario, uno de los elementos más significativos de los procesos que consideramos es la relación dialéctica entre uno y otro nivel; en cuyo discurrir se despliegan procesos de producción y reproducción social. En ese sentido, recuperamos la idea de *estructuras del sentir* (Williams, 2000), pensando que sus componentes mantienen una relación de tensa reciprocidad: los modos de percibir y experimentar determinados acontecimientos son definidos por los marcos culturales, la posición en la estructura de clase o el contexto histórico del sujeto que percibe y experimenta; pero también las percepciones, las connotaciones y las emociones constituyen, de modo recíproco, los marcos para las acciones y las trayectorias mediante las cuales –dialécticamente- se reproduce la estructura social.

Lo que pone en juego esta dimensión no es otra cosa que la relación entre *herencia* y *experiencia*; entre *habitus* y prácticas. Aquello que Michel de Certeau (1996) define como “modos de ser” y “modos de hacer” se desarrollaron subsumidos a lo largo de generaciones: *ser* y *hacer* estaban tan íntimamente relacionados que parecían una misma dimensión. La afirmación “*yo soy productor*”, recurrente en las entrevistas para dar cuenta de la estrechez de los cursos de acción posibles durante la situación crítica de los años ‘90, era en simultáneo un relato identitario –que refería a un “yo” tanto como a

un “nosotros”-, un marco que orientaba la acción y la dotaba de sentido. La objetivación de ese relato, su referente material, era la tierra –una tierra *heredada*, además.

Junto con la propiedad de la tierra, se habían transmitido de generación en generación una serie de saberes que *mediaban entre el hombre y el mundo*, que dotaban a los sujetos de marcos para percibirlo, autoperibirse y *apropiárselo*. Esa mediación no es sino el habitus como anticipación de *los posibles*, como “*suerte de hipótesis prácticas fundadas en la experiencia pasada*” (Bourdieu, 2007: 89). Esta capacidad de anticipación del habitus produce un mundo cotidiano signado por rutinas que naturalizan sus condiciones de producción, como el propio Bourdieu advierte, en y por la práctica. En simultáneo, invisibiliza el supuesto fundamental del que depende su eficacia: el ajuste entre las condiciones sociales en las que el habitus se produjo y las condiciones en las que este opera. Así, “*producidas por una clase particular de condiciones materiales de existencia, objetivamente captadas como una estructura particular de oportunidades objetivas –un **porvenir objetivo**- las disposiciones con respecto al porvenir, estructuras estructuradas, funcionan como estructuras estructurantes, que orientan y organizan las prácticas*” (Bourdieu, 2006: 19-20). Precisamente, procesos de cambio social como el que constituye nuestro objeto producen un desajuste entre condiciones objetivas y experiencia subjetiva: las prácticas que el individuo despliega no resultan acordes al contexto en el que lo hacen.

Es desde esta perspectiva específica que nos interesa abordar los relatos de los productores y exproductores: nos interesa, a través de ellos, dar cuenta del modo en que el proceso de transformación estructural abrupto y veloz desplegado en la década pasada, puso en cuestión referentes identitarios estables y largamente sedimentados, tanto familiares como comunitarios. Entre ellos, la relación con la tierra - objetivada en la fusión entre el *campo* y el *nombre*-, la condición de descendientes de familias fundadoras de los pueblos de la región pampeana y de las instituciones identificadas con la producción familiar. Junto con un fuerte componente de *saberes heredados y compartidos*, estos elementos habían constituido el *sentido práctico* de los actores, experiencia pasada actualizada y actuada en el presente. Las nuevas circunstancias fueron disociando la *exterioridad incorporada por los sujetos a través del habitus*, respecto de la *exterioridad objetiva*; de modo que estos referentes vieron limitada su capacidad performativa sobre prácticas, interacciones y sentidos.

No es, entonces, el endeudamiento o la venta de la tierra en tanto tales lo que aquí nos interesa, sino la reconstrucción ex-post que los sujetos hacen, en sus relatos, de tales procesos, porque en ellos se articulan temporalidades diversas, de manera conflictiva y en tiempo presente. Por un lado, diversos “pasados” que se confrontan mutuamente: el *pasado* inscripto en el habitus y la herencia simbólica de las generaciones anteriores, superpuesta a la herencia material que la tierra expresaba; pero también el *pasado inmediato* de la ruptura entre habitus y mundo de vida que hizo ilegibles las propias circunstancias.

Por otro lado, poder situarse como sujetos de la propia historia, o bien poder recomponer el sentimiento de continuidad respecto de predecesores y sucesores, implican la necesidad de suturar el hiato que esta ruptura produjo en los mecanismos de continuidad biográfica y generacional. Ante la necesidad de “*dar razón de un mundo que desafía la razón*” (Bourdieu, 2006: 106), en las percepciones e interpretaciones que los sujetos ofrecen es dable recuperar los sentidos mediante los cuales el “acontecimiento” deviene “experiencia”. En efecto, en primera instancia, “*el sentimiento es el único principio posible de unificación de una experiencia dramática dominada por la incoherencia*” (Bourdieu, 2006: 108). La construcción de un relato obliga a una cierta elaboración –no siempre reflexiva- que dota de sentido a los acontecimientos. En él pueden rastrearse lo que, en suma, nos interesa: los desanclajes y reanclajes identitarios, la readecuación del habitus y la configuración de *futuros* “posibles” en sintonía con los “probables”. Estos relatos sobre el pasado y que tienden a la proyección del futuro se realizan *en y desde el presente*; como advierte Carla Gras, “*la mirada sobre el pasado no opera en el vacío; la síntesis que elabora encuentra parte de su sustrato material y simbólico en el lugar al que la trayectoria afectada por los acontecimientos llevó al sujeto. En tal sentido, la posibilidad de construir alguna síntesis que interiorice las condiciones de la trayectoria está afectada por la medida en que los sujetos lograron reposicionarse luego de la experiencia de perder su lazo –un tipo de lazo- con la propiedad familiar de la tierra*” (Gras, 2006: 7).

El desanclaje de la tierra

El *campo* –la propiedad del bien-tierra- constituyó, durante varias generaciones, la objetivación del esfuerzo de los predecesores y, por lo tanto, su *valor* excedía su condición de capital económico. Como señalan Gras y Hernández, “*el campo se recibe de y se entrega a un pariente (...), no es sencillamente un espacio productivo; constituye también un lugar de construcción simbólica colectivo o individual. Se trata de un patrimonio económico, social y afectivo esencial pues cristaliza la pertenencia a un linaje*¹²” (Gras y Hernández, 2007: 2).

La consolidación del nuevo modelo puso en cuestión la relación fundamental entre *sujeto* y *tierra*, desarticulando la centralidad de esta última como sustrato identitario, en los diversos niveles que involucraba. De una parte, su carácter de *herencia* condensaba, como dijimos, la trayectoria de los predecesores y por ende el *mandato* de su preservación. En segundo término, un corpus de saberes prácticos tendientes a la perpetuación de esa herencia –el *savoir faire* del productor aprendido junto al padre en el campo- inscribía, con la mediación del *trabajo*, a los sujetos en la biografía familiar en sentido amplio, y en la dinámica familiar en un sentido más estrecho, referido a la diada producción / reproducción. El imperativo implícito en esa inscripción era la apropiación del sujeto por la tierra *que lo hereda* y lo conminaba a “*convertirse en quien es*” (Bourdieu, 1985). Este mandato inducía a afirmarse en un *ser* a través del *hacer* específico asociado a él –“ser productor”- interiorizado y exteriorizado como *deber ser*. En las voces de nuestros interlocutores

“*tenés que hacer lo que sabés hacer*” (Entrevista, 2005)

“*el campo es lo único que sé hacer*” (Entrevista, 2004);

“*uno lo lleva en la sangre, y no lo va a dejar nunca*” (Entrevista, 2005).

“*El productor es eso, es el campo*” (Entrevista, 2005)

“*Qué sé yo, me crié ahí adentro, estuve 52 años ahí, en el mismo lugar. ¡Imaginate vos! ¡Qué voy a comprar! ¡Un departamento, me voy a comprar un frigorífico! Qué sé yo cómo se maneja eso. Campo sí*” (Entrevista, 2005)

¹²El término “linaje” remite, en un sentido estricto, al conjunto de predecesores y sucesores de una persona, a la pertenencia a una familia. Desde una perspectiva sociológica, este concepto remite a una serie de relaciones estables y perdurables a través del tiempo, fundamental pero no exclusivamente basadas en el parentesco (Bourdieu, 2003), así como a la idea de familia como unidad que se divide y recompone en cada generación, estableciendo una dinámica compleja que permite establecer un sentido de continuidad entre ellos (Bertaux, 1994)

Esta identificación, por último, a la par que les permitía reconocerse a sí mismos, les permitía reconocerse *entre sí*, es decir, como miembros de una comunidad, de un “nosotros” social. Así, la relevancia subjetiva de la tierra como *herencia* y como *soporte identitario* se visibiliza en los relatos sobre la venta de la tierra:

“Es muy duro tener que vender después de tanto sacrificio, después de tantos años, después de tanta lucha (...) Nosotros antes estábamos en un campo que estaban mi papá, mis abuelos, mis tíos, era un campo grande y eso se vendió” (Entrevista, 2004)

“Yo pasaba muchas noches, muchas noches sin dormir, perder el campo donde yo nací, donde fue el trabajo de dos generaciones. Es mi viejo, con todo el sacrificio que constó, el sacrificio que pude comprar otro pedazo de campo y en diez años perderlo, o sea que me dolió, pero había que tomar una determinación” (Entrevista, 2004)

“Y la desesperación de perder lo que había heredado. Y un dolor enorme, no sé cómo explicarlo. Calculá, la herencia a mi papá de mi abuelo, de mi papá hacia mí. Quedarme sin nada” (Entrevista, 2005).

“Ahí la estrella estaba cambiada, por lo tanto tuve que hacer lo más doloroso que es vender la herencia de mis hijos” (Entrevista, 2005).

“Por eso el dolor que uno tiene que no perdió lo de uno, perdió lo de los viejos...y lo perdió laburando...yo te puedo asegurar que lo perdí laburando, y laburando mucho... y laburando mucho...” (Entrevista, 2005)

Los relatos sobre estas ventas refieren a trayectorias regidas por cursos de acción percibidos y presentados por los actores como los únicos posibles –“*no quedaba otra*”; “*hicimos lo que había que hacer*”-; y mediante los cuales se expresan patrones de comportamiento culturalmente constituidos que habían organizado hasta entonces su vida cotidiana con enorme eficacia. Sin embargo, *no todos hicieron lo mismo*, aún cuando en apariencia lo hayan hecho. En efecto, frente a una situación crítica que impedía perpetuar la empresa familiar tal como había existido hasta entonces, todos nuestros interlocutores vendieron total o parcialmente la propiedad. Sin embargo, lo hicieron en *momentos* y de *formas* diferentes.

Las nuevas condiciones estructurantes resultan incompatibles con la relación con la tierra como *anclaje* identitario; ella debía ser progresivamente *solo* mercancía –capital

económico-, y despojarse de otros sentidos. Junto a este requisito, se impone el de otros saberes no transmitidos por los predecesores, y que no refieren al hacer práctico en el campo, sino saberes profesionalizados tendientes a la gestión de una *empresa*. Como señala un informante calificado,

“En otra época el campo era un negocio que permitía a la familia crecer, desarrollarse, era un poco un medio de vida. Hoy yo creo que es una empresa donde todo está relacionado con todo. O sea entonces empieza a ser una cuestión más empresarial y el que no lo tome como una cuestión empresarial y, bueno, no va a subsistir. El que no maneje el campo como una empresa se funde” (Entrevista a técnico de la cooperativa, 2003)

Este cambio de *reglas de juego* -que fue, además, vertiginoso-, expuso a los sujetos a la contradicción entre su reservorio de experiencia y el devenir objetivo del mundo en el que intervenían. A través de ella, podemos leer un proceso de cambio social que fue percibido y visibilizado en el orden de lo individual. La comprensión temprana de ese cambio de reglas, permitió a algunos actores situarse activamente en las nuevas circunstancias, ser *sujeto* en la toma de decisiones. Concretamente, iniciar un proceso de reconversión –identitaria, de capitales- sobre bases diferentes, permitió ampliar el registro de los posibles. La condición de posibilidad fue, precisamente, comprender y actuar el desanclaje de la tierra. Su traducción empírica: la venta *temprana* de la propiedad que permitió resguardar al menos parte del capital-herencia, aunque, en muchos casos, ya no bajo la forma de la tierra heredada.

Por el contrario, la imposibilidad de toda lectura de (desde) la contradicción, expuso a otros a sus consecuencias más extremas: la pérdida no solo de la propiedad de la tierra – herencia y capital económico- sino la pérdida de todo el patrimonio familiar (las máquinas, los animales y la profesión). La identificación entre *campo* y *biografía* que situaba a la tierra heredada como *patrimonio intangible*, aquello que no podía ser puesto en juego -sencillamente porque si no había tierra que objetivara la condición de ser, se *dejaba de ser*- restringió significativamente los cursos de acción posible, acelerando el proceso que derivaría en aquello que se pretendía, a cualquier costo, evitar. Precisamente, la venta de la tierra.

Es en este nivel en el cual proponemos lo que –a nuestro juicio- permite comprender el proceso de *heterogeneización* de trayectorias que se profundiza en la última década y

media. Una vez más, recurrimos a Bourdieu: “*a través del relato de las dificultades más ‘personales’, de las tensiones y contradicciones en apariencia más estrictamente subjetivas, se expresan muchas veces las estructuras más profundas del mundo social y sus contradicciones. Esto nunca es tan visible como en el caso de quienes ocupan posiciones inestables, en vilo (...): situados en puntos en los que las estructuras sociales ‘trabajan’, y trabajados a causa de ello por las contradicciones de estas, están obligados, para vivir o sobrevivir a practicar una forma de autoanálisis que con mucha frecuencia da acceso a las contradicciones objetivas que los poseen y a las estructuras objetivas que se expresan a través de ellos*” (Bourdieu, 1999: 446-7).

De este modo, es posible dar respuesta al interrogante fundamental respecto de los condicionantes que hicieron posible la formación de una “*fracción de productores familiares viables a los efectos de una agricultura globalizada, aún conservando algunos de los rasgos que caracterizaban a sus antepasados*” mientras que otros no pudieron tener continuidad en el nuevo escenario (Cloquell et al, 2007: 16). Desde nuestra perspectiva, la posibilidad de continuidad –en un esquema que, por sus propios requisitos no tenía capacidad de integrar a todos los actores preexistentes, y cuyo carácter expulsivo se refuerza por la aparición de nuevos actores- resulta de la articulación entre un *distanciamiento reflexivo del habitus* y la selectividad de la tradición (Williams, 2000)¹³. Esta última, mediante la actualización de elementos de un pasado que-ya-no-es, adecuándolos a las configuraciones emergentes, permite establecer un sentido de continuidad en las nuevas circunstancias, constituir lo-que-será, simbólicamente, como un “seguir siendo”¹⁴. En los capítulos que siguen profundizaremos en esta cuestión.

La contracara del *distanciamiento del habitus* –su imposibilidad- es la producción de *habitus desgarrados*. El desplazamiento, en este sentido, “*es ver hundirse, de improviso, el sentido mismo de toda una existencia, retrospectivamente llevada al absurdo de una elección inicial inconsecuente*” (Bourdieu, 1999: 329). “Me fundí trabajando”, expresión registrada una y otra vez en los relatos, da cuenta cabal de ese

¹³ La idea de tradición en Williams no implica la repetición idéntica de un pasado estático sino, por el contrario, la actualización del pasado en el presente, como elemento configurativo del presente, del sentido de pertenencia a un colectivo, y de continuidad respecto de predecesores y sucesores. Es, por sobre todas las cosas, una fuerza viva que se reactualiza constantemente, poniendo en juego su selectividad.

¹⁴ Retomaremos esta cuestión en el apartado del capítulo cuatro referido a “ritualizaciones”.

desgarramiento¹⁵. La ilegibilidad que asumen los procesos –traducidas en frases entrecortadas e inconclusas, largos silencios, “vacíos” en los relatos- y su connotación como fracaso personal, también:

“Y del ’90 en adelante se... no sé qué paso, no, no... medio como inexplicable ¿no? Quedamos fuera... y aparte tuve la mala suerte de tener varios contratiempos de... con el clima, vio, que agarramos inundaciones en el norte, sequía... sequías acá que no es una zona... normal que haya sequía..... sin embargo vinieron dos o tres años de sequía... y... ya metido un poco en los bancos, no hubo más forma de salir... compré... primero saqué un crédito para comprar vacas... y después saqué un crédito para comprar una cosechadora... y ya se hicieron varios (...) Sí, se trató de hacer... pero no, no, no... aparte, qué se yo, pensamos que la cosa siempre iba a cambiar, iba a cambiar y bueno, las vendo, arreglo... resulta que no alcancé a pagar todo” (Entrevista, 2005).

Esta dificultad por inscribir los sucesos en alguna grilla de legibilidad, es decir, que los hiciera inteligibles a los sujetos, va acompañado en casi todos los relatos por una autoincriminación; se alude así a la inexperiencia que tuvieron para “manejar la crisis”. Como decían tres de nuestros entrevistados:

“Y ahí empiezan los problemas. Y por ahí un poco de inexperiencia también, porque vos fijate, yo te estoy hablado de esa época, yo habré tenido 20, 21 años, 22 años, por ahí y te digo trabajábamos, porque era yo con mi hermano, mi hermano tiene tres años más que yo, que nos habíamos hecho cargo del campo cuando falleció mi padre” (Entrevista, 2004).

“Bueno yo vi la gran oportunidad de mi vida (se ríe)... que era tomar el campo, 120 hectáreas de campo más o menos que eran de mi tío fallecido, de otra tía y cincuenta hectáreas de mi papá. Tenían todas las herramientas... (...) [pero] el debut fue bastante malo, ya tuve que empezar a financiarme, ese es otro de los grandes errores, que si yo me hubiera quedado, pero lo que pasa es que uno las ve después las cosas..... yo me hubiera quedado ahí, hubiera podido arreglar ese balurdo y que se haga cargo otro del campo y los sigamos, o se alquilaba. No, insistí y el año siguiente fue peor... yo no las supe ... Bueno, no tenía experiencia y, qué sé yo, viste, no del todo despierto, así que, fueron cuatro años malos, creo que hubo un buen año intermedio, de los cinco años que yo tuve el campo solo año más o menos llovió, después que yo abandoné” (Entrevista, 2005)

“Yo no le echo toda la culpa a las políticas del gobierno, yo pienso que fue mi culpa de haber dejado a mi hijo o que yo no supe manejar la situación. Lo del precio de los cereales, los intereses y todo fue tremendo, porque yo me acuerdo que no valía nada, pero todo esto estuvo también. Aparte de eso, mi comportamiento, digamos, no estuvo acorde con las necesidades que hacía para defender todo eso. Yo soy responsable

¹⁵ La reconstrucción del proceso que involucra esta expresión en la articulación de un *relato biográfico intergeneracional* será abordada en el capítulo tres.

también, porque hay gente que tenía la misma cantidad de campo que yo que sobrevive” (Entrevista, 2004)

La alusión a la “inexperiencia” resulta paradójica en sujetos cuyas familias por varias generaciones estuvieron ligadas a la actividad agropecuaria. Violencia simbólica que no se expresa sino en la contracara del discurso técnico “oficial” que naturalizaba la radicalidad de los cambios de una época, instalando la idea de “ganadores” y “perdedores” y atribuyendo exclusivamente a la “capacidad” individual de los sujetos los resultados de tal “juego”.

Las imágenes dramáticas con las que se intenta ilustrar esta experiencia desde la perspectiva del desgarramiento, son elocuentes respecto del sentido que adquirió para estos sujetos: “*nos cortaron los brazos*”; “*me quitó la vida*”; “*cuando me quise dar cuenta, me había caído y no entendía cómo*”; “*acá hubo muertos y heridos*” (Entrevistas, 2004-2006). También, es el velo detrás del cual se oculta que esa *caída* no es exclusivamente la de los individuos sino la de un modo de vida y una forma de estar presente en la producción agropecuaria, en la que uno u otro eran mutua condición de posibilidad y de reproducción.

Espacio e identidades sociales: la redefinición del ‘nosotros’ y del “territorio chacarero”.

Señalamos más arriba que la relación con la tierra como anclaje significativo de las identidades permitía a los sujetos el reconocimiento *de sí mismos* a la par que el reconocimiento *mutuo*, estableciendo la pertenencia a un colectivo. Cuando nos referimos a la pérdida de la propiedad como desplazamiento, incluimos en esa noción a la tierra en su condición de soporte de mecanismos de transmisión de saberes, de la historia de la familia. Como se dijo, constituía la objetivación del esfuerzo de los primeros colonos, que se habían arraigado en el lugar, trabajando la tierra y fundando el pueblo, sus instituciones. Los procesos de reforma estructural desanclaron tal relación, y a partir de allí se inicia un proceso de transformación de identidades largamente sedimentadas, así como de las prácticas en torno de las cuales se estructuraban y reproducían.

Este proceso de redefinición de patrones de pertenencia y legitimidad social de ningún modo puede desenvolverse de manera armónica o lineal; por el contrario, está plagado de contradicciones, superposiciones, fragmentos y tensiones: es ello, precisamente, lo que evidencia el proceso de selectividad (entre elementos residuales y emergentes, lo que se descarta, lo que se resignifica y lo que se incorpora) y reanclajes identitarios aún en curso. Nos interesa reponer el marco más amplio en que esos desanclajes y reanclajes se inscriben –el “nosotros social”, las sociabilidades locales- para poder luego abordar las transmisiones y apropiaciones a que las transformaciones han dado lugar.

En este sentido, nos resulta especialmente sugerente la hipótesis explorada por Albadalejo en un reciente trabajo acerca del *fin del territorio chacarero*¹⁶, organizado en torno al pueblo, y el *estallido de la identidad chacarera*, como parte y efecto de las transformaciones recientes. La formación de esta categoría de productores familiares capitalizados –sujeto paradigmático de la “pampa gringa”- había contribuido a la generación de un sentimiento de identidad común; y ese sentimiento tenía *traducciones prácticas* en el mundo local, que organizaban sistemas de clasificación, pertenencia, legitimidad social. La reorganización del espacio en torno a otras lógicas –el del productor profesionalizado- no elude, sin embargo, al pueblo como lugar significativo para la creación y adaptación de cambios en la actividad agropecuaria (Albadalejo, 2009; Bidaseca y Gras, 2008). De este modo, los procesos de desanclaje y reanclaje espacial superponen diversos “territorios” –en tanto *tramas de relaciones que atienden a la lógica espacial y a la dinámica social*- en los que conviven –una vez más- lo residual y lo emergente. Nos interesa restituir, para el contexto analizado, esas tramas que se desenvuelven sobre el espacio –físico y social¹⁷- local, como *campo* de disputas, de tensiones, de redefiniciones. El intento, en esa dirección, será explorar los vínculos entre fronteras identitarias constitutivas de *diferentes niveles de los ‘nosotros’*, espacio social y espacio geográfico.

¹⁶ Leemos el trabajo de Albadalejo partiendo de la definición de *territorio* propuesta por Manzanal, de modo que lo entendemos como indicador de especificidades que *localizan* las vivencias y los problemas propios de cada una de las comunidades; el ámbito de procesos económicos, sociales, culturales, étnicos. En tal sentido, lo asimilamos a las relaciones entre espacio social y espacio físico que, con base en los trabajos de Pierre Bourdieu, retomamos aquí. Sobre la noción de territorio ver Manzanal, M., 2007.

¹⁷ El **espacio social** es un *sistema de posiciones sociales* que se definen las unas en relación con las otras. Es una representación abstracta, un punto de vista sobre el conjunto de puntos a partir de los cuales los agentes dirigen sus miradas hacia el mundo social. (Bourdieu, P. 1998)

Los procesos de reforma estructural que atraviesan los noventa redefinieron las características del espacio social pueblerino, y, del mismo modo, la distribución de las posiciones de los actores, de recursos materiales y simbólicos escasos, la percepción de lo legítimo, y de lo positiva o negativamente connotado por el colectivo. “Saber jugar” un juego cuyas reglas estaban cambiando, empezó a delinearse ante los productores - *chacareros* como condición de posibilidad de *seguir en el juego*, y más aún, como el elemento en torno al cual se definirían las posiciones de los actores.¹⁸ Sin embargo, esta condición novedosa se superpone con –pero también se sustenta en– otras de más larga data que definían eficazmente las formas de pertenencia e inclusión, choca en y con ellas, en una relación de tensión constante, de fricción, y muchas veces, de conflictiva coexistencia.

El **campo** y el **nombre** se fundían en una sola marca identitaria, por lo que la *pérdida* del campo se presenta, para nuestros entrevistados, casi como la pérdida del nombre o de aquello que lo refrendaba; la pérdida de la legitimidad y del lugar social detentado hasta entonces. Tanto es así que, entre los habitantes del pueblo, los campos siguen siendo nombrados por el apellido de los dueños originales. La *fusión entre campo y nombre* se expresó discursivamente en la recurrente eliminación del nexos que denota propiedad. Aún es frecuente que no se aluda al *campo de Pérez*¹⁹, sino directamente al *campo Pérez*, incluso aunque Pérez no sea ya el titular de ese predio. Además, es casi autoevidente que, en la mayoría de los casos, el *Pérez* al que se hace referencia es a quien compró y no a quien la vendió, su descendiente.

Cabe destacar que parte significativa de los créditos que resultaron en el endeudamiento ruinoso que obligó a la liquidación de las unidades productivas fueron tomados con la Cooperativa local. De este modo, la condición de descendientes de los fundadores directos o indirectos de las instituciones, no impidió que aquellas se les volvieran ajenas y resultó insuficiente a la hora de negociar con ellas, lo que requirió una serie de destrezas que no *venían incluidas* en la herencia simbólica. En el mismo sentido, la toma y renegociación de créditos en las sucursales locales del Banco Nación o de la

¹⁸ Para una analogía entre espacio social y juego, ver, entre otros, Bourdieu, P.: “*Cosas dichas*”, Gedisa, Barcelona, 1988, y Da Matta, R.: “*A propósito de microescenas y macrodramas: notas sobre el problema del espacio y del poder en Brasil*”, en **Revista Nueva sociedad**, Caracas, 1988.

¹⁹ Este nombre, como todos los que aparecen en el texto, es ficticio.

provincia de Santa Fe, implicaron interacciones con sujetos con los cuales -fuera de ese espacio institucional que sometía tales interacciones a reglas no fijadas por sus participantes- mantenían vínculos de vecinazgo, e interactuaban en otros espacios en los que se desenvolvía la sociabilidad local –el bar o el club, el mercado o la plaza-. Este extrañamiento del mundo cotidiano resulta en que el pueblo o las instituciones fundadas por sus predecesores “*se transforma en un desconocido, a punto tal que ya no se siente en su casa*” (Bourdieu, 1999: 340), es un *extraño* al que no reconoce y por el que no es reconocido.

De este modo, se fragmenta y redefine aquel ‘nosotros’ que refería al mundo *chacarero*. El ‘nosotros’ incluirá en lo sucesivo a quienes han podido readaptarse a las nuevas exigencias, a los portadores de la *astucia* que caracteriza el haber comprendido rápidamente las nuevas reglas del juego, y por lo tanto haber podido reposicionarse para jugarlo. En este caso, la posibilidad de reconvertir capitales y de recuperar soportes para la acción, dentro –pero forzándolos, y por lo tanto, redefiniéndolos- de los límites de lo tolerado y lo permitido, han sido las bases para la refundación de un ‘nosotros’ más reducido: el de los que pudieron sobreponerse a la crisis, y por lo tanto se perciben como síntesis entre su condición de depositarios legítimos de la *tradicción* y su capacidad de adaptación activa a las nuevas circunstancias: aquellos que pudieron conservar toda o parte su propiedad, que pudieron realizar negociaciones provechosas con las instituciones acreedoras, y los que –operaciones de reconversión de capitales exitosas mediante- se reinsertan en actividades vinculadas al mundo rural, fundamentalmente como contratistas, lo que les permite seguir manteniendo su pertenencia al colectivo, o incluso reforzarla.

La alteridad aquí se define en términos de carencia, esta vez vuelta sobre aquellos miembros del propio grupo que fueron incapaces de realizar exitosamente esta serie de operaciones. Aquí se incluyen aquellos que –desprovistos de recursos que les permitieran intervenir activamente en la reversión de su proceso de endeudamiento y la liquidación de su propiedad- han perdido todo vínculo con la producción rural, tras su reinsertión en actividades no rurales, y percibidas como degradadas, en términos de status social.

Previsiblemente, existen significativas diferencias en los niveles de cohesión interna entre unos y otros. El primero de los grupos mantiene lazos estrechos de pertenencia, que se expresan en una activa sociabilidad cuyo escenario es, precisamente, el pueblo. Por el contrario, los miembros del otro –si es que es dable pensarlos como grupo más allá de como categoría empírica- no sólo se han visto excluidos del colectivo sino que prácticamente no tiene conexiones entre sí, salvo las propias de la vida en un pueblo pequeño. Los circuitos de sociabilidad de estos últimos se replegaron sobre el núcleo familiar y sobre el ámbito doméstico. Su corolario es la retirada de los espacios de pertenencia y sociabilidad locales vinculados institucional –fundamentalmente, la cooperativa- o extrainstitucionalmente –el bar, el club- a la actividad agropecuaria. Algunos entrevistados sostienen directamente que dejaron de ser invitados a los encuentros, fueran formales o informales, otros refieren a este fenómeno traduciéndolo en autoexclusión. La sensación de desconcierto y de decepción ante el descubrimiento de que haber vendido la tierra no solo significó, para quienes transitaron esa experiencia, *quedar fuera* de la producción agropecuaria, sino también de su propio mundo cotidiano, de su *lugar en el pueblo*:

“Yo esperaba que me invitaran a la reunión anual, pero no me llamaron más”
(Entrevista, 2005)

“Desde que pagué, no fui más... nunca más (se refiere a la cooperativa). Tampoco me invitaron nunca a las cenas, ni nada (...) Ellos no me invitaron pero yo tampoco fui más, viste... a la oficina a charlar con los muchachos, viste (Entrevista, 2005)

“no es que alguien te va a decir que no vayas más al bar, pero ellos se reúnen a hablar del campo, y yo... ¿a qué iba a ir? ¿A amargarme?” (Entrevista, 2006)

Del mismo modo, el desplazamiento implicó la ruptura de vínculos constituidos por lazos de amistad, de parentesco y de vecinazgo reproducidos de generación en generación.²⁰ Una consecuencia importante de esta ausencia de interacciones y de *lugares compartidos* entre ambos grupos, sería la yuxtaposición en el espacio físico de

²⁰ Es muy interesante en este sentido el modo en que varios jóvenes entrevistados señalan que la salida del pueblo –por estudio, por trabajo, por vacaciones- implicó la experiencia de *tener que presentarse por primera vez*, vale decir, articular un relato sobre sí mismos que traduzca el *quién soy*. Fue ante esa experiencia novedosa que reflexionaron sobre las implicancias de no haber tenido que hacerlo nunca antes, porque en el pueblo *“todos saben quién sos, como te llamás, quienes son tus padres, donde vivís. Todos saben todo.”*; *“Es una pavada, pero una vez, como a los veinte, fui a bailar a un pueblo acá cerca y me sorprendió que alguien me dijera ‘¿cómo te llamás? Mi hermano te quiere conocer’. Eso acá sería impensable”* (Entrevistas, 2006 y 2007)

sujetos que ya “no tienen redes sociales superponibles, y que se transforman en **vecinos ajenos**” (Albadalejo, 2009: 64). Es imposible desconocer el carácter estigmatizante de estos vínculos –o, antes bien, esta ausencia de vínculos. El prejuicio, la sanción social por ‘no haber podido’, la estigmatización y la marginación social, constituyen el sayo del ‘perdedor’ con que son investidos, y finalmente autoinvestidos, los miembros del segundo grupo por parte del primero. Los esquemas interpretativos que subyacen limitan la posibilidad de inscribir en marcos más amplios las conductas individuales, o aún incorporar elementos tan ajenos a la voluntad personal como, por ejemplo, los factores climáticos que afectaron la producción en la región durante la década pasada. El silencio institucional durante el período crítico y con posterioridad a él es de suma importancia para comprender la estrechez de tales marcos, que suele traducirse en discursos locales *culpabilizadores*, o acusatorios (‘lo mató al padre por el disgusto...’; ‘se manejó mal’; ‘lo perdieron los vicios’), en la comunidad que se erige en juez:

Sí, yo vendí y pagué... bah, me acompañaron como a un perro malo, viste hasta donde... donde cobré... tipo delincuente, viste (...) ¡Uf!, sabés qué... porque si vos hiciste un mal negocio, te equivocaste en un negocio, bueno, es culpa tuya... ‘me equivoqué, hice un mal negocio (y) perdí como en la guerra’... pero esto te viene comiendo despacito, comiendo despacito, comiendo despacito, comiendo, comiendo...” (Entrevista, 2005)

“No sé si me cargo de culpas yo solo, pero veo que mucha gente te entra a tratar medio distinto, por que vos sos un tipo fundido, sos un marcado (...) sí de todo lo que se dijo, de lo incapaz, de lo inútil, de lo que habrá hecho con la plata” (Entrevista, 2005)

“ese es otro de los problemas que te quiero comentar...cuando vos empezás a tener problemas, parece increíble que parece que todo el mundo se ponga de acuerdo, y te digo porque veo cerca mío a otro muchacho que le ha pasado exactamente lo mismo...(…) la gente empieza a tener como un temor porque se corre la bolilla de que vos no andás bien, y no se por qué, si la cosecha es de ellos, es de ellos y no se la va a sacar nadie, por más que yo te trabaje” (Entrevista, 2005).

La sociodinámica de la estigmatización, como señala Elias, consiste en “la capacidad de un grupo de colocarle a otro la marca de inferioridad humana y de lograr que este no se la pudiera arrancar, /como/ función de una figuración específica que conforman los dos grupos conjuntamente” (1996: 88). El estigma ostensible en los discursos y las prácticas de los ‘ganadores’ respecto de los que ‘han quedado fuera’, se reifica en los

estigmatizados, en la medida en que las imágenes de sí son construidas siempre en relación con la mirada *normativa* de un otro significativo²¹.

²¹ Pese a ello, quisiera postular que la definición de aquel ‘nosotros’ que incluía al puñado de pequeños productores familiares cuya identidad grupal e individual se estructuraba en torno a su condición de descendientes de los fundadores del pueblo y sus instituciones, con un vínculo arraigado a la tierra y al colectivo, pervive de manera refractaria en relación con un otro relativamente abstracto: los compradores de las unidades productivas liquidadas son ‘extranjerizados’, aunque pocos sean efectivamente extranjeros. Esta identidad puesta en cuestión, ante la aparición de un otro percibido como ‘extranjero’, se reaglutina, se revalida y se refuerza. La imagen del otro extranjerizado es construida en virtud de una serie de características definidas, nuevamente, como carencias: la condición de recién llegados –y por lo tanto, no fundadores, advenedizos-, su falta de apego a la tierra, su desconocimiento de los saberes específicos respecto de la producción rural. Sin embargo, esta imagen totalizadora se transforma al traducirse en individualidades concretas. La generación de vínculos con los recién llegados muestra ciertas distancias con esa imagen casi fantasmática del ‘extranjero’ que llega a apropiarse de aquello que desconoce y que no puede pertenecerle legítimamente. Así, en esa operación de traducción entre la imagen abstracta y amenazante, y los individuos concretos que la materializan, hay un hiato profundo que no admite correlato lineal entre una y otra, que exige matizarla.

Mediante una superposición dialéctica entre espacio geográfico / territorio y espacio social, es posible rastrear esta dinámica entre *establecidos* y *marginados* (Elias, 1998). Podemos, en esta dirección, pensar la distribución espacial de los residentes como una metáfora –o un corolario, ya que el espacio no es un mero reflejo de las prácticas, como hemos anticipado, sino que se constituyen mutua y recíprocamente- de los reagrupamientos y las transformaciones en los parámetros de pertenencia social que hemos caracterizado. Así, resulta significativo tomar en cuenta que todo el grupo que integran quienes han *podido sobreponerse a la crisis de los '90* –sea porque lograron retener total o parcialmente su propiedad, sea porque se reinsertaron exitosamente en actividades vinculadas a la producción, como contratistas rurales o como arrendatarios- residen en el núcleo o el **casco urbano** del pueblo, mientras que aquellos que *han quedado fuera* residen en sus **márgenes**, o directamente fuera de él, en una diáspora. Es insoslayable que muchos de los *inubicables* son aún residentes –en los márgenes- del pueblo. Es precisamente el hecho de que lo sean –residentes e inubicables- lo que da cuenta de su *invisibilización* como sujetos: arrojados fuera del grupo de pertenencia, desprovistos de sus referentes identitarios, sin capitales a reconvertir, también quedaron fuera del pueblo. No tienen un lugar, físico y simbólico, en el que puedan colocarse. El espacio del pueblo, de este modo, reproduce (en los dos sentidos posibles del término: como *reflejo* pero también como instancia de *volver a producir*) la estigmatización inherente a los vínculos sociales y la desigualdad de las relaciones de poder intergrupales.

Diálogos intergeneracionales: transmisiones y apropiaciones, saberes y relatos biográficos

La radicalidad de las transformaciones operadas produjo rupturas en el sentimiento de continuidad intergeneracional y en los mecanismos de transmisión. Estas rupturas biográficas se tradujeron, en el extremo, en procesos de des-subjetivación, obligando a los sujetos a la búsqueda de anclajes a partir de los cuales reinscribirse y reinscribir el presente en el curso de la historia, en la corriente de las generaciones. Los procesos considerados involucraron, inevitablemente, la transformación de *lo transmisible* respecto de *lo transmitido* de una generación a otra en el pasado, en un doble sentido. Por un lado, los cambios en *los modos de producir y gestionar la explotación* pusieron

en cuestión, como vimos, los saberes prácticos transmitidos *en el hacer en el campo*. Por lo tanto, estos cambios tienen implicancias sobre las *formas* y los *espacios* de transmisión de saberes, tanto como sobre los *saberes* mismos valorizados como transmisibles (Bourdieu, 1990 y 1999; Jelin, 2002 y Kaufman, 1998). Un trabajo reciente esboza esta cuestión, señalando que las nuevas generaciones no participarán ya de los mecanismos de transmisión de conocimiento empírico desplegados por las generaciones anteriores, y que “*si bien la transmisión de saberes no tiene la representación simbólica de la adquirida por sus padres y abuelos, la vinculación con nuevas tecnologías de manejo y gestión suplen la información que ellos requieran*” (Cloquell, 2007: 102).

En segundo término, el desanclaje de la relación entre *tierra* y *biografía* produjo la ruptura de un relato implícito: como señalamos en un apartado anterior, en la tierra se objetivaba la historia de la familia, y junto a ella una trayectoria de progreso social que era constitutiva del ‘nosotros’ familiar y comunitario. Si el núcleo de nuestro trabajo se organiza en torno de la heterogeneización de trayectorias a partir de una experiencia disruptiva que objetiva un proceso de cambio estructural, entonces, la búsqueda de nuevos clivajes identitarios tenderá, también, a recorrer senderos diferentes, en función de cómo haya sido transitada la experiencia, a qué lugar hayan sido llevados los sujetos por ella –la *redefinición de posiciones en el espacio social*- y las connotaciones subjetivas que se le hayan asignado.

En la imbricación de estos niveles se producirán síntesis específicas entre pasado y presente, pero que en cualquier caso involucran una reelaboración respecto del pasado familiar –la *biografía extensa*-, a partir del pasado reciente. Huelga aclarar que este proceso es inherente a todo diálogo intergeneracional, sin embargo, la sedimentación que la propia continuidad impone tiende a invisibilizarlo. Lo significativo, en estas circunstancias, es que esta reelaboración en el marco de una disrupción de esa sedimentación, hace necesaria la producción de un *relato explícito* que permita establecer sentidos de continuidad biográfica entre predecesores y sucesores. Como señala Pollak, toda experiencia extrema es reveladora de los constituyentes y las condiciones de la experiencia normalizada, que queda regularmente oculta bajo el velo de lo familiar (Pollak, 2006). Vale decir: si la tierra no puede ya “contar la historia de

quienes somos”²² –sea porque ha sido vendida, sea porque ha sido despojada de su condición de capital simbólico-, será necesario contarnos a nosotros mismos. La cuestión nodal *del orden de las sucesiones, centrado en el mandato de ‘preservación del ser’ como proyecto implícito en la transmisión* (Bourdieu, 1999) pone a los sujetos ante un interrogante sustantivo: ¿cómo es posible construir y producir ese *mandato de preservación* –como continuidad actualizada y permanentemente actualizable, no como entidad estática- cuando ese *ser* ha sido puesto en jaque y está en plena redefinición?

La cuestión de la transmisión intergeneracional se presenta, así, como una dimensión central de este proceso: en tanto constante selección y reorganización en función del contexto en el cual se despliega y en el marco del cuestionamiento a la estabilidad de patrones socialmente contruidos y socialmente legitimados, ¿cómo se construyen relatos sobre el pasado o, más aún, sobre distintos pasados? ¿Qué se valoriza como transmisible? ¿Cómo se transmite aquello que es vivenciado como fracaso personal, lo que obtura la posibilidad de articularlo en un relato? ¿Cómo es apropiado y significado por los más jóvenes este bagaje *en el nuevo contexto*? ¿Cómo se articulan patrones identitarios en el marco de un proyecto futuro? Es decir: ¿cómo las temporalidades de las memorias se articulan en prácticas y sentidos, vinculando pasado y presente para proyectarlos hacia el futuro, inscribiéndolas en una historia *propia*?

En este punto se hace necesario incorporar otra dimensión: cualquier acto de transmisión implica además el acto de recepción y de apropiación por parte de sus destinatarios, que no es lineal ni mecánico. Como señalan Jelin y Kaufman, “*las experiencias de quienes fueron actores plenos de un tiempo histórico dado son fuente de relatos y de discursos que se transmiten a través de múltiples canales que manifiestan y filtran sentidos y mitos sobre el pasado. A su vez, las generaciones jóvenes se preguntan acerca de las determinaciones que reciben de sus antecesoras y plantean, en la perspectiva de presente y futuro sus propias lecturas, dilemas y demandas vitales, ideológicas y éticas. Los procesos de transmisión y reinterpretación*

²² Si retomamos lo planteado en el apartado anterior respecto de la relación sobre espacio social y espacio geográfico, y la hipótesis de Albadalejo sobre la superposición de territorios, es posible sostener que aunque la tierra ya no puede “contar quienes somos”, sin dudas no deja de ser un relato *de lo que fuimos*, y más aún, de lo que *debíamos ser*. Esto es especialmente importante para quienes han vendido la tierra y ello se ha construido individual y socialmente como fracaso personal, pues implica que el referente biográfico más significativo deviene referente material de ese fracaso –la “*prueba*” ante una comunidad que se erige en juez- , y por tanto, refuerzo del estigma. Retomaremos esto en el capítulo tres.

(...) *están sujetos a sus propias dinámicas y a múltiples interferencias*” (Jelin y Kaufman, 2006: 10).

Pensar la cuestión de la sucesión de generaciones desde la dimensión de las subjetividades e identidades, implica dar cuenta de las articulaciones entre lo recibido, lo transformado y lo creado, a partir de experiencias, representaciones y afectos mediante los cuales se los dota de sentido. En este sentido, es necesario –para reponer una vez más el interés por comprender procesos sociales antes que dinámicas familiares- poner de relieve que *“la experiencia es vivida subjetivamente y culturalmente compartida y compartible. Es la agencia humana la que activa el pasado (...) en tanto hay sujetos que comparten una cultura y en tanto hay agentes sociales que intentan materializar estos sentidos del pasado”* (Jelin, 2002: 37). De este modo, el carácter intersubjetivo de este proceso, y la relación dialéctica que establece respecto de marcos culturales espacio-temporalmente constituidos, está inscrita en la propia idea de “generación”, entendida como *predisposición* hacia una forma particular de pensamiento, acción y experiencia históricamente relevantes, que produce *vivencias y destinos en común* (Manheim, 1952).

La transmisión – recepción como proceso implica, entonces, al menos dos condiciones: que existan las bases para una identificación que permita ampliar intergeneracionalmente el “nosotros” y la existencia de un intersticio, un *espacio de libertad* para las reinterpretaciones, las luchas de sentido y las fracturas tanto como para las continuidades (Hassoun, 1996, Jelin, 2002, Kaufman, 2006).

Intentaremos, en los capítulos que siguen, rastrear estos procesos de transmisión y apropiación, las tensiones que implican y las múltiples formas del sentimiento de continuidad biográfica, a través de un abanico de trayectorias familiares. Mediante ellas se ha buscado, más que un registro exhaustivo de posibilidades, enfatizar contrastes entre dos situaciones polares: la del desplazamiento como forma extrema *vis a vis* la de la reconversión exitosa.

En la primera, la relación con el pasado toma la forma de una pérdida edad de oro (Williams, 2001), y moldea la trama familiar y la relación presente - futuro *a partir* de esa pérdida: los relatos en tiempo presente para referir acontecimientos del pasado,

recurrentes en los relatos de padres e hijos, hacen pensar en una ruptura del discurrir de la experiencia, constituyendo “pasados que no pasan” (Connan y Rousso, 1994) y que generan, por tanto, “futuros perdidos” (Huyssen, 2000).

En la segunda, la inserción en el agro cobra sentidos y formas diferentes a los del pasado, y plantea entonces una reelaboración del pasado para establecer nexos entre generaciones y anclar identidades, en lo que, propondremos, constituye un proceso de *inmaterialización de la herencia*²³. Aún así, la búsqueda del sentido de continuidad biográfica pone en acto la selectividad de la tradición y de la memoria; y a partir de allí actualiza y *refuncionaliza* prácticas y sentidos, articulando “*futuros pasados*” con “*futuros deseados*” (Kosellek, 1993), que no es sino la reorganización de la performatividad del habitus.

Sin embargo, es necesario hacer un último señalamiento, respecto del interrogante que planteamos al comienzo de este capítulo respecto de *silencios* y *silenciados*: ¿qué ocurre, en la instancia del diálogo intergeneracional, cuando éste se constituye como *imposibilidad*? ¿Cómo es gestionable, en términos identitarios, lo que –dada la ilegibilidad de los procesos– produjo escisión y ruptura, y se tradujo en un *indecible*?

Poco podemos decir, por fuera de las hipótesis ya planteadas a partir de las relaciones *espacializadas*, acerca de los procesos de des-subjetivación y de la fractura que produjo la imposibilidad de narrar(se). Sin embargo, intentaremos *decir algo más*, en el capítulo tres, a partir de los baches, las grietas, los silencios y las contradicciones en los relatos que fuimos construyendo a lo largo de cuatro años de trabajo con las familias cuyas trayectorias intentaremos reconstruir. Es decir, intentaremos hacer el ejercicio de interrogación de los *grandes silencios* –los “relatos imposibles”– a través de los silencios parciales, más pequeños, *ocultos* en los relatos que quienes sí pudieron construir alguno. En tal sentido, partimos de la concepción de que los silencios no son, en absoluto, ausencia de relato, ni vacíos de sentido.

²³ El uso que hacemos de la idea de herencia involucrada en la transmisión – recepción intergeneracional, debe ser entendida en sentido amplio, de modo que incluye las diferentes especies de “capitales”, y alude por tanto a herencia material y herencia simbólica.

Nuestra preocupación, tan política como académica, es en este sentido contribuir a generar soportes colectivos para visibilizar el carácter social de los procesos que confluieron en el desplazamiento, de modo que las interpretaciones de tales silencios no acaben por ser –en ausencia de otros discursos que confronten con los discursos dominantes²⁴- la corroboración de la culpabilidad del fracaso personal, y por ende, la naturalización del *estigma*.

²⁴ Resulta interesante pensar esta “ausencia” de discursos contrastantes, que en rigor es “ausencia pública”, como resultado de los diferenciales de poder entre enunciadores, con desigual capacidad de hacerse audibles. En este sentido, resulta especialmente iluminadora la “teoría de las voces” propuesta por Karina Bidaseca en su tesis doctoral, que también interpela la politicidad de la producción académica en la generación de condiciones para la escucha de *otras voces*, las voces bajas de la historia.

PARTE II

TRAYECTORIAS, TRANSMISIONES Y APROPIACIONES



CAPITULO TRES

PARAISOS PERDIDOS.

“Añorar nada más un campo, añorarlo”
Susana, esposa de exproductor.

“Me fui, como quien se desangra”
Ricardo Güiraldes

En el capítulo anterior caracterizamos la experiencia del desplazamiento como un proceso que no sólo involucró la pérdida de un capital económico sino que, simultáneamente, produjo una desorganización del mundo cotidiano y de las identidades personales y sociales. En este capítulo nos concentramos en las trayectorias de dos familias de exproductores para quienes el desplazamiento ha asumido su forma extrema. Nos interesa considerar a través de ella la descomposición de aquel mundo naturalizado hasta entonces, a la par que las recomposiciones posteriores de la trama vital, cuando ello fue posible, aunque sea fragmentaria o parcialmente. En esa trama incluimos las redes de sociabilidad, las relaciones intrafamiliares, y la búsqueda de un lugar activo para la propia subjetividad en las nuevas circunstancias. También, la reorganización de la biografía familiar, el “relato maestro”.

Hemos sostenido en el capítulo precedente una de nuestras hipótesis fundamentales: la posibilidad de un distanciamiento del habitus, la revisión reflexiva del legado material y simbólico fue clave en la posibilidad de situarse más o menos activamente ante las nuevas circunstancias. El caso que consideraremos aquí – el de Pepe y su familia - es relevante, precisamente, por la manifiesta imposibilidad de cualquier revisión. Ello los impulsó a la repetición mecánica de un repertorio conocido, sostenido sobre el supuesto de un mundo próximo relativamente previsible, que refería al comportamiento esperado de las instituciones, de los otros productores con quienes interactuaban y de sí mismos en tales circunstancias e interacciones. La ruptura de este supuesto constituye la trama en la que se desarrolló la ilegibilidad que asumen los procesos para sus protagonistas: los relatos sobre el endeudamiento y las liquidaciones de las explotaciones solían ser acompañados de expresiones tales como *“ya había momentos en que... se me escapaba todo”*. En efecto, como señala Kessler (2000: 27), estas circunstancias son

experimentadas como una “*dislocación personal y como una desorganización del mundo social que los rodea. Esta doble percepción lleva a que no pueda producirse una ‘adaptación’ en un sentido clásico del término: el acomodamiento a un contexto nuevo definido o definible. (...) Tal alteración de prácticas rutinarias arrastra consigo tramos de sentido sedimentados –ideas, creencias, expectativas, categorías de percepción– hasta entonces considerados evidentes*”. De allí, entonces, que la pérdida de la propiedad sea tematizada como una ruptura biográfica imposible de suturar, y es esta construcción de sentido realizada ex post la que organiza no solo el relato sino la propia existencia de los sujetos.

Muchas de las charlas con los exproductores se desarrollaron en la vereda –o en el interior pero con las puertas abiertas “*porque si cierro la puerta me ahogo*”– de viviendas situadas en los márgenes del pueblo, separadas de los campos (ajenos) por la calle y la alambrada. En esas ocasiones la mirada de nuestros interlocutores solía perderse en el *verde paisaje sojero*. Para pensar esta cuestión –la relación de nuestros interlocutores con un mundo del que han sido expulsados– nos resultó especialmente iluminadora la relectura de “*El campo y la ciudad*” de Raymond Williams, trabajo en el que reflexiona sobre la “construcción del paisaje” como acto solo posible desde la distancia. Y de una distancia *ociosa*, además. De este modo, el paisaje “*antes que construcción material, es distancia social. (...) Es la producción de un tipo particular de observador sustraído del mundo del trabajo, es un punto de vista (...) que anula el trabajo y despersonaliza la fuerza de trabajo*. (Sarlo, 2001: 19). Lejos de la condición de observador ocioso del *señor*, nuestros entrevistados son observadores de un paisaje que devino tal como paisaje *expropiado*, referente a su vez de un *mundo expropiado*. La sustracción del mundo del trabajo agrario opera como quiebre vital irreparable. De modo que nada podría ser más lejano de los *agradables panoramas* de Williams que esta *contemplación*. ¿Qué tipo de observador se constituía entonces? ¿Cómo podrían los sujetos dialogar con su propia historia desde esta particular circunstancia? ¿Cómo podía operar la dinámica de la intergeneracionalidad cuando el patrimonio a transmitir, que era también un *relato*, sigue estando allí pero es ajeno²⁵, y la historia que narraba era –

²⁵ En otras fases de la investigación señalábamos la “dilución” del patrimonio tras la venta de la tierra. Sin embargo, nos parece particularmente interesante la interfaz entre este patrimonio –lo *propio*– que se ha perdido, y la tierra que sigue allí pero es ajena. Lejos de constituir un “no lugar”, un algo ausente o que ya no está, por el contrario, la tierra está allí a perpetuidad, y es portadora de otros sentidos y otros relatos que se tensionan, superponen y luchan con los que portaba en el pasado.

desde el punto de vista de los sujetos- la del propio fracaso? ¿Podía el paisaje –o la relación con él- ser una metáfora de la relación de estos sujetos con el propio pasado y con un futuro *que ya no será*? Finalmente, ¿Cómo tematizarlo desde la investigación social?

La respuesta a este último interrogante involucró un proceso de apropiación de las preguntas *vitales* de los sujetos –no siempre explícitamente formuladas, es claro- para transformarlas en preguntas centrales de nuestra investigación. Fuimos así llegando a la tematización de la experiencia de la pérdida de la tierra, en primer lugar, precisamente como *pérdida*, hito en torno al cual se seleccionan y se reorganizan acontecimientos y se redefinen sentidos: si en el pasado la tierra era articuladora de la experiencia e incluso de la propia biografía, la pérdida pasará a ser, en su reemplazo y con toda la carga que ello implica, el nuevo eje ordenador (de un *orden imposible*). Luego, podemos reflexionar sobre las diferentes temporalidades involucradas: la relación con esta *tierra perdida devenida paisaje* constituye un punto de inflexión que configura “pasados que no pasan” (Conan y Rousso, 1994) es decir, relatos narrados –vividos- a perpetuidad en tiempo presente, pues no tienen forma de ser incorporados al caudal de la historia y de la experiencia. En tanto tales, además, constituyen el referente de los “futuros perdidos” (Huyssen, 2000), núcleo del diálogo –y muchas veces del silencio- entre generaciones. Situados en la tensión entre la *rendición de cuentas* (ante predecesores y sucesores) y el reclamo de los más jóvenes por lo que les es negado, estos futuros perdidos dieron lugar a cierta *mistificación del pasado*, que lo construye (tanto como al futuro que anticipaba pero que ya no será) como *edades de oro*, que no son sino “*un mito que opera como un recuerdo, (...) empleado por los desposeídos como una aspiración*” (Williams, 2001: 71)

La pérdida del anclaje material de la biografía familiar implica la puesta en curso de diversos mecanismos de circulación y expresión del conflicto. Entre ellos debe incluirse, es claro, la negación de ambos: es decir, la obturación y el silenciamiento. La relación entre pasado y futuro, el nexo entre recuerdo – mito y aspiración idealizada, se expresa muchas veces en la demanda de los hijos por el *derecho negado* (o *diferencialmente asignado*) a *saber lo que estaba pasando, a proponer alternativas*. Dentro del espacio doméstico este fenómeno ha redefinido las fronteras del ‘*nosotros*’ familiar: ramas de una misma familia que han perdido todo contacto entre sí o cuyos

vínculos se han deteriorado, disolución de núcleos familiares, transposición del conflicto en la generación siguiente.

Simultáneamente, la necesidad de los más jóvenes de saber(se) interpela los silencios mediante los canales que va encontrando para instalar preguntas. Aún recurriendo a un laberinto de elipses y mediaciones, cuando la sensación de pérdida y de ruptura irreparable no sólo define la relación con el campo sino la propia biografía, la trama familiar.

Así, los discursos –y los silencios- chocan unos contra otros en una puja de sentidos en la que cada uno intenta *situarse como sujeto*. La toma de decisiones –sobre el campo, sobre la casa, sobre la *familia*- es uno de los escenarios en el que se desenvuelve esa lucha, en la medida en que la autoridad paterna excluye la posibilidad de compartir la búsqueda de alternativas. Esto refiere a un *deber ser y deber hacer necesario*, que comporta cierta aceptación pasiva de algo que *es* independientemente de su voluntad y ante la cual no es sujeto en tanto refiere a estrategias de continuidad familiar desplegadas generación tras generación. La elección de un heredero *natural* –siempre varón, usualmente el mayor- de la gestión de la explotación familiar forman parte de lo que, naturalizado hasta entonces, es puesto en cuestión. La pérdida de la propiedad, entonces, expone mecanismos y conflictos que habían permanecido soterrados, bajo la apariencia de lo inmutable. La pérdida de la tierra como *herencia que hereda al heredero*, capaz de *imponerle* las condiciones de vida asociadas a su preservación (Bourdieu, 1999), redefine tanto la relación heredero – herencia, como la relación heredero - no herederos, mediada otrora por la herencia y ahora por su ausencia omnipresente.

Por último, cuando los sujetos hablan del campo y de la relación con la tierra, ¿en qué medida están construyendo metáforas a través de las cuales interrogarse acerca de sí mismos, y organizar los muchos tiempos históricos por los que están atravesados y que son constitutivos de sus identidades? Como señala Bourdieu, el discurso ritualizado, las frases hechas y de sentido común, las elipses en la enunciación se presentan, en situaciones críticas, como la única manera de decir lo indecible (Bourdieu, 1999). Hemos comprobado en muchas oportunidades que la tierra, el campo, puede tomar el lugar del *sujeto* en los relatos. Uno de nuestros entrevistados nos dijo, luego de nuestro

primer encuentro -cuando la entrevista ya había terminado y nos estábamos yendo- “Desde hace diez años me pregunto, todos los días, si podría haber hecho las cosas de otra forma... pero ya está, *ya se fue para siempre...*” (Pepe, Entrevista, 2005). Su esposa, años después, en otra conversación, ofreció una nueva punta del iceberg hacia las representaciones profundas sobre el campo como metáfora de sí mismos: “*el campo no valía nada, no es como ahora. Por eso ahora el campo...el que tiene un campo es potencia lo que vale.*” (Susana, Entrevista, 2007). ¿Quién *se fue* en estos relatos, quién es el que *vale*? ¿El campo, los sujetos? Comprendimos, entonces, que muchas veces decir que ‘*la tierra está jodida*’ es la forma de gritar, sin caer en el ridículo, (...) ‘*Estoy muerto*’ (Bourdieu, 1999: 330)

Necesitamos hacer una última advertencia, que puede intuirse en los párrafos que anteceden: lo que en la lectura del presente capítulo será percibido como un “salto de estilo” es, en rigor, el resultado de una decisión metodológica. Al modo del “paradigma indiciario” de los microhistoriadores, trabajamos para reconstruir las trayectorias desde pequeños fragmentos, desde indicios mínimos muchas veces. Para poder abordar los silencios, las contradicciones, en fin, los sentidos de lo que no puede ponerse en palabras y que se presenta a través de máscaras y elipses, necesitamos reponer una serie de elementos de los contextos en que nuestras interacciones se llevaron a cabo. Aparecerán también referencias a los gestos, a los signos corporales durante las entrevistas, para cuya interpretación abrevamos en la antropología del cuerpo y las emociones. Por último, apareceremos *nosotros*: por un lado, a través de las preguntas que nos fuimos formulando ante cada indicio, pero además en este capítulo recurrimos, mucho más que en otros, a las *notas de campo*. Estas fueron un material ineludible para poder reflexionar ex post sobre las primeras impresiones, pero también en ocasiones incluimos esas primeras impresiones para dar cuenta del proceso y de los contextos, de los indicios que se constituyeron en la punta del hilo que nos permitió rearmar la madeja. También incluimos extensos tramos de entrevistas, pues creemos que en ellos puede rastrearse la lógica y los sentidos que los actores asignan a la experiencia.

La familia de Pepe

Pepe tiene 64 años y es exproductor. Vendió a fines de la década del '80 –la fecha es imprecisa pero oscila entre 1989 y 1990- las 34 hectáreas de propiedad familiar, por decisión más de sus hermanos que suya. Una y otra vez señaló que, si hubiera sido decisión suya, no hubieran vendido. Paralelamente, se ocupaba como capataz en un campo y prestaba servicios de maquinaria. En la experiencia crítica de Pepe se conjugan dos factores: por un lado, toma un crédito para la compra de maquinaria, que a comienzos de la década del '90 se transformó en un endeudamiento ruinoso por el cual terminó entregando la máquina para cancelar la deuda, perdiendo el capital invertido y quedándose sin una de sus fuentes de ingreso. La segunda cuestión fue la inversión que hizo de la parte que le correspondió por la venta del campo familiar: le prestó el dinero a su patrón, que ofreció 5 hectáreas de tierra como garantía del préstamo. La cancelación del préstamo se produjo fuera de término y luego del último de los episodios hiperinflacionarios que atraviesan el final de la década del '80 y los comienzos de la del '90. El resultado expresa, en las conductas individuales, los cambios estructurales que se estaban produciendo, el *desajuste entre condiciones objetivas y experiencia subjetiva del mundo* (Bourdieu, 2006) al que ya hemos referido en otra parte: Pepe apeló al “honor” y a la “confianza” con el patrón, fundado en los vínculos laborales, de amistad y vecinazgo con él, que databan además de las generaciones anteriores. Pudiendo hacerlo, no ejecutó la garantía del préstamo, lo que produjo un deterioro considerable de las condiciones de existencia de la familia. Por el contrario, el patrón priorizó sus intereses económicos: devolvió a Pepe el dinero que le había prestado, que luego de la hiperinflación ya no valía absolutamente nada. Así Pepe vio partir, definitivamente, la posibilidad de acceso a la propiedad de la tierra, y a toda propiedad, pues el destino original de ese dinero era la compra de dos viviendas que resguardaran el capital – herencia y que garantizaran, mediante su alquiler, un ingreso adicional al hogar. Luego de este episodio, Pepe se retiró del trabajo agrario: “*si no voy a ser patrón, entonces no voy a ser nada*”, nos dijo en más de una oportunidad. Desde entonces, es empleado de mantenimiento de banquetas de la autopista.

Susana es la esposa de Pepe, tiene 57 años y, según su autodefinición, es ama de casa. Aunque sostiene que solo trabajó siendo soltera, a través de los sucesivos encuentros irán apareciendo en escena varios emprendimientos de base doméstica. Susana asocia estos emprendimientos primero a los momentos de crisis, pero luego revelará que el emprendimiento tiene, con intermitencia, más de una década. Es interesante el énfasis

que pone en señalar que siempre los realizó “*por gusto, no por necesidad*” refrendando a su esposo, bajo cualquier circunstancia, como proveedor:

*“Vendía, porque acá se vende mucho, hacíamos canelones, hacíamos rosquitas, bolitas de fraile... Pero una cosa es que **no porque él no haya podido, no haya tenido para ayudar, no. Porque a mí me gustaba tener para mí o para darle a ella [su hija] el tiempo que no tenía trabajo yo la ayudaba a pagar algunas cosas que compraba. No por que él no nos haya querido dar ni nada. Todavía le digo a Pepe: ‘En invierno voy a hacer de nuevo para vender’ Pero él no quiere eh?**”²⁶ Y a mí me gusta. Hace como 15 o 16 años que empecé hacer con la chica mía y después con una vecina, hacíamos”.* (Susana, entrevista, 2007)

Pepe y Susana tuvieron seis hijos, tuvimos varios encuentros grupales de carácter informal con algunos de ellos, e hicimos varias entrevistas con dos de ellos: Juan, de 40 años, tornero, vive con su familia de procreación a metros de la casa de sus padres. Juan comenzó a acompañar a su padre en las tareas del campo, hasta donde recuerda, a los 15 años. Establecer las edades de Juan en los diferentes momentos de la historia familiar fue uno de los aspectos más dificultosos, no solo en las conversaciones con él sino que otro tanto ocurrió con el resto de los miembros de la familia, lo que nos obligó a una reflexión sobre estos desfases temporales y estas lagunas en la memoria. Rastreado en el relato, es posible concluir que probablemente se haya incorporado al trabajo agrario mucho más tempranamente, pero en su registro subjetivo asocia el comienzo de su vida laboral con el aprendizaje del oficio de maquinista y su incorporación con cierta regularidad como empleado de campo.

La segunda de las hijas con las que mantuvimos entrevistas fue Sandra, 28 años, vive con sus padres, se encarga de asistir a su madre enferma y cuida niños y enfermos ocasionalmente. No completó sus estudios secundarios, dejó a mitad de primer año de polimodal porque “*soy vaga*”, y porque “*así estoy bien*”. Planea terminar en un bachillerato para adultos, donde entraría en segundo año, pero duda de que sostenga esa decisión: “*tantas veces dije voy a terminar y después dejé*”. Comenzó a trabajar a los 17 cuidando a sus sobrinos, para lo cual se mudó a Rosario a la casa de un hermano. Nunca tuvo un empleo estable. Su trayectoria laboral está constituida por una década de informalidad, precariedad e intermitencia. Eso es lo primero que ella señala, y es

²⁶ En ese “*él no quiere*”, no hay dejo alguno de reclamo, por el contrario. Lo dice con orgullo, y él se sonríe al lado: Pepe no es un hombre “*que mande a trabajar a su mujer*”. Como él mismo dijo en otra entrevista “*bien o mal, yo siempre los mantuve a todos*”.

significativo para comprender sus vínculos con el “pasado roto” que impide constituir un presente “seguro”, tal su interpretación:

“Bueno, yo trabajo...cuido a un nene, de una amiga. También me anoté en la Colonia y me hubiera gustado entrar. Lo que quiero yo es tener un trabajo fijo.”

Ellos son, respectivamente, el segundo (primer varón) y la quinta de los hijos. Tuvimos también, a lo largo de nuestras visitas, conversaciones informales con la primera y el sexto hijo, con varios de sus yernos y nueras y con algunos de los nietos. Uno de los diálogos imposibles refiere, en esta familia, al tercero de los hijos, a quien parece implanteable querer contactar. Ha roto vínculos con la familia desde hace tiempo – aproximadamente comienzos de los ’90-, y mantiene con ellos una relación distante. Es el miembro de la familia de mayor nivel educativo, ha cursado estudios universitarios en Rosario, el centro urbano de referencia, está radicado allí desde entonces, y según su familia, *“vive como un bacán de ciudad”*.

En la primera entrevista que tuvimos con Pepe, en 2005, nos “presentó” a su familia a través de su relato. En él se hicieron presentes con frecuencia los roles de género, las representaciones sobre la familia, y una “postal familiar” significativamente distinta a la que describirían los demás miembros de la familia en las entrevistas posteriores. Sostiene que no hubo cambios en la familia luego de la venta del campo, porque

“He tenido una familia... medianamente amiga y eso me ayudó a estar feliz. Es una familia muy unida. La que he podido hacer estudiar, o ha querido ha estudiado, no sin sacrificio, sabés que nadie, nadie te regala nada y yo he hecho lo posible. Pero sin embargo he llegado a tener tres estudiados y tres que no quisieron. Listo. Este... Los dos son, eh... uno es técnico en hemoterapia y el otro es enfermero.”

- **¿Y el tercero?**
- *La chica [su hija mayor] es enfermera también.”*

Significativamente, aunque una de las hijas mujeres estudió enfermería como sus hermanos, y la otra trabaja cuidando bebés y se dedica a atender a la madre enferma –en su calidad de “hija soltera”-, sobre ellas es taxativo:

- *y las chicas no se dedican a nada. No, no... están.”* (Pepe, Entrevista, 2005)

También, señala que se siente especialmente próximo a uno de sus hijos, el más chico²⁷ que trabaja con él en la autopista, le parece que estando arriba de las máquinas recuperan algo de lo que fue su vida cotidiana en el pasado, aunque no hablen de nada que tenga que ver con él.

De los seis hijos, ninguno se dedica al agro. Solo uno de los yernos, esposo de la hija mayor –la misma que estudió enfermería-, se dedica a la ganadería. Las representaciones sobre lo que un buen marido *debe* proveer y lo que el campo *permite* hoy –el paraíso perdido- aparecen nuevamente en el relato de Susana cuando refiere a ellos:

“Mi hija es ama de casa, ella no trabajó nunca. El marido viste, tienen animales ellos tienen... así que... no, no, ella nunca trabajó” (Susana, Entrevista, 2007)

Primer golpe: la venta del campo.

La condición de *heredados* de los saberes y de la propiedad familiar configuró el repertorio de alternativas posibles ante la crisis de endeudamiento junto con la valoración de las decisiones tomadas. El *relato maestro* de la biografía familiar reconoce como figura emblemática, incuestionada e incuestionable al *abuelo que funda*. Contra esta figura se construye su opuesto: la imagen del *que (se) funde*. El énfasis puesto en que no se perdió algo *propio* refuerza el sentido de la contraposición entre ambas.

“Lo que más me retenía era el valor afectivo, no era tanto lo que en sí vos podías reunir en ese momento, lo que podías hacer esto, lo otro. Tenía un valor afectivo para mí. Tenía un valor afectivo porque uno, nació como quien dice ahí, y uno ahí, todo lo mal o bien, lo lindo o lo feo o qué se yo, lo pasó ahí. Hasta que llegás a un cierta edad que se casa uno... pero siempre lo seguí llevando a los pagos, y qué sé yo... Aparte de esto, si te puedo contar un poco más, mis padres vinieron de España los dos, después de la Guerra y... papá terminó la guerra y no había ni qué comer, nada. Y eso... tiene un valor, qué sé yo, que no lo podés manejar. Una vida qué se yo, una cosa... de, de, de no parar, de estar siempre cumpliendo tareas... de lo que sea, de lo que sea.” (Pepe, 2007)

²⁷ Hubiese sido de suma relevancia poder realizar entrevistas individuales con él, sin embargo, para cuando se realizó esta fase del trabajo de campo acababa de ser padre por primera vez, a los 23 años, por lo que se disculpó de conversar con nosotros. En las conversaciones grupales de carácter informal que mantuvimos previamente, casi no intervino, a excepción de asentir ocasionalmente frente a los dichos del padre. Más que una muestra de acuerdo con lo que el padre decía, parecía serlo más de desinterés por lo que se estaba conversando.

“Porque ellos, los abuelos –yo a mis suegros les decía así, porque eran gente mayor- llegaron sin nada, y mirá todo lo que hicieron. El abuelo hizo todo en la Argentina, hasta campos en Córdoba llegó a tener” (Susana, 2007)

Heredado por la herencia y encadenado a ella por fidelidad a los predecesores, en el decir de Bourdieu, en una de las conversaciones que mantuvimos, Pepe afirmó que *“trabajar en el campo siempre fue, qué se yo, cómo se puede decir, no mi gusto, sino mi forma de ser”*²⁸. La pérdida de la herencia implicó entonces la disolución del destino asociado a ella, y una escisión de habitus signada por el fracaso *“en el objetivo que el ‘proyecto’ inscripto en la trayectoria parental y en el futuro que esta implicaba les asignó socialmente”* (Bourdieu, 1999: 444). Así, la pérdida de la propiedad es significada –por los exproductores, por sus familias, por la comunidad- como un fracaso personal que interrumpió un recorrido transitado por las generaciones anteriores y cuya objetivación había sido el acceso a la propiedad de la tierra.

“La presión fue mayor, algo que lo tenés que cuidar, o que lo tenés pero todavía no es tuyo –yo tenía a mi padre vivo- entonces la presión es más grande porque vos tenés que cuidar eso, porque eso es un margen económico para el resto de tus hijos. Era más una responsabilidad más moral que otra cosa. Una responsabilidad de tener vos una cosa que no es tuya y tener que cuidarla, que todavía no era mía. Entonces por eso yo no lo quería vender” (Pepe, entrevista, 2007)

“Todo esto significó muchas cosas para él, el campo de los padres. Muchas cosas ha significado. El abuelo, como decía él, vino de España sin nada. Hizo todo acá en la Argentina. Por más que él quisiera luchar por lo que luchó el padre, no había alternativa. No había nada qué hacer.” (Susana, entrevista, 2007)

Es muy significativa la tensión entre propiedad y apropiación de la herencia y del patrimonio familiar. Está por debajo, en ella, la noción de *esfuerzo* como un anclaje identitario fundamental. La idea de que lo recibido es la objetivación del trabajo de quienes *‘llegaron sin nada’*, es el parámetro que contra el que *choca* constantemente el propio devenir, y es en última instancia el interlocutor y destinatario de la expresión *‘me fundí trabajando’*. El esfuerzo de los predecesores parece ser el sayo con el que se mide el propio y frente al cual se presenta, por sus resultados, como insuficiente.

²⁸ Para comprender más acabadamente esta idea de “destino” inscripto en la herencia, debemos señalar que, por ejemplo, Pepe señaló que su vocación hubiera sido ser aviador, y que lo descubrió durante el servicio militar. Sin embargo, cuando comenzaba su carrera en la Fuerza Aérea –única alternativa de serlo para alguien de su extracción social- fue llamado por su familia para hacerse cargo del trabajo en la explotación familiar ante la enfermedad del padre. El repertorio de opciones, incluso para la vocación, estaba signado por la condición de heredero que debe perpetuar lo recibido. La cuestión del destino probable como vocación será abordada en el capítulo cuatro.

“Del 85 al 87 con herramientas de mi patrón lo trabajé yo. Para tratar de no vender el campo yo lo hablé con un hermano, y le dije que si él se animaba nosotros nos quedábamos con lo que nos pertenecía por el padre... Y comprándole a un hermano, o comprándoles a los otros hermanos el espacio. Entonces empezamos a sacar la cuenta y con lo que podía dar el campo no terminábamos nunca de pagar el campo, a ninguno de los hermanos, no a uno, a ninguno, porque era muy chico la... el margen y los gastos eran muy grandes. Entonces dijimos un día de venderlo y bueno, se demoró unos 3 años y ahí se va para siempre...” (Pepe, Entrevista, 2005)

Un poco después de la decisión de vender el campo, saca un crédito para comprar una cosechadora a medias con un yerno, y allí comienza para ellos el proceso de ilegitimidad:

*“Nosotros ya nos metimos, ya estamos en el baile, no hay otra manera y nos quedamos sin la máquina y sin nada. Y eso fue en... en el 87, 88, habría llegado (a pagar el) 50 por ciento, 45, 50 por ciento. Intentamos canjear en la cooperativa por quintales, este... lo que uno, lo que podía hacer pero los intereses no los daban. No los daban en los números los intereses que había que pagar. Y había muchas posibilidades... pero para nosotros buena ninguna. Posibilidad en sí, es decir vos querés llevarte 10.000 pesos vas y los pedís y “después pago 12”, bueno. Decís vos, en 10 años 2.000 pesos no es nada. Pero esto era una cosa, muy, muy... **No se podía, no se podía. No se podía porque te fundías trabajando, y que es lo que nos pasó a nosotros. A mí exactamente. A mi hermano no, pero a mí sí. Me pasó eso. Mis hermanos compraron casa y se metieron adentro y... te fuiste. Yo la casa tenía, entonces me preocupé en otra cosa que me diera bien de comer o algo por el estilo y bue... así me fue también.”** (Pepe, 2005)*

El proyecto de Pepe era, con esa máquina, poder trabajar para ir pagando a sus hermanos la parte que les correspondía del campo familiar, para quedarse con él y evitar la venta a terceros. Creyó que capitalizándose podría trabajar el campo propio y ofrecer servicios para amortizar la máquina, combinando estas actividades con su trabajo como empleado de campo, que conservaba. Sin embargo, la vertiginosidad de los cambios - uno de los rasgos más significativos de esta crisis-, y la imposibilidad de adecuarse a esos ritmos hizo inviable una estrategia que había resultado sumamente fructífera para las generaciones anteriores. Dentro de los marcos conocidos, se presentaba como plenamente racional: la combinación de empleos dentro y fuera de la explotación, la inversión en maquinarias para modernizarse y mejorar la dotación de capital, la intención de amortizarla prestando servicios. Adicionalmente, la recursividad de las relaciones sociales formaba parte de una estrategia en la que se conjugaban capital material y capital social. Así, la sociedad con el yerno en la compra de la cosechadora

primero y de una camioneta después; o el trabajo en la explotación con herramientas prestadas por el patrón formaban parte de un esquema conocido que, sin embargo, devino ineficiente:

*“Yo hacía todo solo. No tenía otro, mis chicos eran chiquitos, mi señora, qué le puedo comentar, nada, entonces... Qué va...ser. No pude. No, no pude. No, no pude. Porque supuestamente compraba una tolva que te digo una cifra que llegaba a tener una camioneta, una tolva, la máquina, los chimangos, toda la herramienta que vos necesitabas para eso. Y comprar una tolva hoy sin 5 centavos. **Del cielo no cae... nada. Y valía 500 pesos ponele, que te digo por decirte una cifra... Cuando veía habías pagado 150 y habías juntado a lo mejor 300, y estabas debiendo más de lo que debías al principio. Y tenías que llevar otros 300 pesos... Y compré una camioneta con mi yerno, antes de la cosecha de soja, y cuando terminamos la cosecha de soja la vendimos y perdimos plata. Porque no, no hay forma de pagarla. No había forma... ¿y estábamos trabajando para qué? No había nada que hacer: los intereses eran muy... muy altos.**” (Pepe, 2007)*

La dificultad de leer los sucesos como un proceso social que excedía sus posibilidades de intervención, y la imposibilidad de la disociación de la herencia respecto del mandato de preservación que involucraba, con la contribución de las interpretaciones sociales e institucionales –constituidos en “marcos de sentido”- dejó a Pepe en una pasividad que se tradujo en autoculpabilización y estigma:

*“Uno tiene que ser consciente de que muchas veces por h o por b ha hecho bien los deberes pero ha salido mal y **así me fundí trabajando. Me fundí trabajando, qué va ser. Pero eso no es culpa mía. No, no hay a quien echarle la culpa porque muchas veces, yo para mí yo me echo la culpa yo. Yo dije ‘no, no lo quiero vender’ pero no podíamos andar arruinados, ¿cuánto más...? Y no quedó nada... no quedó nada.**” (Pepe, 2007)*

Segundo golpe: La traición del patrón

La breve presentación que hicimos de los acontecimientos que signaron la trayectoria reciente de Pepe, requirió sin embargo de varios años de trabajo de campo para tomar forma y sentido. Durante las primeras entrevistas había demasiados baches, huecos y contradicciones:

“Yo pienso que [me equivoqué] porque... o a lo mejor no pero pienso que no, no, no... no agarré cuando tenía que agarrar a lo mejor o... o agarré, me apuré demasiado, qué se yo, algo pasó.

¿Y en qué piensa que se pudo haber apurado?

No sé... Qué se yo... No te puedo decir con exactitud pero a lo mejor con trabajar y... coso no era suficiente. Era suficiente a lo mejor otra cosa. A lo mejor el fuerte mío es trabajar. No es... andar en los números... no es... no es... **A lo mejor el fuerte mío era confiarme en todo y yo suponete en ella no puedo confiar, y a lo mejor yo confiaba...**”

“¿Y con la plata que cobró por la venta del campo?

¿Eh? Eeehhhh...

¿Ud. con la plata del campo compró las máquinas...?

Si... Y con las máquinas... este... vendí las máquinas para pagar las deudas.

Y se quedó en cero.

En cero. Exacto.” (Pepe, Entrevistas, 2005)

Si con la parte que le había correspondido por la venta del campo había comprado una máquina, usada y en sociedad con el yerno, ¿para qué había tomado el crédito? Si el campo se había vendido a fines de los '80, ¿como es que el momento cúlmine de la crisis fuera situado por Pepe ya comenzados los '90? ¿Por qué nos hablaba de una cuestión de *confianza*? ¿En quién o qué había confiado? ¿Se referiría tal vez a su conocimiento de la situación, a su capacidad para manejarla? No encontrábamos respuestas a estos interrogantes, y estaban sin dudas por fuera de los límites de lo planteable en aquellos primeros encuentros. Exploramos esa frontera de lo decible y de lo interrogable, pero el resultado fueron respuestas evasivas -“no recuerdo”-, monosilábicas, y –en alguna oportunidad- tremendamente angustiosas. La imposibilidad de poner en palabras lo vivido, se narraba en el temblor de la barbilla o en los ojos brillosos. Entendimos que, al menos en esa fase inicial de la investigación, no podríamos ir más allá. Por lo tanto, cuando intentábamos reconstruir los acontecimientos que resultaron en la salida definitiva de Pepe de la producción, nos faltaban datos. Las fechas y las cuentas no cerraban, y el titubeo de Pepe al responder sobre aquello que afirmaba “*repasar mentalmente cada día*” era ostensible.

La reflexión posterior nos obligó, al incorporar otras dimensiones, a repreguntarnos: ¿Nos faltaban realmente datos? La respuesta fue no. Por el contrario, ya en aquella fase iniciática de la investigación estábamos ante los indicios de una dimensión central de la experiencia del desplazamiento: lo indecible, lo silenciado, el “olvido evasivo” (Ricoeur, 1999), tomaban la forma de un *secreto de familia*. Por tanto, estábamos ante

aquello que necesitaba de un vínculo y un contexto específico para ser narrado, e incluso de otros *sujetos de la enunciación*²⁹. Dos años más tarde, en una entrevista con Susana, encontramos el *eslabón perdido* que hizo comprensible, por fin, el relato. Las notas de campo de ese día registran el hallazgo:

“La entrevista iba a ser solo con Susana, los había visitado el día anterior para pautarla. Pero como había llovido y no había podido ir a trabajar, Pepe estaba en casa y se sumó a la conversación. Como tantas veces, la entrevista se hizo en la vereda. No nos sentamos enfrentados, sino en línea, de modo que –ubicada en un extremo- puedo ver el perfil de mis interlocutores. (...) Pepe escuchó en silencio durante la primera parte de la entrevista; sus gestos, el movimiento de las manos y el repiqueteo de los pies fueron el termómetro de la conversación. Como estamos alineados, tengo un registro ‘discreto’ de ese termómetro gestual que señalaba más arriba. En más de una oportunidad, la mirada de Pepe se pierde en el campo, como si hablara con él más que conmigo o con su esposa. (...) Hubo un momento en que la cara de Pepe se trastocó, se puso muy nervioso, a partir de ahí comienza a intervenir en la conversación (algo que casi no había hecho hasta entonces). No tuve dudas de que habíamos traspasado un límite que él había fijado desde la primera entrevista: cada vez que habíamos intentado abordar los nexos con la comunidad, las relaciones sociales, las respuestas se habían vuelto monosilábicas, evasivas, de compromiso. Otro tanto cada vez que habíamos querido precisar fechas y fijar temporalmente los eventos importantes.

Todo el relato de Susana es confuso y lleno de vaguedades. Ella cuenta que Pepe le prestó a su patrón el capital que le había quedado luego de la venta del campo y de haber saldado las deudas. El resguardo del préstamo era el título de propiedad por una parcela de 5 has. Cuando venció el plazo, el patrón aún no había cumplido con sus obligaciones, de modo que Pepe estaba en condiciones de ejecutar la garantía, pero no quiso hacerlo. Estaba trabajando como maquinista en Salta, y se negó a enviarle el poder que Susana le pedía para iniciar acciones legales. En el medio, el proceso de estabilización del Austral previo a su conversión al Peso –como salida al proceso de crisis hiperinflacionaria-, licuó el valor de ese préstamo hecho en moneda local³⁰. De modo que al recibir el pago había perdido todos sus ahorros. Aquello que a Pepe le impidió ejecutar la deuda –la relación de proximidad con su patrón, el mutuo conocimiento y el de las familias por décadas, la “decencia”- no fueron tenidas en cuenta por el patrón, que tampoco consideró la desigualdad de la relación entre él y Pepe, ni la precariedad de la situación en la que quedaba luego de este “negocio”. (...) Pepe y Susana llegaron tarde a un gran descubrimiento: como ellos mismos dicen ahora, “el patrón es patrón, no es amigo”. (Notas de campo, febrero de 2007)

²⁹ La reflexión epistemológica sobre los supuestos que subyacen a nuestras prácticas de / en campo y sobre los usos de las herramientas cualitativas de investigación social, nos invita a cuestionarnos si solo se trataba de que Pepe *aún no podía* narrar, o si adicionalmente nosotros desconocíamos el *lenguaje* que usaba para contar aquello que no podía poner en palabras, y por tanto no podíamos descifrar sus *signos*.

³⁰ De acuerdo con la Ley de Convertibilidad, a partir del 1° de abril de 1991 el tipo de cambio equivalía a 1 dólar cada 10000 australes. De acuerdo a un cálculo elemental, el dinero prestado por Pepe a su patrón equivalía a... 36,5 dólares, que poco después pasaron a ser 36,5 pesos. Desconocemos si el préstamo fijaba intereses o la tasa de interés que involucraba, pero fuera cual fuere en caso de haberla, no podría haber compensado los efectos de la crisis hiperinflacionaria que se produjo entre el préstamo y su cancelación.

El registro de las notas de campo señala la urgencia con la que fueron escritas: necesitaba retener cada detalle para que no se volviera a desarmar la trama. Mucho había sido *dicho con el cuerpo*, y otro tanto fuera de la grabación, había que registrarlo antes de que las idas y vueltas del relato –que tantas veces fue un diálogo entre Pepe y Susana, tal vez por primera vez- volvieran a hacerse intransitables:

“Y él para colmo hizo una mala inversión con el patrón, porque no es persona de decir ‘bueno le voy a ejecutar y me quedo con las hectáreas que él...’. Él le prestó un dinero al patrón –que estaba por fundirse prácticamente- y nosotros hubiéramos comprado dos casas con eso, aparte de ésta. Una o dos casas se compraba aparte. Ya las habíamos visto. Y él prestó ese dinero. Y supónete que él lo puso a un plazo de mmmm...cinco o seis meses...o un año... Pero estaban unas hectáreas que él le había puesto, no sé cómo, explicale vos Pepe...”

Pepe, de pronto “recuerda” lo que no había podido recordar en los encuentros anteriores: las fechas, los números y las decisiones tomadas en cada momento son ahora precisas. Al “olvido evasivo” –intento de no recordar eventos dolorosos- sobrevienen los recuerdos que esperan el momento de ser expresados (Pollak, 1989):

Pepe: Hicimos un convenio, yo le presté plata... por un valor de \$365.000. Del Diecisiete de Noviembre del noventa al primero de Mayo del noventa y uno. Yo, el dos de mayo, en la ciudad, yo venía de... Yo no estaba acá, estaba en Salta, y entonces eso no llegó hasta que yo vine....

Susana: Sí, pero él no quiso tampoco... ejecutarlo

Pepe: Porque yo volví... y se había vencido el plazo. Me devolvieron \$365.000 en quintales de Soja, nada más. El valor de los \$365.000 pero a mí, ya no me servían, me servían las cinco hectáreas. No se si me explico. El primero de Mayo era una cosa y el...

Susana: ¿Eso fue en agosto?

Pepe: Sí, yo vine en agosto. Eh, estos 365.000, no era nada...perdimos de comprar dos casas por la “sinvergüenciada” de él, porque eso fue una “sinvergüenciada” de él. Pero ahora ya no hay vuelta atrás.

Susana: No, ya no, por eso te digo.

Pepe: Ahora, ya ni me preocupa nada, no, cómo te puedo explicar. Mi intención es pasar los últimos años y...

Susana: Añorar nada más un campo, añorarlo.

Pepe: Añorarlo...” (Pepe y Susana, Entrevista, 2007)

El patrón “sinvergüenciador”, como lo llaman ellos, es además vecino y miembro de una de las familias más tradicionales del pueblo. Por lo tanto, una dimensión para pensar el peso de la sanción social y de la construcción local de ganadores y perdedores

está en los cruces entre “ética” y “poder”. De hecho, el portador de la sanción social negativa es Pepe “que no supo” conservar el propio campo, ni “hacer una buena inversión”. El comportamiento ético es entonces un refugio, *“Porque yo quiero andar, vivir tranquilo... No quiero que digan, ‘jaquel anda en auto, le debe a la cooperativa!’ o algo por el estilo. Yo puse la cabeza directamente. Listo”* (Pepe, entrevista, 2005). Pero simultáneamente es también parte de la ininteligibilidad de los procesos, en tanto el supuesto que organizó el proceder de Pepe era la reciprocidad de conducta mutua.

“uno no está acostumbrado a “sinvergüenciar” a nadie. Él pensó en ese momento que [estaba mal] si le ejecutaba esas hectáreas, si se las quedaba él...yo creo que hasta ahora para la jubilación le dio años de menos, siendo que lo “sinvergüenció” él, yo creo que le dio años de menos. Total no le hacen falta, pero vos ya te puedes dar cuenta lo que son la ‘gente que tiene’”.

No solo se trata de pensar la ejecución de un documento legal como “sinvergüenciar” a otro -olvidando que es la contraparte quien incumplió con las fechas pactadas para la devolución- sino que además se trata de cohabitar el pueblo con quien los ha estafado -y sobre quien no recayó sanción social alguna por haberlo hecho- cuestión que hemos abordado en el capítulo anterior. Se trata, también, de la complejidad de una trama en la que pese a lo ocurrido siguen estando enlazados:

“El patrón es de acá del pueblo, nos lo cruzamos, pero no siempre. Pero él es un amor, como son “gente rica”. Pero él, él es un amor. Él siempre fue un poco sinvergüenzón, pero el hermano de él es padrino del chico mío que está acá con nosotros...” (Susana, 2007)

Ser patrón, ser empleado.

Para Pepe, ser propietario –fundamentalmente, ser *patrón*- era constitutivo de su masculinidad. Era, sencillamente, lo que le confería autoridad. Las *buenas decisiones en el campo* eran el soporte de su autoridad para decidir –de modo tan inconsulto como con las otras- en el mundo doméstico. De este modo, se hacía tolerable para él ser simultáneamente *empleado*, en tanto percibía a quien lo empleaba más como un par que como un patrón, pues la relación laboral se invisibilizada detrás de otros nexos, al menos desde su propia percepción: por ejemplo, eran los lazos de amistad que los unían los que hacían que el patrón le prestara las máquinas para trabajar a la noche en su

campo. La toma de decisiones se producía, desdibujadas las fronteras entre ambos, tanto en el campo propio como en el del patrón. Pero cuando, luego de la venta del campo y especialmente cuando se produjo la estafa, aunque siguió trabajando con el mismo patrón -con intermitencia-, las fronteras fueron cada vez más marcadas:

*“Yo estuve trabajando con él hasta el 86. Después eh... (Silencio) **que ellos me soltaron de ahí**, no nos pudimos poner de acuerdo por el valor que yo buscaba y que, si bien me dijo una vez, no sé si me dijo que era un peón caro y que no me podía tener porque las cosas no, no daban... Yo trabajaba con él y tenía el campo. Después yo, nosotros vendimos el campo y yo seguí trabajando con él pero ya no fijo, hasta el 94. Y desde el '94 trabajo en la autopista. Hasta ahora. Ahora en junio va a hacer 11 años.”*

“Él me preguntaba a mí, y entonces me decía, “qué te parece que hay que hacer”, y entonces yo le decía lo mejor es esto por esto o por lo otro. Entonces llega la ingeniería y demás, entonces lo que no sabe un ingeniero...me buscaba a mí, entonces yo me sentía como que era responsable y que aparte de eso, sabía. Pero eso, sirve en un momento y después deja de servir: vos sos el dueño y yo no. Ahora mismo, yo me manejo sólo. A mí no me controla nadie. Entonces yo tengo una responsabilidad. Pero no se ve a la hora de dar decisiones. Se ve en el momento, pero no a la hora de las decisiones.

Se te hace difícil eso ¿no?

Sí (Largo silencio)” (Pepe, entrevista, 2005)

Pepe durante mucho tiempo estuvo situado en una tensión que no lograba resolver: mantener ante mí, extraña y mujer, una actitud digna; o abrir por fin el relato retenido durante mucho tiempo y ponerle voz al enojo y a la sensación de fracaso. Con el discurrir de las entrevistas y, especialmente, cuando la esposa revela el “secreto” –la estafa del patrón- que explica los baches en la primera entrevista parece relajarse y – ante la imposibilidad de resolver esa tensión- la expone. Entonces en un vaivén irresoluble, de a ratos se afirma como sujeto competente -reafirmación de sí mismo y de su mala suerte-, y de a ratos reconoce un cambio en las competencias que requiere la condición de productor. Afirma y niega constantemente, *¿se afirma y se niega?*

Así, sostiene que los saberes que hicieron de él un ‘peón caro’, “*ya no tienen función...porque nosotros quedamos como rezagados*” (Entrevista, 2007), pero inmediatamente se retracta. La ambivalencia es una constante:

“Los doctores de Bs. As, los jugadores de fútbol, tienen los campos de nosotros los chacareros. Los campos los tienen los que son ricos. No afecta en nada, pero la tienen

ellos. Pero eso cambió nada más. Ahora para mí no cambió nada, yo voy mañana... Cuántos vienen a preguntarme a mí, 'qué debo o no debo hacer'. El mismo patrón me manda a preguntar a mí, qué debemos hacer y qué no. Y es menor que yo, lógico, pero el dueño es él. Yo no soy el dueño. En un momento dado fuimos con mi mujer a pasear a lo de mi hija y demás y vino mi yerno a buscarme para ver un toro que quería comprar. Y habiendo tanta gente acá... Siempre da la sensación de que en un momento dado, sirve lo que uno ha aprendido, o lo que le han enseñado directamente, el padre y la gente mayor de aquél momento.

Y cuando te vienen a preguntar para que los aconsejes ¿qué cosas se te pasan por la cabeza?

¡Que estoy vivo, siento que todavía sirvo!

Cuando dice esto último, por primera vez en toda la entrevista Pepe se ríe, levanta la vista del piso y me mira (algo que no había hecho hasta entonces: su mirada pivotaba entre el piso y el *paisaje*). Le brillan los ojos, le tiembla la barbilla. Es otro. Y enseguida una nueva vuelta:

“Lo que ha cambiado, cómo te puedo decir, es lo económico. Vos ahora tenés que manejarlo con “pie de plomo” vos a lo mejor antes podías hacer una inversión y si no era muy buena, lo volvías a invertir en otra cosa. Y ahora si haces un negocio, que no es muy bueno, que no es rentable, con el tiempo vas a sentir que perdiste. Eso como primera medida, después una segunda medida, en todo caso es que lo sabemos todos, pero ya tenés que hablar con un ingeniero porque si no, no te da (los insumos) y al ingeniero hay que pagarle. (...) Se ha hecho un bolo tan grande en esto que el que tiene, tiene todo y el que no tiene, no tiene nada. El que tiene, tiene todo... Y como nos pasó a nosotros, les pasó, qué se yo, al ochenta por ciento de los que teníamos campo.” (Pepe, Entrevista, 2007)

La salida de la producción fue para Pepe la confirmación del “fracaso” en el proyecto que había organizado su vida. En ese sentido, su trabajo actual –hace el mantenimiento en la autopista- ocupa un lugar sumamente significativo para él: aunque implicó abandonar definitivamente su condición de productor, simultáneamente condensa otros sentidos que “resguardan” –desde su propio punto de vista- su integridad. En efecto, lo exime de recibir órdenes de quienes considera –en el mejor de los casos- pares, y de recibirlas cuando se sabe un sujeto competente para tomar decisiones. De este modo, el carácter monótono y sobre todo solitario de las tareas que realiza invisibiliza su pérdida de autonomía, pero además no lo expone a la interacción con otros en una situación que lo obliga a la sumisión. Durante las nueve horas diarias que está sobre el tractor en la autopista, está “a salvo” de la mirada estigmatizante de los otros, y es el tiempo en el que repasa su soliloquio interno.

Aunque sostiene que no puede pensar en el pasado porque tiene que ocuparse del presente, al indicar que su trabajo le da mucho tiempo para pensar aparece otra dimensión de la experiencia: aquella en la que el pasado es presente perpetuo. En efecto, la imposibilidad de saldar cuentas con lo vivido, se revela en el soliloquio cotidiano en el que repasa los acontecimientos pensando qué otra cosa podría haber hecho. Como la toma de decisiones, este monólogo se desenvuelve en soledad, y no es socializable:

“como estoy solo trabajando y demás, porque yo trabajo solo, entonces como tengo tanto tiempo para pensar me pongo a pensar y me ordeno mi cabeza mientras estoy trabajando diciendo bueno, esto hice mal, me apuré, no tendría que haberlo hecho, tendría que haber esperado... Pero eso no se comunica nada... Eso es para mí.” (Pepe, Entrevista, 2005)

Pero además, en la frontera con lo que ya no es, su empleo retiene algo de lo que fue su vida cotidiana mientras trabajó en el campo: el trabajo con “fierros”. De modo que aunque el cambio sea abismal -de propietario a asalariado; de productor a exproductor, de sujeto de las decisiones a encargado de acatar las tomadas por otros-, al menos en la forma, algo de su mundo anterior es traído y revalorizado en el presente. Es posible sospecharlo en el modo en que mira el tractor de la empresa que me señala estacionado en la puerta de la casa, en el trabajo que se toma en explicarme detalles sobre él. *“Está roto hace una semana, ¿vos te pensás que si fuera mío lo dejaría tirado ahí?”*. Como con el campo, hablar del tractor es, una vez más, hablar de sí mismo, de su historia y de la sensación de pérdida, fracaso e injusticia que la atraviesa.

La toma de decisiones en soledad

En el capítulo “La caída” de *La miseria del mundo*, Bourdieu analiza, entre otras dimensiones, el resquebrajamiento de ciertas pautas de masculinidad en contextos transicionales o de crisis social. Al respecto sostiene que, frente a una situación crítica, el sujeto de su investigación *“encerrado en el status del hombre viril y dominante, que sabe todo y no acepta especialmente recibir ninguna lección de las mujeres (...) no supo escuchar lo que ella le decía desde mucho tiempo atrás (...) y tuvo que afrontar solo una situación de crisis que lo superaba”* (Bourdieu, 1999: 341). Destinatarios de esa reflexión podrían ser, indudablemente, buena parte de nuestros interlocutores. Las

voces de las mujeres comenzaron a escucharse como “ruidos y voces bajas” (Bidaseca, 2005) desde nuestro primer trabajo de campo. Ellas decían, cuando podían hacerse audibles –es decir, cuando las interpelábamos al respecto, cosa que al parecer nadie había hecho hasta entonces- que ellas “hubieran hecho otra cosa”. Pepe, en este sentido, no es la excepción. En una expresión que citamos un poco más arriba, señaló *como una carga, como un deber* responder solo a la emergencia, era la autoridad de la familia y tenía que hacerse cargo de proveer. Pero ni siquiera en una situación extrema fue posible incluir en su horizonte la posibilidad de compartir las decisiones con *otros*. Su mujer, por ejemplo.

“El me comentaba, pero esas cosas las arreglaba él viste. Las arreglaba todo él. Pero fue una lástima... el capital que tendrían ahora. (...)Yo no me podía meter, no era mío. Y los hermanos no lo apoyaban a él...pero bueno. No sé por qué quisieron vender, no sé. No entiendo.

¿Cuándo Pepe decidió hacerle ese préstamo al patrón, lo conversó con vos, te lo comentó o fue una decisión tomada?

No, eso tenemos. Que lo que él dice está bien. Yo tenía tantos chicos y siempre estuve ocupada con ellos pero lo que él decidía estaba bien. Pero yo, era, tenía el genio más fuerte que él. Porque yo sabía que yo estaba defendiendo lo mío, yo fui al escribano y me dice ‘si vos querés, que me mande una orden él de Salta y lo ejecutamos’ pero él es bueno para lo ajeno y malo para lo de él. Y él agarró el dinero y yo no, yo no le iba agarrar. Yo le dije al escribano. Y yo creo que hablé con él por radio, hablé a Salta y no, dice, ‘cuando vaya yo arreglamos’ pero cuando vino él, ya estaba todo pata pa`arriba, el banco era un desastre, sacaban lo poco que tenían. El mismo patrón me dijo, mirá ‘sacá el dinero, se te desvaloriza’ qué se yo qué me dijo, no se... (...)

¿Esto fue motivo de discusiones en ese momento?

Susana: No, no, no. Yo reniego. (...) ¿Qué va`hacer? Nos fue mal por los campos, nos fue siempre mal. Pero lo que él decía, a mí me pareció que estaba bien. Nos quedamos sin nada después de todo eso.

¿en algunas cuestiones vos hubieras hecho las cosas de otro modo?

¡Ah sí! Pero ahora ya no hay que pensar más. Hace años que el campo desapareció de nuestras vidas...” (Susana, entrevista, 2007)

Durante esta conversación Susana no puede parar de hablar, da la impresión de que es la primera vez que puede decir en voz alta todo lo que piensa. Como antes ocurrió con Pepe, no se anima a expresar sin mediaciones su disconformidad por las decisiones de su esposo, por lo que afirma y niega constantemente: “yo hubiera hecho las cosas de otro modo” es ampliado luego como “yo hubiera ejecutado el documento”, se repliega sobre “Lo que el decidía estaba bien...” pero recuerda que como resultado de esas

decisiones “nos quedamos sin nada”. En este sin fin de recovecos que es la conversación, ocurre un llamativo cambio de interlocutor:

*“Lo único fue eso, lo del patrón, que quedamos sin nada así, por culpa de él. **Si vos no le hubieras prestado ese dinero hubieras comprado algo.** Tenías algo, después no lo pudiste comprar ya no te alcanzaba para...capaz que ya no te alcanzaba ni para comprar una televisión, con lo que te devolvió. Y antes podríamos habernos comprado dos casas.”*

Finalmente, luego de muchas medias palabras, deja de dirigirse a mí para hablarle a su esposo. El cuestionamiento se hace explícito, y es un desafío.

Fisuras y desajustes temporales.

En este marco, el primer dato significativo en el prisma de la intergeneracionalidad son los desfases temporales. Son ellos quienes nos ponen ante construcciones sustantivas de la trama biográfica de esta familia. En efecto, en este ejercicio de memoria que proponemos, “los hechos” son tamizados por “las representaciones” sobre ellos y sobre los participantes. Esto, como sabemos, es constitutivo de la memoria, y de todo intento de aproximación al pasado. Y es precisamente en las fisuras entre relatos, en los “errores” y en las asociaciones que se producen para poder organizar los acontecimientos en tiempo y espacio donde esas representaciones pueden ser visibilizadas.

Pepe y Susana nos habían dicho que todos sus hijos eran muy chicos al momento de la venta del campo, como para participar de la toma de decisiones o para colaborar en las tareas, incluso Pepe había enfatizado que de haber tenido hijos grandes *“otra hubiera sido la historia, porque hubiera tenido en quien apoyarme para sostenerme”*. Sobre sus hijos, en aquella oportunidad, nos había dicho que *“A ellos no les llegaba. Eran muy chicos y no, ellos, no... no toman participación tampoco. **Tenían de 14 años para abajo, el más chico 3”***.

Esta imagen de los niños pequeños es también compartida por Susana:

“Y a Pepe se le iba complicando cada vez más. Y sí. Cada vez, muchas veces, vos le veías mal porque no tenía el apoyo de la familia, de los hermanos. O sea, no, no, no tenía apoyo. Si hubiéramos tenido los hijos grandes, pero no, eran todos chiquitos. Él tenía sólo que ir y venir, y tener los problemas con la familia”.

Sin embargo, el encuentro con Juan fue revelador, y no solo para nosotros. Apenas comenzada la entrevista, cuando intentamos precisar el momento de venta del campo familiar y del préstamo al patrón, se produjo un descubrimiento del que Juan tarda un rato largo en reponerse:

Qué edad tenías cuando vendieron el campo, cerca del '90?

“¿noventa? (preguntándose como con asombro, se queda un rato calculando) ...Yo tengo 38...noventa...sí! eh... Naaaa, no tenía veintidós cuando vendieron el campo... Dieciséis años atrás... ¿veintidós?Para mí que fue antes... sería...del noventa ahora serían ¿dieciséis? Dieciséis...Y el pibe mío tiene quince Naaa, Naaa. No sé, pero hará...para mí es más...” (Juan, Entrevista, 2007)

A Juan le cuesta recomponerse, durante un rato sigue haciendo cuentas mentales mientras murmura *“Naaa, Naaa, Naaa ¿vos decís que hace...?”* Y luego de un rato, continúa: *“Yo no...Yo para mí...Sí, yo tendría...seis, siete años, más no...”*

Se queda pensando un rato, habla de otra cosa pero es evidente que está haciendo un esfuerzo mental infinito por recuperar algo que le permita juntar su percepción con el dato objetivo que acabo de darle y finalmente retoma el relato. Cuando se plantea la distancia entre percibirse y ser percibido como niño respecto de *serlo*, aparece nuevamente la cuestión de la toma de decisiones:

Pero bueno...Como es...para mí, no fue malo...pero, yo porque...en realidad uno no pudo disfrutar de decir...o opinar con el padre “no lo vendas, vamos a hacer esto”. No teníamos opinión... y bueno. (...) Y porque yo...por eso te digo, que yo no tenía veintidós. Ya a los veintidós...primero que yo...para mí yo tenía esa edad, como mucho quince, me parece. Y no había opinión en esa época de decirle a tu padre.” (Juan, Entrevista, 2007)

Recordarse como niño (percibirse como *era percibido*) ha sido un *refugio* ante la certeza de saberse excluido de las decisiones en las que, como primer hijo varón, *debería* haber tenido participación. Es sumamente llamativo que toda la familia comparta esa percepción, lo que permite intuir un “pacto” de convivencia familiar que, al mínimo roce, se desarma a pedazos.

El cuestionamiento a la autoridad paterna

La pérdida de Pepe de su capacidad de toma de decisiones y el cuestionamiento de los otros miembros de la familia por no haber sido partícipes, constituyen un núcleo de significaciones central para comprender no sólo el sentido subjetivo del desplazamiento, sino para comprender la “trama” familiar, en tanto compromete los patrones de autoridad masculina y patriarcal en los que Pepe fundaba su rol de “jefe de familia”. Es una grieta profunda, en la que la pérdida de la condición de productor reorganiza las demás esferas que se estructuraban en torno a ella. El mundo doméstico es, probablemente, en la que se ven con mayor transparencia los efectos de esa grieta. Las imágenes que sus hijos mayores ofrecen del padre *antes* de la crisis son muy contrastantes con la del hombre que dice “*Si yo no supe cuidar lo mío, ¿cómo podría decirles a mis hijos lo que tienen que hacer?*” (Pepe, Entrevista, 2007). En efecto, tanto Pepe como sus hijos reconocen la *pérdida de autoridad del padre* luego de la venta del campo.

Queremos presentar, al respecto, un extenso tramo de la entrevista con Juan para dar cuenta del resquebrajamiento de la autoridad paterna, por el que han podido filtrarse muchos de los cuestionamientos que hemos abordado pero que aparecen, aquí, entramados, a la par que nos permiten presentar algunos de los que serán nuestro objeto un poco más adelante. Así, aparecen en este diálogo la autoridad paterna y el miedo como equivalente del respeto; la toma de decisiones en soledad, los silencios, el deseo de saber y la búsqueda a tientas de información; la ambivalencia entre la “defensa” del padre y el cuestionamiento a las decisiones tomadas, la “duda” moldeada por la mirada de la comunidad; y también, claro, los futuros perdidos. Por sobre todas las cosas, el relato de Juan hace estallar la presentación que Pepe había hecho de su familia. Por debajo de la imagen de la “*familia unida y feliz*”, tal la expresión de Pepe que citamos al comienzo del capítulo, por debajo del manto de su autoridad, podemos encontrar la sordera absoluta respecto de otras voces, otras opiniones, otros deseos. La familia como campo de tensiones se objetiva en los relatos disidentes, cuando estos tienen posibilidad de hacerse audibles. La experiencia crítica de la venta del campo y la mala inversión que hizo Pepe, en este sentido, abrió la grieta -creó una estructura de posibilidades- para que ello ocurra:

De haberse mantenido el campo familiar, ¿te hubiera gustado trabajar directamente en la explotación de ese campo?

*Yo digo que...Sí, a mí, el campo me hubiese gustado, me gusta inclusive. Yo ahora estoy en un taller de frenos, pero yo le tengo... ¡lo detesto! Yo lo hago porque lo hago, pero no me gusta. A mí si me dieran a elegir de ir a...lo que pasa que ahora, de tener o haber tenido algo, me hubiese gustado, qué se yo, de haber sido mayor cuando mi viejo tenía el campo, a lo mejor hubiese pensado de otra manera, que no lo vendiera. **Inclusive cuando lo vendió, uno no tenía autoridad como para decirle “qué vas a hacer con la plata” porque la plata era de él.** No sé si me explico, en esa época no se daba como para decir “qué vas a hacer vos con la plata...” Y bueno...después qué se hizo con la plata, uno nunca sabe, si bien por ahí uno tenía sospechas, porque se la había prestado –nunca me dijo nada- se la había prestado al patrón él. Cuando terminaron arreglando...le habrá dado chaucha y palitos. Por eso nunca hubo una conversación “familiar”...*

En este párrafo aparecen varias cuestiones claves, estrechamente relacionadas con la centralización de la toma de decisiones en la figura paterna: la primera, la asociación entre la venta del campo y un empleo que detesta. Una vez más, vemos asomarse, de modo indirecto, la imagen del paraíso perdido que se proyecta sobre un *futuro expropiado*. Luego, la cuestión del “secreto” respecto del préstamo: Pepe no habló de ello, sin embargo, todos saben, aunque sea vagamente. Han ido reconstruyendo un fragmento clave de la propia biografía de a retazos, preguntando, oyendo a medias³¹. Y aunque sigue vedada la posibilidad de preguntar, ello no les ha impedido –de hecho, ha promovido- forjarse un juicio respecto de los acontecimientos

Y esto no te lo contó... ¿vos como te fuiste enterando?

Porque hay un hombre –falleció ahora, no lo va a poder contar- el gordo Mercado, también él laburo con nosotros, él era muy de la familia, venía acá, era como una parentela, y él siempre, por ahí discu... no discutía, él decía a mi vieja, algo así: ‘cuidáte con P.’ o ‘fíjese con P.’ y después una vez hablando así...pero yo hasta ahí nomás con ellos. Una vez yo trabajaba acá al lado, él contó a otro que también falleció eh, “Así hizo P. con Pepe, porque le dio una plata y se la fue dando con cuentagotas por eso perdió” y siempre me quedó esa imagen a mí y nunca le pregunté nada al viejo. Y nunca...ya fue. Fue decisión de él, equivocada o no, fue de él.

³¹ Es sumamente recurrente en los relatos de las mujeres y los jóvenes la mención a haber tenido que recurrir a allegados a la familia, empleados del banco o de la cooperativa, para poder ir reconstruyendo una situación que los involucraba directamente. Además de la significatividad que en si mismo tiene este punto, nos remite a otro no menos central: si se trata de algo que los mismos exproductores señalan no haber contado a nadie lo que les ocurría, porque “*esas cosas no se conversan*”, ¿cómo es posible que hubiera *otros* que pudieran ofrecer la información que no podían solicitar a los *hombres de la casa*? La dimensión del rumor en el pueblo, la circulación de la información por vías informales necesitaría ser tematizada más en profundidad, pero es sin dudas, como hemos esbozado en el capítulo dos, parte sustantiva de los procesos de estigmatización de los desplazados.

Juan desliza una expresión que remite al cuestionamiento a la autoridad paterna: “*Mal prestada, mal devuelta. Aunque yo no sé si realmente fue mal devuelta la plata.*” Esta afirmación pone sobre el padre un doble juicio: el de haber tomado una mala decisión, pero además la puesta en duda de si realmente “fue estafado” por su patrón. De este modo, la sanción que pesa sobre Pepe es la de ser el culpable de su propio fracaso. Adicionalmente, es esta la misma duda que la comunidad pone sobre él. Juan mira a su padre como los otros lo miran:

Qué se yo, por ahí yo sé que por ahí después está arrepentido y hacerlo recordar algo, me parecería medio, estúpido -qué se yo- a esta altura del partido. Pero realmente si fue tan así, pero yo...pienso que sí. Pienso que tuvo que ser así. Porque en ese momento cuando se vendió el campo, no sé la plata que era pero nunca hubo nada.

Una vez abierta la compuerta, habilitada la memoria y la posibilidad de hablar, como ocurrió con su madre, Juan no puede parar de recordar, asociar, cuestionar:

Y tu mamá, ¿ella tampoco podía intervenir? ¿o no intentaba?

Yo creo que lo ha intentado...Para mí... la tenía engañada con lo de la plata y qué se yo...No, no, la verdad que no se cómo fue bien eso...si ella...por nada de antes, de esto no se hablaba, no se decía nada... Y no había margen para preguntar... Papá era bravo, yo lo adoro...pero lo que era antes Pepe... Vos lo veías así un tipo más chocante, más...eh, se enojaba de cualquier cosa... Aparte a él le gustaban las cosas así. Un día había salido eso de motocross, venían las motocross y hacían montañas de tierra, para la motocross...pero, espectáculo eran. Y saltaban y ponían cinco o seis tipo abajo, viste, esas boludeces...claro, ¿qué hice yo? Tabla y un tambor, con otro muchacho, y me había comprado una “mini” de esas chiquititas –dos días tenía la mini- y bueno, a saltar yo!!! Copiando a los otros boludos nomás! Y bueno, llegó yo acá, -llegué al mediodía y mi viejo vino de laburar a la una de la tarde- ni “A” me dijo: me pegó cachetadón. Para colmo que ni sospecha yo de por qué me había pegado. No, yo estaba relajado. No se quién le contó o me vio, no sé. Me pegó un cachetadón y habré reulado como diez metros. Así era. El era así. Decí que la teníamos a Susana...ella nos defendía con uñas y dientes...Susana se ponía loca... Yo me ponía a leer así, ya era bruto –me decía él- y se ponía mi viejo al lado y me decía ‘sentate y leé’, así me decía: ‘sentáte y leé’. Y yo decía ‘el...el...’ y empezaba a tartamudear...no, no...o sea, menos leía. ¿Cómo iba a leer llorando?

“Un día estaba con los muchachos y pasa el patrón y dice: “dice tu padre que vayas al campo que esta noche vas a trabajar”. Todo el día callejeando, agua, río...estaba muerto. Iba a laburar igual, porque yo a mi viejo, le tenía terror, no terror, yo lo respetaba. Entonces fui a laburar. Y bueno, ahí empezó, que yo iba ayudarlo, pero iba como una obligación yo. Pero yo iba a laburar ahí con él y...lo ayudaba, sí, para sembrar, para cosechar y...en el campo de él. Tenía que ir, no me quedaba otra.”

La irrefrenable verbosidad de Juan marca un contraste con el “mundo pacífico” antediluviano que describía Susana en conversaciones en las que las frases solían cerrarse, melancólicamente, con un “*es que cuando él tenía el campo era mejor*”. Cuando le preguntamos si puede identificar cuándo y por qué cambió tanto su padre, Juan ofrece una respuesta *de sentido común* –cuyo sentido fundamental para la gestión de lo indecible ya hemos referido– “*se puso viejo*”. Sin embargo, la referencia temporal reenvía a los efectos no explicitados pero visibles del quiebre que significó la pérdida de la propiedad, primero, y la estafa, después: “*No...no, cambió hace varios años, qué se yo...yo no sé...y entre quince años fácil, cambió un montón a lo que era.*”

En este universo de cosas sabidas a medias sobre las que no está habilitado preguntar ni cuestionar, pero que son constitutivas de la propia biografía, la situación de entrevista constituye una intromisión que transforma “lo dado”, lo que sencillamente “es” en objeto de reflexión. Los juicios cristalizados, cerrados, han tomado el lugar de las interpretaciones reflexivas, en buena medida como resultado del silencio que obtura la posibilidad de reconstruir juntos la trama de un proceso que los tuvo como actores y cuyos efectos irradian sobre el presente. Tal como había sido en el pasado respecto de la toma de decisiones y la búsqueda de alternativas respecto del campo, lo es luego respecto de sus efectos. Aquello sobre lo que no se había reflexionado antes, ocurre por primera vez *durante* la entrevista, de modo que el proceso es simultáneo al diálogo. Es allí donde las expresiones, los gestos, los matices en la voz dan la pauta de las dificultades que ello plantea:

“Por eso te decía que con la elección del campo, no sé, me hubiese gustado, ahora con los años, si me hubieses dicho que todavía está el campo, yo lo hubiese conservado de otra manera o hubiera hecho otra cosa. Si no se hubiese vendido, hubiese hecho otra cosa. Yo sé que algo hubiera hecho...si no sé hubiese vendido unos años atrás –porque ahora las cosechas cambiaron todas- a mí me hubiese gustado comprar una máquina, que era lo que a mí me gustaba –y lo que me gusta- me hubiese comprado una máquina y así de poquito, salir a trillar y esas cosas...”

¿Y por qué pensás que tu papá no lo hizo?

*Por qué? nunca me puse a pensar porque no hizo algo así, nunca me puse a pensar. Yo...no sé...por qué...será porque cómo... porque mi viejo... no creo haya tipo guapo como el viejo, con la edad que tiene. Él tiene una fuerza de voluntad, él viene a las siete de la tarde; viene a las seis; los sábados; él se baja del tractor, se ríe. Aparte, mi viejo es muuuuuuuuy buen tractorista...No sé por qué no lo habrá hecho...a lo mejor, se sentía inseguro. A lo mejor era inseguridad, a él le daba miedo a lo mejor, eh... [Pero] **mi viejo nunca recurrió a nadie. O sea, hizo la de él, como todas las que hizo la de él. Por***

eso perdió todo: por confiar en los demás, él siempre ayuda al otro y nunca se fija en él...”

La pérdida de la propiedad construida como fracaso personal fue la grieta por la que se filtró el cuestionamiento a un mundo que se organizaba sobre aquella y a partir de allí, se expandió sobre el conjunto de las dimensiones de la vida familiar, del mundo doméstico y sobre los roles distribuidos de manera –hasta entonces- tan naturalizada que parecía incuestionable. En rigor, es dable colegir que este escenario era el aprendido, el conocido, el “mundo al alcance”, un espacio de relaciones y prácticas normalizadas a partir del cual se definía lo esperable, lo posible y se construían categorías valorativas para juzgarlo. Pero además, el devenir de ruptura post-crisis es el tamiz a través del cual se interpreta ese pasado, de modo que ya no se trata de la referencia a cierto modo de ejercicio de la autoridad (ese en el que “respeto” y “terror” terminan siendo sinónimos) naturalizado por repetición.

Por el contrario, la construcción de un pasado idílico que nunca fue es la estructuración (negativa) de la referencia al futuro que nunca será: es el refugio -colectivo e implícito- en el pasado roto que arrastró consigo al proyecto que había organizado la existencia de Juan y de Susana, y que operaba como *horizonte futuro* de la de los hijos. Así, el relato idílico, casi bucólico, de la vida en el campo y de la felicidad familiar durante aquellos años, sitúa al campo como paraíso perdido que explica y justifica la “imperfección”, la “negatividad” del presente.

El prisma de percepciones que resulta del silencio.

Antes de avanzar sobre la especificidad de los “paraísos perdidos” queremos pensar la relación entre transmisión y silencio –que no es la ausencia de relato, y por ende, de transmisión- a partir de las diferentes interpretaciones sobre la venta del campo que han construido nuestros interlocutores desde las posiciones y roles que cada uno ocupa en la vida familiar. Pepe nos dijo, luego de nuestro encuentro en 2005, “*es la primera vez que hablo de esto*”, refiriéndose a la venta del campo. Pero lo no dicho no es necesariamente “vacío de sentido”, sino que implica, para los otros que necesitan de ese

relato para construirse a sí mismos, la búsqueda de grietas y vestigios para construir interpretaciones vitales.

Así, Pepe tomó la decisión fundamental de retirarse definitivamente del trabajo agrario cuando sintió que ya no había lugar para él. Pese a que “*el campo me apasiona*”, “*el campo es mi vida*”,

“Decidí que ya no iba a ir más al campo y que no iba a ser esclavo de nadie. A lo mejor iba ser esclavo de otro, pero el sábado y el domingo, o por lo menos el domingo, iba a estar en la casa. Que es lo que hago ahora.”

“Ella [Susana] dice, “que yo no quiero ir al campo”, yo no quiero ir al campo de nadie, quiero ir al mío. ¿Entendés? El campo de otro, no. No es porque no me guste el campo, pero es porque tengo hectáreas mías y si no, no. No que nadie me mande o me contrate a mí. Si yo estoy en “casa ajena” no soy dueño (Pepe, Entrevistas, 2007)

Sin embargo, muy otras son las percepciones de quienes no han sido comunicados de lo que para Pepe significó la toma de esa decisión:

“a mi me gusta [el campo] pero a él no. No le nombres, no sé, pero no le gusta. ¿Por qué pensás que no le gusta? No sé, él me dijo que no, que no era para él.” (Susana, Entrevista, 2007)

“para mí era un tipo que...a él le gusta vivir “bajo patrón”, que llegue fin de mes y cobrar, no le gusta de decir ‘ya que tengo me voy a largar para hacer algo yo, lo veo más inseguro en eso. Claro... a él lo veo más ‘bajo patrón’ más... ‘vivir para otro’. Yo te digo, cuando él vivía en el campo, se levantaba las cuatro de la mañana, laboraba desde las cinco de la mañana y no volvía a la casa, hasta las diez de la noche...para el otro. (...) Así un tipo que labura para otro. Para mí tuvo miedo. Como te digo, no se arriesgo a...miedo a hacerlo solo. Siempre se acostumbró a trabajar con patrón. Que a mí, ves, nada que ver...Yo estoy porque no tengo alternativa, pero yo no...” (Juan, Entrevista, 2007)

La centralidad del silencio se expresa en el contraste entre lo que sienten sobre un mismo acontecimiento, las explicaciones e interpretaciones que despliegan. Aquello que para Pepe es el mayor estigma, su marca del fracaso, la pérdida de la condición de patrón- es percibido por su hijo –el heredero que no fue- como algo deseable para su padre. Aquello que constituye su mayor fuente de sufrimiento, lo que lo hace sentirse degradado –metafóricamente “muerto”, en los términos de Bourdieu- pero que por orgullo nunca ha dicho, es aquello por lo que lo juzgan, como la comunidad, otros miembros de su familia.

Paradójicamente, es quien menos puede recordar –doblemente amparada por su condición de hija mujer y de niña, de acuerdo con los cánones familiares- quien tiene un registro más próximo de lo que para el padre significó la pérdida del campo. En una construcción de sentido que desafía el silencio y que le permite construir un vínculo con su historia, consigo misma y con su padre, pese a que es también quien tiene una imagen más idealizada del “futuro perdido”, Sandra sostiene que para el padre fue una ruptura de la que no se ha repuesto:

“Mi papá, mirá, yo creo que hasta el día de hoy, en ningún momento hubiera pensado en venderlo... Porque a él le gustaba, le gusta el campo. Le gustaba trabajarlo, por eso. Pero lo tuvo que vender

¿Qué te acordás de esa época?

De mi papá, re mal. Aparte porque era de mis abuelos. De los viejos de él. Yo creo que mi viejo, no lo superó nunca. A mí me parece que como que a él le cuesta hablar del tema. Yo creo que todo eso desarmó un poco la familia... por todo ese tema. El campo y todo...Porque antes por ejemplo ellos se juntaban todos, pero ahora no: el domingo, no el sábado, fue el cumpleaños de mi tío y el único invitado fue mi papá y para mí todo eso los llevó a empezar así...

“...A mí me parece que para mi papá era por el tema de mis abuelos. De lo que vivió ahí, en ese campo, todo. Más por sentimientos, mi viejo. Pero ellas (las tías) no, una vez que lo pensaron, no les importó nada.

“él no supera lo del banco. Porque mi abuelo dice mi papá que se la bancaba un montón, mi abuela también. Mi abuela era analfabeta y ella no entendía todo eso mucho y el que manejaba todo era mi abuelo. Se ve que le costó mucho, llegar ahí, a ese lugar donde estaban, en el campo, por eso a mi papá todo eso le cuesta. Fue todo un sacrificio para nada.

¿Cambió mucho él a partir de eso?

Sí. Vos te das cuenta, cuando habla y dice “antes cuando yo hacía lo otro” y ahora que “tengo que estar en otro tipo de trabajo”. Como que no era para él trabajar en lo que hace ahora, como que siempre fue el tema del campo. (...) Yo creo que si él se tiene que ir a trabajar, no se va a ir a una fábrica. Se va a hacer algo con un tractor o algo. Y cambiar, sí cambió, porque antes se “manejaba” mucho y capaz ahora “se maneja” pero no lo que se manejaba antes, en el sentido de plata y esas cosas. (...) Estaba acostumbrado con el tema del campo y esas cosas, él estuvo acostumbrado a “manejar” mucho y a hacer muchas cosas, y ahora a lo mejor, que “manejarse” con menos.

“Pasa que yo creo que esto no es para él. Yo pienso que a lo mejor antes era patrón...y yo noto que él decayó con todo esto, pero a lo mejor, él antes era patrón y ahora terminó siendo peón.” (Sandra, Entrevista, 2007)

Del silencio, de *lo no dicho* resulta un caleidoscopio de interpretaciones en el que también se esconden “acusaciones cruzadas”. Si no hay “relato total” ni completamente armónico, tampoco los silencios pueden ser “totales”, porque “*aquello callado por una generación, los padres por ejemplo, puede encontrar otros canales de transmisión generacional. Cuando no hay palabras o relatos, historias o cuentos que la familia privilegia, puede haber otras formas de transmisión de experiencias pasadas inhibidas, silenciadas o guardadas como secreto. Lo que no se dice, lo guardado, no es sólo un intervalo en la comunicación lingüística; es un fenómeno que tiene figuras cargadas de sentido y emociones. Sus significaciones y contextos van más allá de las palabras, y cada situación humana los pondrán en evidencia y les darán sentido*” (Kaufman, 2006: 54).

Me parece pertinente a este respecto introducir una última reflexión: Juan, en algún momento del diálogo, señaló que él mismo *se abstuvo de preguntar* para evitarle a su padre la tristeza de recordar. Eso forma parte de los mecanismos que obturan el relato, pero que pueden destrabarse en las generaciones siguientes, especialmente en los niños que no tienen incorporado aún ese mecanismo de autocensura. Esto comienza a hacerse visible en los nietos de Pepe y Susana, que demandan respuestas y contrastan relatos desde la *impunidad de la niñez*:

“ellos te preguntan. Hay una, la que llego recién que se sienta y te pregunta y te pregunta. Que dónde viví y del campo, y de una cosa...porque ella es la que... y dice ‘porque mi papá nos cuenta’ claro por que él se acuerda, el papá de las chicas. Y él les cuenta... Porque ella me pregunta, me va haciendo las preguntas que el padre le cuenta, me dice ‘es cierto que mi papá...’” (Susana, Entrevista, 2007)

Todo tiempo pasado fue mejor (las edades de oro)

Toda tradición es, por definición, selectiva. En ella se pone en juego la articulación de diferentes tiempos y es el campo de batalla en el que se desenvuelve el conflicto entre la continuidad y el cambio al interior de una cultura (Williams, 2000 y 2001). En este sentido, las construcciones sobre el pasado que articulan Pepe y los miembros de su familia, nos dicen mucho más sobre su percepción *del* presente –y no solo porque son enunciadas *desde* el presente- que sobre los tiempos pretéritos a los que refieren.

También construyen imágenes sobre futuros deseados que, en el contexto de una biografía trunca, devienen futuros perdidos.

La imagen bucólica que construyó Susana en nuestras conversaciones, una vida de mate y conversaciones con la suegra mientras el marido y el suegro trabajaban, que siempre incluían un “*antes era mejor*” o un “*Ya te digo, era una cosa pacífica el campo...qué te puedo contar*”, han sido confrontadas por la memoria del hijo cuando refirió al ejercicio de la autoridad paterna. Sin embargo, con independencia de la comprobación de la existencia pasada de ese mundo que relata o de la posibilidad real de concreción de ese futuro perdido, “*la estructura de sentimiento en cuyo interior debe entenderse esta referencia retrospectiva no es, pues, primariamente, una cuestión de explicación y análisis histórico. Lo verdaderamente significativo es este tipo particular de reacción a la realidad del cambio*” (Williams, 2001: 63). En ello, precisamente, consisten las *edades de oro*: contrastan imágenes idealizadas de lo que *fue* o de lo que pudo haber sido pero no será con un presente que se experimenta como degradado. Esta interfaz de tiempos aparece permanentemente en los relatos *sobre lo que se perdió* (y es irrecuperable) y las ensoñaciones sobre lo que hubiera sido la vida si esa pérdida no se hubiera producido. Los *paraísos perdidos* no refieren, entonces, necesariamente a una pérdida situada en el pasado, sino que en buena medida la pérdida refieren a un futuro que no será.

La idealización del campo, y básicamente de lo que *el campo permite* ha sido esbozada en una cita que deseamos retomar, pues en ella está implícito el sentimiento de que hay un destino del que han sido expropiados:

“Ahora es el momento. Hace años atrás que empezó a valer una barbaridad lo que vale una hectárea de campo. Pero antes no. Por eso ahora el campo...el que tiene un campo es potencia lo que vale.”

“Era un capital. Que podías vos, cómo te puedo decir, después cuando sos persona grande, vivir de otra forma. Más holgado, porque vender todo y quedar sin nada...Yo diría, me parece a mí, que hubiera sido más fácil si ese campo hubiera seguido trabajando.” (Susana, Entrevista, 2007)

Estas versiones idílicas del pasado y del futuro que el campo anticipaba tienen un margen mucho más amplio para construirse cuanto menos próxima ha sido la

experiencia personal con el pasado. Sandra, que como ya dijimos era una niña pequeña cuando la venta del campo y el préstamo al patrón, va articulando un relato que lleva hasta la hipérbole la idealización del pasado que construye la madre. Su perspectiva sobre los acontecimientos está fuertemente atravesada por el relato materno, y se refuerza por su mirada sobre lo que el campo es y permite a través de otros con los que interactúa, o a través de *imágenes* que interpreta desde el contraste con su propia experiencia –v.g. las pautas de consumo, los comportamientos en el pueblo, las viviendas o los estilos de vida de los productores y sus familias, con muchos de los cuales no tiene un trato personal ni directo, de modo que el análisis de estas dimensiones se basa en interpretaciones *imaginadas* a partir de lo que, *desde fuera*, ve. El relato de Sandra está teñido de frases de sentido común, representaciones vagas, cuando habla del campo refiere a algo que le es absolutamente ajeno pero que siente como “negado”.

“¿Y a vos te hubiera gustado que conservaran el campo?”

Sí. (Contundente y sin agregar nada más)

¿Por qué?

Porque cuando mi papá trabajaba el campo era otra clase de vida. ¿Cómo te puedo decir? Porque se hacían cosas. Mi papá se “manejaba” más: vendía, era otra la clase de vida que se llevaba. Si ahora hubiera tenido el campo, no estaría trabajando en el lugar donde está trabajando, que en verano es una locura y en invierno otra.

¿Cómo te imaginas esa “otra” clase de vida o cómo te la acordás?

(Se queda callada como pensando) No es por así lo material pero qué sé yo, a mi papá le gustaba más eso: las máquinas, todo ese trabajo con los tractores. Qué sé yo, vendía, él se manejaba solo, pero le gustaba. (...) Mejor era antes y no ahora.

(Luego de la crisis, las condiciones de vida de la familia) cambiaron un montón. Mi mamá siempre me dice viste... mmmm... cómo te puedo decir... No es que nos guste... eh, mi mamá es una persona que te compra un pantalón de ehh, cincuenta pesos... eh o una remera. Y a ella no le importa, nosotros estamos acostumbrados a otra clase de vida... y ellos también. Lo que éramos antes al ahora... siempre dice que no se puede más, antes sí, porque había esto, había aquello, pero nosotros nos acostumbramos a vivir así. Terminó todo eso...”

Cuando le preguntamos si los cambios fueron muy abruptos, no duda en la respuesta, un “sí” inmediato y enfático, pero no puede desarrollarla con facilidad:

“No sé... Yo... Yo la verdad me doy cuenta que todo cambió

¿En qué cosas te das cuenta?

Lo que hacíamos antes y lo que hacemos ahora

Bueno y ¿qué hacían antes y qué no pueden hacer ahora?

Ahora...por ejemplo antes vos querías algo y lo comprabas, no te costaba nada. Y ahora por ejemplo vos querés algo y te cuesta. No te digo que cuesta mucho, pero por ejemplo, a vos se te rompe algo y andá y comprate, y...es como que ahora les cuesta. No es andá y comprate y listo. Mi papá manejaba más plata, más tarjetas, ahora se maneja con una o dos...” (Sandra, Entrevista, 2007)

Una mirada mucho menos idílica sobre el pasado es la que ofrece Juan, en quien solo es rastreable la nostalgia por lo que ya no será cuando se refirió a su empleo como aquello que no tiene otra opción que hacer “*aunque lo deteste*”, y el modo en que en la construcción discursiva lo asocia a la pérdida del campo, de modo que si hubieran conservado el campo podría hacer algo “*que le guste*”. La transmisión biográfica rota puede percibirse allí, si recordamos la expresión del propio Pepe en la que el campo era para él una vida “*según su gusto*”: el destino inscripto en la herencia, investido como vocación, no era sino la capacidad de ajuste del habitus del futuro *probable* a los futuros *deseados*. Formulada la misma pregunta que a su hermana menor, la respuesta fue significativamente otra. Esta discordancia no revela “*verdades*” sobre los hechos pasados, sino *diferentes formas de relación y resignificación del pasado* a partir de la cual se relacionan con el presente. Este contraste de las percepciones de Juan respecto de las de su hermana está claramente relacionado con las diferentes edades y posiciones en la estructura familiar al momento de los eventos críticos:

“¡Para nosotros fue normal! No fue que nosotros vivíamos bien y teníamos una casa de fin de semana en Buenos Aires y teníamos una chata y después cuando perdimos todo... ¡No, no, para nosotros siempre fue normal! Se vendió el campo como si se hubiese muerto un perro. Peor, porque por lo menos al perro lo veíamos, no, no... ¡Por eso para mí fue...todo normal!

Para mí siempre fue igual. No es que yo “tuve” o mis viejos “tuvieron” y yo era un nenito de mamá o papá que andaba en camioneta o moto, no. Yo nunca...siempre normal, viví normal. Como viven los míos ahora...-bah, no, ojalá vivirían así...este tiene dieciséis y no labura y yo ya laburaba a los trece- pero bueh, viví normal. Por eso digo, no hubo cambio en eso. Si hubiese sido de mi viejo solo el campo ese, o se pudiera haber quedado un parte él, si él no lo hubiese querido vender, yo le hubiese ayudado a...o por lo menos a intentar hacer “algo”, intentar hacer algo. Porque...viste como están las cosas ahora no se puede intentar hacer nada.” (Juan, Entrevista, 2007)

Lo que podría ser y no es: el futuro roto.

La imagen de “bienestar perdido” que plantea Sandra probablemente pueda explicarse, como sugerimos, a través de su experiencia más indirecta sobre ese pasado. Puede que esa experiencia recibida a través del relato de otros la haga más permeable a la idealización. Además del impacto material –“se manejaba más plata”-, y del impacto subjetivo en su padre –“él estaba acostumbrado a ser patrón, y ahora es peón”-, el tercer nivel del planteo es lo que “podría haber sido”. Construye el pasado (y lo que podría ser el presente si no hubieran perdido el campo) en función de la situación de bienestar –comodidad que el campo permite (o ella imagina que permite) en el presente; no desde lo que eran las condiciones concretas de la familia al momento del desplazamiento.

“Y bueno antes no había luz y todas esas cosas. Lo que era, qué se yo, el campo de mi abuelo a ahora, no es lo mismo. Yo tengo un amigo que tiene campo ahora y tiene pileta y esas cosas. Tiene un chalecito, pero re grande. Aparte es re grande la casa y tiene todas las comodidades. Tiene pileta que mi abuelo no tenía. Hay muchas diferencias. Y de ese tiempo yo no me acuerdo mucho, pero estaba así, como una casa común. No era así como son ahora. (...) La de mi abuelo era una casa chiquita y por ejemplo en la de mi amigo tenés una galería y todo eso, y la de ellos no. Era algo común. Por ejemplo en la casa de mi amigo, vos entras y tenés unos ventanales grandes, tiene un zaguán, tiene por ejemplo baño con bañera y esas cosas que antes no los habían. Era otra cosa. Tiene un living grande, un comedor, en cambio la de mis abuelos, era linda, pero qué se yo, era una casa común.”

La fascinación implícita en la descripción de Sandra por el bienestar de quienes han permanecido vinculados a la producción agropecuaria, constituye *lo negado para ella*, y lo contrasta con su propia experiencia respecto de ese mismo mundo. Es significativo que no pueda vincular las características presentes de quienes permanecen en la actividad con las causas de la salida de muchos, como su padre. Corolario de los silencios y de la construcción social de los procesos de desplazamiento como fracaso individual, esta imposibilidad de pensar las salidas como resultantes de un proceso de redefinición que los excedía es generalizada. Hemos reconstruido el caleidoscopio de los relatos de la familia de Pepe, rastreando confluencias y choques, acercamientos y fugas, para aproximarnos a la dimensión experiencial, subjetiva de procesos de cambio estructural abrupto y disruptivo. Los paraísos perdidos refieren, tanto como las edades de oro que se construyen a partir de ellos, a una experiencia en la que los sujetos no pueden recuperar anclajes válidos para rearmar la identidad. La pérdida es la gran (des)organizadora de la experiencia subjetiva, y como tal es transmitida y muchas veces reapropiada. En tal sentido, es necesario recordar que *“resulta imposible concebir e*

interpretar las narrativas familiares y los procesos de transmisión disociados de los contextos y circuitos más amplios en que versiones de la historia y hechos del pasado se construyen. La familia es sede y ámbito de lazos sociales que crean pertenencias e irradian sentidos de época, de proyectos culturales y políticos a espacios institucionales y a la comunidad. Sin duda se producirán enlaces entre las experiencias de transmisión familiar y los relatos sociales vigentes. En este enlace se instalarán interpretaciones que exceden el espacio de lo íntimo para tomar densidad en relatos e interpretaciones colectivos de determinados hechos.” (Kaufman, 2006: 69)

Así, la fascinación de Sandra muestra de manera acabada hasta qué punto -en las percepciones individuales y colectivas- el “éxito” de los ganadores locales es tan individual como el fracaso de los otros. Otros para quienes el futuro solo puede consistir en “*estar vivos*” cada tanto –invirtiendo la expresión bourdeana a partir de la de Pepe- cuando son ocasionalmente interpelados como *sujetos*; y el resto del tiempo, en *añorar* los paraísos perdidos:

“Pepe: No tengo nada nuevo para inventar, terminaré así como estoy...

Susana: Está todo dicho. Y sí, ya no vamos a pretender otra cosa.

Pepe: En un momento dado pensaba que iba a ser una persona de bien, económicamente y demás y ahora me veo en otra situación, pero ya me conformé con esto.” (Pepe y Susana, Entrevista, 2007)

Este y otros paraísos

El trabajo de campo nos permitió reconstruir otras trayectorias de familias desplazadas. Otras síntesis entre acontecimientos, experiencia, transmisión y apropiación. En algunas de ellas, fue posible rastrear formas singulares de recuperación del pasado, que permitiera proyectarlo, aunque fuera fragmentariamente, hacia el futuro. Esa posibilidad permitió, especialmente a los más jóvenes, restituir el sentido de continuidad biográfica que en los padres se presentaba como quebrado, y desde allí, reorganizar a partir de los fragmentos la propia identidad. Estos procesos de selectividad de tradiciones y reconversión de capitales permiten matizar, de algún modo, la imagen totalizadora de los paraísos perdidos.

Efectivamente, hemos señalado en diferentes tramos de este trabajo que las “miserias de posición” (Bourdieu, 1999) no son experimentadas ni tramitadas idénticamente por todos los sujetos que las comparten. Así, a través de esta trayectoria quisimos caracterizar la forma extrema del desplazamiento, y visibilizar sus efectos disruptivos sobre el “relato maestro” que organizaba la biografía familiar y la dinámica entre generaciones. Los procesos de dessubjetivación y desorganización del mundo que el desplazamiento conlleva han sido de tal magnitud que, como nos han mostrado Pepe y su familia, solo son tramitables desde el silenciamiento y el estigma.

CAPITULO CUATRO

LA INMATERIALIZACION DE LA HERENCIA.

*“Hoy por hoy ya no podés decir ‘yo soy tal cosa’:
tenés que venir a los golpes viendo donde está el negocio”*
Omar, Entrevista, 2005

“Pero ese ser tan yo y no serlo más”

Julio Cortázar

En el capítulo tres hemos caracterizado el impacto de las transformaciones en el segmento de productores que, en el marco de las transformaciones estructurales de las últimas décadas, perdieron la propiedad de la tierra y fueron *desplazados* de la producción directa. Caracterizamos también los efectos que el desplazamiento tuvo sobre las subjetividades y las dinámicas sociales e intergeneracionales. Sin embargo, nuestra hipótesis principal para comprender la dinámica del mecanismo de selección que expulsó a unos e hizo posible la permanencia –aggiornada- de otros, se organiza en torno de la posibilidad de un **distanciamiento reflexivo del habitus**, que implica – como esbozamos en el capítulo dos- no solo desanclajes sino selectividad -entendida como refuncionalización en ocasiones y como descarte en otras- respecto de prácticas y sentidos del pasado, que se articulan –y a veces también se superponen y tensionan- con otros de carácter novedoso. Abordaremos en este capítulo, precisamente, tal *aggiornamento* como proceso. En él, son dimensiones fundamentales el desanclaje de la tierra como clivaje identitario y biográfico, la pérdida de centralidad de la familia y del “nombre” como soporte de relaciones sociales –en lo que refiere a la sociabilidad local, pero fundamentalmente en lo que refiere a las interacciones económicas-, y la redefinición del trabajo como “práctica” y como “sentido”.

En simultáneo, consideraremos el modo en que los sujetos *perciben* y *actúan* las transformaciones, en una instancia de interlocución particular: la del diálogo intergeneracional. En este sentido, la *formación del heredero* pone en juego los mecanismos de incorporación / naturalización inscriptos en el habitus, pero lo hacen de modo singular en un contexto de cambio estructural, y esto lo vuelve sociológicamente relevante pues pone de manifiesto el proceso de reajuste entre expectativas (futuras o

inmediatas) y sus posibilidades objetivas de materialización. En este sentido, el recambio generacional y la redefinición del habitus como proceso, incorporan la dimensión temporal como un elemento central de nuestro análisis. Como permite observar la trayectoria que abordamos en este capítulo, las interpretaciones de los productores y de sus familias sobre sí mismos y el modo en que se construyen o fundamentan las expectativas hacia el futuro son ostensiblemente distintas entre las primeras entrevistas realizadas –en 2004, en el contexto de una reciente reactivación de la producción agropecuaria- y las últimas, realizadas a fines de 2008 –en que el crecimiento sostenido de la producción agrícola y los récords en los precios y volúmenes de las exportaciones agropecuarias –hasta 2007- se combinan con el conflicto por la Resolución 125/08, que enfrentó a las corporaciones del agro con el Gobierno nacional, y que en la región en estudio se expresó en masivos actos y cortes de ruta.

Abordaremos estas dimensiones a través de las entrevistas individuales y conjuntas realizadas a lo largo del lapso 2005 - 2008³² con un productor –Omar, 53 años -, cuya trayectoria describe el tránsito entre el endeudamiento y una dinamización posterior que expresa la adecuación a las nuevas demandas del modelo y una redefinición profunda de su perfil-; y con su hijo –Walter, 25 años, estudiante universitario de ingeniería mecánica -, el futuro *heredero* de la conducción de la empresa familiar.

Omar es tercera generación de chacareros: trabajó, hasta 1997, las 263 hectáreas de su padre junto con un primo. Ese año debieron vender el campo para pagar deudas hipotecarias, resultantes de la toma de crédito para capitalizarse, y liquidaron también el capital ganadero. A diferencia de otros productores que optaron por la venta parcial de la propiedad, Omar y su padre optaron por vender la totalidad de la tierra para saldar la deuda, y lo hicieron tempranamente, además. Se quedan con la maquinaria y con este capital inician la prestación de servicios a terceros. Posteriormente, Omar llega a un

³² En este último año, además, sostuvimos una entrevista conjunta en la que también “participa” –está presente, y opina sólo en las contadas ocasiones en las que se siente con autoridad para hablar- María, la esposa de Omar. Otro dato contextual respecto de las entrevistas que constituyen el corpus sobre el que trabajamos a ser señalado es que sostuvimos conversaciones informales con la cuarta integrante de la familia, Mariana, hija menor de María y Omar, estudiante de diseño gráfico. Sin embargo, cuando realizamos la entrevista grupal, que se produjo de manera espontánea (estaba pautada como entrevista individual con Walter, pero al realizarse en la casa familiar “invitó” tácitamente a la familia a conversar, lo que nos pareció sumamente productivo) no consideró que fuera necesaria ni importante su participación en la misma, excusándose de estar presente.

arreglo con el nuevo propietario de sus tierras -un pequeño inversor extranjero- en virtud del cual sigue gestionando la explotación de su antigua propiedad, como “encargado”. Este arreglo inicial se perpetúa con posterioridad bajo la forma de arriendo. El acuerdo incluye también, desde el comienzo, la residencia del padre de Omar en la vivienda construida en el predio, lo que no constituye un dato menor: para Omar, era impensable la posibilidad de sacar a su padre de allí porque “*si lo sacamos del campo donde estuvo toda su vida se muere*”, de modo que fue condición central en el acuerdo de venta de la propiedad. En 2004, Omar vuelve a adquirir tierra en una zona menos productiva, y por ende, menos valorizada, para abocarse a la ganadería. La adquisición del predio se realiza en sociedad con un empresario rosarino. En la actualidad, es propietario de parte de la tierra que explota, unas 4000 hectáreas adquiridas en el marco de una sociedad que involucra la participación de inversores extra agrarios; ; y se ocupa del gerenciamiento de la empresa. Está abocado a la ganadería casi exclusivamente, combinando la ganadería tradicional con la exploración de otros rubros –ñandúes y ciervos- orientados a la exportación, y con una dedicación minoritaria a la agricultura (soja). La provisión de servicios, que constituyó su actividad principal tras la venta de la propiedad familiar, es un rubro del que está retirándose, en el marco de una planificada estrategia de negocios. Abordaremos en varios apartados de este capítulo las etapas de esta transición entre actividades, y los sentidos que le asignan sus protagonistas a los cambios en el trabajo, en el gerenciamiento y en la noción misma de “empresa”. Creemos que en esa transición es dable rastrear diferentes momentos del proceso de reorganización del habitus. Es necesario señalar que abordamos esta transición, en primera instancia, a través de los relatos de sus protagonistas, de modo que es de central importancia analítica la consideración de la dimensión narrativa. Tanto su estructura como los matices en su contenido sugieren el proceso de legitimación y sedimentación progresiva de prácticas y, con ellas, la reorganización de sentidos y los reajustes entre exterioridad objetiva e exterioridad incorporada, el habitus en acto (Bourdieu, 1985). También, con Scott (1999), creemos que la mediación del relato hace posible que los acontecimientos devengan experiencia, al dotarlos de sentido, jerarquizarlos y articularlos en una síntesis personal y específica.

Por otra parte, esta actualización de elementos del pasado en el presente articula diferentes temporalidades que se proyectan hacia el futuro ante otra situación de transición, esta vez intrafamiliar: la del recambio generacional, la de la formación del /

los perpetuadores del patrimonio material y simbólico de la familia. En esa selección, se valorizan –o se descartan- elementos que permiten la legitimación ya no solo de las nuevas conductas, sino también de las decisiones tomadas en el pasado reciente en torno de la propiedad, o en un sentido más amplio, del capital familiar, incorporándolas al “relato de familia” (Kaufman, 2006)³³.

En suma, por definición, en el sujeto elegido conviven las tensiones inherentes a la selectividad propia de un proceso transicional, territorio simultáneo de la descomposición y la recomposición de la trama vital. El proceso de selección entre cambio y permanencia se desenvuelve en acto – y, en buena medida, a ciegas-, tensionando de modo constante las fronteras entre “seguir siendo” y “dejar de ser”,³⁴.

Caracterizaremos a continuación una serie de transformaciones vinculadas a la reconversión del perfil productivo de Omar, y su proceso de adaptación a los requisitos del nuevo modelo productivo en el agro. Estos involucran, además, la transformación de la *empresa* tanto en lo que refiere a los modos de *producir* y *gestionar* como en lo que refiere a la *formalización* -la organización legal de la empresa, los miembros que la integran-. Intentaremos comprender los desanclajes identitarios involucrados en cada una de estas etapas, que son simultáneamente *resultados* y *condición de posibilidad* de las respuestas que este productor despliega frente a los cambios en el escenario socioproductivo.

En segundo término, referiremos a la instancia de transmisión intergeneracional, también aquí, en un doble registro: el proceso de *formación del heredero* remite a garantizar la continuidad del patrimonio (y con él, del sujeto capaz de perpetuarlo), pero también de la biografía familiar y del linaje.

La relación con la tierra: de soporte identitario a mercancía

³³ Para trabajar sobre la construcción de estos *relatos de familia*, Kaufman retoma la noción freudiana de “novela familiar”, como relato con sentido de verdad *a priori* de todo discernimiento crítico.

³⁴ En un sentido extremo, el par antagónico “ser” - “no ser” –o el “ser más” que requiere de un “ser degradado” que refrende la distinción (Bourdieu, 1985)- se expresan paradigmáticamente en la permanencia vis à vis la salida de la producción directa. Sin embargo, una de las hipótesis desplegadas en el capítulo uno de este trabajo señala la heterogeneización interna de uno de los polos de esa relación, el de quienes siguen siendo productores, los que “son”. Esa permanencia, por un lado, en modo alguno es estática e idéntica respecto del pasado y, por otro, su continuidad futura requiere una atención constante al contexto, y una flexibilidad para adaptarse rápidamente a sus cambios.

Como ya señalamos, a lo largo del trabajo de campo fuimos constatando, una y otra vez, que el punto de partida, el eje rector que organizaba los relatos de nuestros distintos interlocutores era el relato del abuelo inmigrante, que operaba como “relato fundante” tanto de las biografías personales y familiares, como de la biografía social, comunitaria. Especialmente en el comienzo del trabajo de campo, las primeras entrevistas remitían, inexorablemente, a ese “lugar” de legitimación. Resultaba llamativo que, con independencia de la pregunta específica que se formulara respecto de la explotación³⁵, nuestros interlocutores necesitaban “situar” –de allí nuestra metáfora espacial- la respuesta en torno a sus propias jerarquías. Vale decir: no iban a relatarnos lo ocurrido respecto de un bien cualquiera, porque hablar del campo vendido era hablar de sí mismos, y porque para hablar de sí mismos y del valor de ese bien-tierra (un valor no regido por el mercado) era necesario remitirse a la historia familiar.

Si bien esta recuperación del pasado –del mismo modo que con todas las demás variables consideradas a lo largo de este trabajo- no es homóloga en todos los casos, paradójicamente, las distintas decisiones tomadas o cursos de acción elegidos, se fundamentan y legitiman en este relato fundacional³⁶. En contraste con el rol constrictivo que ese pasado y ese relato fundante impusieron a las posibilidades de “hacer” y “decidir” respecto del patrimonio familiar durante el período crítico en el

³⁵ Recordamos que nuestra primera etapa de trabajo de campo se orientó a la reconstrucción de los procesos de endeudamiento, liquidación de unidades y salidas (permanentes o temporarias) de la producción directa. En este sentido, muchas veces las preguntas de apertura podían referir, por ejemplo, al origen de las deudas, al momento de salida, a la caracterización de la unidad liquidada, al modo de gestionarla.

³⁶ Debemos recurrir una vez más al análisis bourdieano para señalar dos cuestiones relevantes para comprender el hecho de que cursos de acción diferentes se legitimen del mismo modo, pues ello podría hacernos temer la circularidad de nuestro argumento: ¿acabaría esta idea del relato fundante por constituir una “caja negra” válida para explicar casi todo con pretensión de autoevidencia? Pues debemos que responder que no a este cuestionamiento: en primer término, Bourdieu señala que “*el principio de las diferencias entre los habitus individuales reside en la singularidad de las trayectorias sociales, a las cuales corresponden series de determinaciones cronológicamente ordenadas e irreductibles las unas a las otras: el habitus que, en función de las experiencias anteriores, estructura en cada momento las experiencias nuevas que afectan a esas estructuras en los límites definidos por su poder de selección, realiza una integración única, dominada por las primeras experiencias, de las experiencias estáticamente comunes a los miembros de una misma clase*” (Bourdieu, 2007: 98). La segunda cuestión, relacionada con la primera, ya ha sido expuesta con anterioridad, por lo que solo reiteramos el énfasis en ella: es el habitus como presencia activa del pasado en el presente lo que se pone de manifiesto en la estructura discursiva anclada en el relato fundante. No sólo está refiriendo al pasado, sino que constituye un alegato sobre el “yo” y sobre los condicionantes del “yo”. El nexo entre ambas cuestiones, entonces, es la producción de un universo de posibilidades ilimitadas (pero “controladas” pues desecha, en apariencia espontáneamente, las opciones “irracionales” o “poco razonables”) cuyo límite son las condiciones socio – históricas en que esa producción se lleva a cabo.

caso de Pepe (capítulo tres), la síntesis específica que produce Omar entre pasado y presente, y fundamentalmente su proyección hacia el futuro, hace que el pasado opere como habilitante de la venta de la propiedad, como estrategia de resguardo del patrimonio familiar, aunque sea bajo nuevas formas. De este modo:

“El campo era de mi papá, te cuento un poquito la historia, mi papá cae a ese campo a los doce años con mi abuelo y arriendan el campo, una parcela, creo que eran cuarenta hectáreas una cosa así, y bueno empiezan a trabajar y compran las cuarenta, compran diez, compran veinte, compran... llegaron a hacer la unidad de doscientos sesenta hectáreas, que a su vez, en esa época todavía las estaba manejando él. Entonces cuando fue noviembre del ‘91 que nos inundamos, que perdimos el trigo, perdimos hacienda, perdimos la soja, o sea, fue un año catastrófico viste... Ahí bueno, te quiero decir, vendamos, paguemos y nos quedamos con algo y vemos que hacemos (...), qué salida te quedaba, no tenías opción, lo que te podía pasar por dentro, sí, pero si vos en frío lo analizabas decías, si lo pierdo. O sea, hoy, hoy es mío en un treinta, cuarenta por ciento, es un veinte, es mío todavía. En este contexto, no me queda nada, entonces, ahí es donde tenés, como se dice plantar el taco y decir bueno, hermano esto... o sea, porque vender ¿quien podría querer vender? Pero si te ponés a pensar que el campo del abuelo o que el toro lo compró mi papá, ahí quedaste afuera, perdiste” (Omar, Entrevista, 2005)

Este proceso de *racionalización* de la relación con la tierra, también redefine *lo transmisible como legado*³⁷ en el pasaje de un modelo en el que la tierra era soporte de las identidades, a otro que sólo la valoriza como mercancía, despojándola de otros sentidos. Nuevamente, aún cuando lo primero que se señala es el carácter heredado de la propiedad y, con ella, de la condición de productor –es la tierra quien los ha heredado a ellos, diría Marx-; el distanciamiento de aquel “relato fundante” y de la afectividad inherente a esa propiedad-herencia resulta necesaria para la permanencia en la actividad.

³⁷ La disolución de la fusión entre ser y hacer, entre la tierra y el sujeto que la trabajaba han sido abordadas en el capítulo dos, pero lo recuperamos aquí para dar cuenta de la redefinición de lo transmisible como legado. En el pasado, era a través de la tierra que operaba la transmisión de patrimonios, en el sentido amplio que ya hemos definido. Se transmitía un capital en tierras –y en menor medida en maquinaria- y, simultáneamente, los saberes y los recursos –el capital social- tendientes a su preservación. En tanto –como dijimos- la historia de la familia estaba *escrita en la tierra*, ella devenía un patrimonio inalienable, de modo que –aún cuando fuera una mercancía negociable en el mercado, estaba en principio excluida de él, pues debía pasar de una generación a otra para garantizar la continuidad del patrimonio, del relato, del nombre.

La *revisión o actualización* reflexiva del legado recibido de las generaciones precedentes, es decir, su adecuación a los requisitos del presente, en una serie de operaciones de reconversión de capitales, emerge como una condición *sine qua non* para “pelear” la persistencia en un contexto en el cual no todos los actores están en condiciones de producir síntesis ‘positivas’.

En el marco de procesos de *destradicionalización* (Giddens, 1997; Beck, 1996) - requisito para la adaptación a las condiciones emergentes y anclaje sobre el que se asienta *lo nuevo*-, la tierra sigue siendo portadora de relaciones sociales, escenario de luchas y continente de sentidos que, sin embargo no son, completamente, los del pasado. El campo tenderá a ser, en lo sucesivo, una mercancía pero también un referente del éxito social, pero ya no sostenido fundamentalmente en la propiedad familiar sino en la gestión empresarial del recurso tierra, que admite diversas formas de control (mediante arrendamientos, asociaciones de diverso tipo, etc.) (Gras y Hernández, 2009; Gras, 2009). Este desanclaje (Giddens, 1993) no sólo permite establecer un sentido de continuidad que posibilita el tránsito hacia nuevas formas de ser y de hacer sino que fundamentalmente, flexibiliza en buena medida el componente normativo que comportaba en el pasado. En las nuevas circunstancias, la herencia tenderá a *inmaterializarse*, de modo que no dependerá de la tierra –de una tierra en particular, digamos- como soporte. Resulta en este sentido iluminador que ninguno de los productores entrevistados desconoció el valor de la tierra como portadora de valores que exceden el *económico*. Sin embargo, todos ellos parecieron *desanclar* tales sentidos *de la tierra heredada*. Vale decir: no es ya *esa* tierra sino *la* tierra la que los porta, y el primer efecto de esta deriva es la ampliación del repertorio de lo posible, junto a la redefinición de jerarquías entre los dos tipos de racionalidades involucradas. En términos más concretos, ese desanclaje es la puerta de acceso a la posibilidad de desprenderse de la propiedad familiar sin que hacerlo implique un desconocimiento de la propia identidad, sin *traicionar el nombre*. Pero lo significativo de este desanclaje es que permite recuperar la historia familiar como soporte de las decisiones de manera que, lejos de constreñir los cursos de acción, opera como habilitante. Ello permite pensar en el desplazamiento progresivo del *campo del abuelo* como marca identitaria hacia *la tierra* en sí misma como portadora del sentido de continuidad identitaria. Vale decir: disociada la biografía familiar de la tierra heredada, el mandato de preservación del patrimonio ya no estará atado a ella. De este modo, si la perpetuación del patrimonio –

fundamentalmente del económico- hiciera necesaria la venta de la tierra heredada, este ya no sería un curso de acción irracional pues patrimonio económico y patrimonio simbólico ya no están subsumidos en el bien-tierra.

Anticiparse a lo que viene

Muchos de nuestros entrevistados, aún los que han iniciado procesos de profesionalización y han redefinido su perfil en un sentido empresarial, se siguen presentando como “chacareros”. El uso de este término, portador de una fuerte carga de sentidos, se inscribe en el conjunto de elementos que operan diluyendo la radicalidad de los cambios, al habilitar una lógica de continuidad con el pasado que permite construir un marco de referencia en el cual ubicarse como sujetos con capacidad de agencia. En efecto, la adaptación que requiere el nuevo contexto constituye todo un desafío que – como planteamos en el capítulo uno- hace que el cambio se convierta en algo completamente novedoso, incluso para sujetos históricamente atentos a él. El nuevo escenario implica una desnaturalización del mundo en el cual interactuaban hasta hace 15 ó 20 años. La profunda redefinición del trabajo -significante que se objetiva en prácticas y sentidos sustantivamente diferentes a los que denotaba en el pasado- obliga a una constante revisión de qué hacer, tensionando lo que, en virtud de la experiencia pasada, espontáneamente harían:

*“la mentalidad nuestra es esa, **tener nuestras propias maquinas en el campo, nuestro... porque ese es el productor...** (...) la mentalidad nuestra es si lo podemos hacer todo nosotros, mejor. Si miramos por ahí como una actividad empresarial que decís que te cierre... si yo tuviera hoy mis doscientas sesenta hectáreas, y pudiera usar mi sembradora, mi fumigadora, mi cosechadora, perfecto, **no lo analizas tanto el punto de vista de si me conviene comprar una sembradora de cien mil pesos para sembrar doscientas hectáreas, no, esa es una cuestión personal, pero acá se transformó en eso, en una cuestión empresarial, de negocio, hubo que erradicar el orgullo de laburar, todo eso... porque no hay forma, un tipo con cien hectáreas no puede comprar una maquina de cuarenta mil dólares**” (Omar, Entrevista, 2005)*

En efecto, en la tensión entre diferentes lógicas, la variable que la eficiencia (encarnada en la terciarización de las labores) desplaza es la del “hacer” aprendido, la de la participación directa en cada una de las tareas que involucra el proceso de producción. Dimensión material y dimensión subjetiva se imbrican mutuamente: en la referencia al “orgullo” que involucraba esa intervención activa en la transformación de la naturaleza, se revela el componente identitario del trabajo, que se constituía en nexo entre el “hacer” y el “ser”. Efectivamente, la tierra *sólo* devenía objetivación de la biografía familiar y cristalización del esfuerzo de los predecesores, mediante el hacer a través del cual se reproducía como *valor -capital y sentido-*. Ello remite, entonces, a un segundo nivel de desanclaje: al de la tierra heredada, debe adicionarse la redefinición del trabajo. Omar explica que *“el productor es trabajo”* y recurre a este argumento para sustentar el veto a determinados cursos de acción. En esa expresión pueden rastrearse, como a lo largo de toda esta conversación, las dificultades que atraviesa en la búsqueda de anclajes válidos para la propia identidad en un escenario que muta velozmente y al que debe adecuarse. Cuando indica que nadie puede decir “yo soy” o “yo hago” determinada cosa, pone en acto, de manera conflictiva y contradictoria, las tensiones entre cierto “ser” –el del “productor”- y cierto hacer asociado a él: el “trabajo” como constructo simbólico acotado a la transformación de la naturaleza mediante el esfuerzo físico.

Algunos diálogos entre padre e hijo a lo largo de la entrevista realizada en 2008 son reveladores de la percepción que tienen de sí mismos, y en ella se visibiliza la condición transicional de su propia posición. En el contraste que proponen entre esta imagen de sí y la de un ‘otro’ -encarnados en los “comerciantes” o los “inversionistas” que comenzaron a adquirir tierras alentados por los altos precios de los commodities- cuya alteridad resulta de su carácter de ‘recién llegado’ a la producción agropecuaria, visibilizan el proceso de reconversión de capitales, la revisión reflexiva del yo en transición puesta en acto: esta ‘otredad’ tiene fronteras que, de modo cada vez más frecuente, tienden a desdibujarse, pues no solo interactúan con ese otro sino que comienzan a compartir algunos rasgos, a reconocerlos en sí mismos.

Este juego de contrastes y acercamientos es además inscripto en un intento de periodización que organiza la experiencia y fija el punto de inflexión en la generación de Omar, dotando de historicidad a los cambios, a los contrastes, a la definición del ‘otro’ y aún al propio devenir:

“Omar: Gran parte de la pérdida de los noventa y un alto porcentaje de esta zona los campos fueron a parar en manos de comerciantes más que de productores. Entonces también está esa mentalidad de fondo. Puede ocurrir eso. O sea que la generación de mi papá eran gringos, vamos a llamarles, y laburaban la tierra. Y hasta mi generación también. Y a partir de ahí, los que fueron haciéndose del campo, son comerciantes. Hay otra mentalidad también metida ahí. O sea, un tipo...un comerciante que te compra una unidad económica agrícola, la encara de otra manera. O sea, la encara a título de “número” más que como lo hacíamos nosotros. Es distinto.

Walter: O sea, no es como un capital que viene de afuera y dice ‘ah, hoy conviene sembrar soja, mañana no conviene, me voy y listo’. Hay un arraigo a la tierra y a la cultura.

*O: Bueno antigua, antigua, **antiguamente creo que estaba más equitativo todo. O sea, porque el productor no es comerciante por naturaleza y mientras el número te cierra bien, tal vez no prestas atención al otro paso. Digamos, vos te dedicas a lo tuyo y producís de la mejor manera posible y tenés tu renta. En este momento, te está faltando la base fundamental que es la rentabilidad. Entonces ¿qué tenés que hacer? Mirar más adelante. Si estás haciendo toda la parte más difícil y costosa y estas dejando en el momento ahí, lo que de ahí en adelante me dejaría una rentabilidad. O sea, llego hasta acá que es el esfuerzo más grande y no hago el resto... Es un paso que tampoco es para cualquiera, en el sentido de lo que es la logística porque vos “produciste” el novillo, lo cargaste, lo llevaste al mercado y terminó tu...cerraste el ciclo ahí. Y lo otro, tenés que llevarlo a un frigorífico, faenarlo, traer la media res, distribuirlo, para lo que necesitas tener gente de confianza. O sea, empezás a necesitar toda otra estructura. O sea, me refiero no es para cualquiera...”** (Walter y Omar, Entrevista, 2008)*

Como “autojustificación” por tamaña hibridación identitaria, se sustentan en un discurso de la necesidad: no hacemos sino lo único que podemos hacer. El veto a la nostalgia que permite desanclar de la tierra heredada la continuidad familiar, no se presenta como *elección* sino como alternativa única frente a un esquema que expulsa a quien no se *aggiorna*. En la medida que la especificidad del “saber hacer” del productor –asociado a los saberes prácticos aprendidos y transmitidos de generación en generación- ya no resulta condición suficiente para “ser”, la flexibilidad para adaptarse rápidamente a los

cambios –y, en lo posible, anticiparse a ellos- deviene un atributo propio de un esquema que ofrece desiguales posibilidades de inserción. Si bien la atención modernizadora no es un atributo novedoso, la incorporación tecnológica, la anticipación estratégica y la detección de nichos de mercado vacantes o emergentes es percibida por los productores como una condición imprescindible no solo para la generación de excedente sino para la permanencia misma en la actividad. El “movimiento” –esta capacidad de adaptación rápida, de anticipación estratégica que se expresa en el cambio entre actividades según las oportunidades y beneficios que ellas ofrecen- es, en las últimas décadas, la marca de la globalización en el agro, y lo que define la posibilidad de “ser productor” -o, antes bien, de “seguir siéndolo”- mucho más que la continuidad (ser tercera generación de productores, por ejemplo) o la experiencia y la especialización productiva (v.g. pertenecer a una “familia de ganaderos”):

“No, no, de hecho yo digamos el panorama lo vi... (...) así que dije vendamos, paguemos y nos quedamos con algo y vemos que hacemos. Y ahí arrancamos con la prestación de servicios, tuvimos que hacer una inversión, digamos, el rubro que activamos en aquel momento hoy se viene decayendo, porque nosotros salimos con la sembradora de siembra directa en el momento que no había, vendíamos nuestro servicio, salimos anterior a eso con los rollos de pasto que tampoco prácticamente había, después salimos con la sembradora, entonces siempre fuimos pegando delante de... De lo que venía. (...) En el dos mil uno se volvió a producir un quiebre para lo que era lo nuestro ¿por qué? Porque enhorabuena todo mejoro y lo que nosotros hacemos ahora hay doscientos mil, entonces ya tenemos que cambiar, por eso te decía, lo mejor es cambiar, o sea, nunca te puedes dedicar, decir yo soy... yo hago esta actividad, tenés que venir a los golpes viendo donde esta el negocio” (Omar, entrevista, 2005)

No es nuestro propósito plantear una contraposición entre un mundo “tradicional/estático” vis à vis un mundo “moderno/dinámico”: hacerlo anularía la complejidad de los procesos que consideramos, recurriendo a una interpretación no solo simplista sino, además, anacrónica. Por el contrario, nuestro análisis refiere a un mundo y a un sujeto históricamente muy dinámicos, de modo que no es *el cambio* lo novedoso sino *las características y la velocidad que asume* en las nuevas circunstancias. Los propios sujetos reconocen el carácter y los comportamientos dinámicos de sus

predecesores, y las tensiones a las que ellos mismos están sometidos por la propia dinámica del proceso de modernización del sector:

*“...nosotros somos una generación, o sea, mi papá fue el primero en llevar esto al lugar, en ver lo que venía..., después nosotros fue una generación que ya agarramos algo hecho, entonces toda esa etapa la obviamos y nos dedicamos a tratar de que eso tuviera más y ya entramos como en un área empresarial...o sea, distinto. Habrá algunos que no, viste, no todos... **pero no te puedes quedar pensando porque el abuelo o que el campo de mi papá, por decirte algo...**” (Omar, entrevista, 2006)*

De allí el recurso a la idea de “movimiento”, que involucra la mirada hacia adelante no “fijada” a un hacer determinado, que permite visualizar tempranamente el escenario venidero y hacerlo antes que otros, además. Esta permanente anticipación / adaptación, es condición para un “seguir siendo” productor que se niega constantemente a sí mismo (pues exige en simultáneo y constantemente “dejar de ser”) y es una dimensión central de la revisión reflexiva del habitus. Como dijimos, este movimiento se desenvuelve en buena medida a ciegas, lo que pone límites a la idea de concepción estratégica³⁸. Es necesario enfatizar esta cuestión, y precizarla: no estamos partiendo de algún tipo de “teoría del actor racional”, y la aparente contradicción entre “reflexividad” y “movimiento intuitivo y a ciegas” se resuelve mediante la consideración profunda de la *tendencia a perseverar en el ser* inscripta en las propiedades del habitus, que *“contiene la solución de las paradojas del sentido objetivo sin intención subjetiva: él se encuentra en el principio de esos ‘golpes’ que se organizan objetivamente como estrategias sin ser el producto de una verdadera intención estratégica. (...) El ajuste a las condiciones objetivas perfecta e inmediatamente logrado proporciona la más completa ilusión de la finalidad o, lo que viene a ser lo mismo, de mecanismo autorregulado”* (Bourdieu, 2007: 100-101)

Esta idea de atención flexible, de adecuación al contexto veloz y activamente, se expresa cabalmente en Omar a través de una serie de decisiones –y los argumentos con las que se legitiman y caracterizan- tomadas en el período entre entrevistas 2006 – 2008.

³⁸ Esto, es claro, desde el punto de vista de las racionalidades económicas no es una especificidad de la producción agropecuaria. Todo movimiento hacia adelante, toda pretensión de anticipación tiene un componente de riesgo que resulta de asumir como supuesto que sustenta las decisiones un cierto devenir que es probable pero no necesario.

En efecto, aunque en 2006 había aseverado que no tenía sentido como inversión ni estaba entre sus expectativas avanzar hacia la comercialización/distribución de su producción, en 2008 –en un escenario completamente distinto al de 2006-, se encuentra avanzando en esa dirección.

*“Bueno, justamente lo que te decía al principio de que la actividad ganadera fundamentalmente está bastante planchada, estamos con la idea –no sé si la vamos a llevar a cabo- de dar un pasito más con el tema de la distribución de la mercadería. No vender el animal en pie, buscar la forma de que lo faene un tercero autorizado por nosotros....o sea, ¿por qué? **Porque nosotros hacemos todo...o sea, vos tenés la tierra, el animal, el tiempo, las amarguras, las alegrías, todo y entregas a una parte intermedia que con todo el derecho –porque todos estamos de alguna manera haciendo algo para ganar un mango- pero se te queda gran parte importante del negocio, que no la percibe ni el productor ni el consumidor. O sea, no es equitativo, con el riesgo económico, climático, sanitario, el tiempo que te lleva producir, maquinarias, herramientas y después en 48hs triplicás la ganancia o cuadruplicás la ganancia de tres años, con una estructura muy pequeña, porque vos lo hacés con un camión al resto. Que está bárbaro, porque ya te digo, todo el mundo tendría que ganar, pero me parece que hay una distorsión ahí”.** (Omar, entrevista, 2008)*

Tanto la idea de transición entre un modo de hacer y otro -y de las condiciones que ese hacer requiere- como que será en la próxima generación en la que se consolide, son puestas de relieve cuando se señala que las competencias requeridas por uno y otro esquema son diferentes de las recibidas por Omar en el aprendizaje con su padre *en el campo*. Sobre esto no tiene dudas: *“para eso están las nuevas generaciones”*. Y cuando lo dice, parece estar diciéndoselo más a Walter que a nosotros. Pero, antes de abordar la cuestión de la transmisión intergeneracional y de la *formación del heredero*, necesitamos caracterizar un poco más acabadamente las transformaciones operadas en otros niveles, que refieren al legado que Walter recibirá: la organización de la explotación bajo parámetros empresariales, lo que no solo refiere a la reconversión del perfil de Omar como productor, sino también a la relación con la tecnología, a la formación de recursos humanos, y a las nuevas lógicas productivas.

Sociedades nuevas: “familiaridad” en reemplazo de “familia”.

Uno de los eslabones fundamentales para comprender el proceso de reconversión a partir del desanclaje de la relación tierra / trabajo / identidad es el progresivo deslizamiento de la centralidad de la confianza -en el marco de relaciones informales- hacia una formalización que puede prescindir de ella, en tanto el garante del cumplimiento de la palabra será la ley. Nos interesa marcar dos dimensiones fundamentales a través de estas sociedades de nuevo tipo para el mundo chacarero: en primer lugar, la progresiva ampliación de posibilidades en torno de la constitución de sociedades que resulta del desanclaje de los vínculos familiares -es decir, sociedades con parientes, como había sido característico-, e incluso de las redes locales. La segunda, tiene que ver con el tránsito hacia la consolidación del perfil empresarial, pero en su objetivación concreta: la “empresa”. También allí el pasaje de cierta “informalidad” -contratos de palabra, fundados en la confianza entre partes- a la constitución de sociedades anónimas o la captación de inversores para determinados proyectos (a través de mecanismos como los fideicomisos), involucra la despersonalización de los vínculos entre los miembros de la sociedad, aún cuando la cara visible de la “empresa” siga siendo la familia, en este caso Omar y su heredero y perpetuador, Walter.

La transición se despliega de modo gradual, diluyendo la profundidad de los cambios que involucra. En efecto, hasta 1997, momento de venta de la propiedad, Omar y su primo gestionaban el campo bajo la forma de una sociedad de palabra, cuyo fundamento principal era la relación de parentesco, de la que se derivaba la confianza mutua. A partir del reingreso, aunque continúan trabajando juntos ya no comparten proporcionalmente responsabilidad, riesgos y beneficios: el primo es, desde entonces, empleado. Esta relación asimétrica entre ambos era preexistente, pero había quedado invisibilizada por el parentesco, naturalizada por la propiedad familiar de la tierra sobre la que operaban.

Si bien el proceso de reconversión tiene sus orígenes en la temprana venta del campo, podría pensarse que el lapso 2005 - 2008 (los tres años que median entre la primera y la última entrevista con Omar) dan cuenta de diferentes momentos hacia la consolidación del perfil empresarial, aún en curso. En efecto, durante la primera entrevista, ya

establecida la primera sociedad por fuera de los vínculos de parentesco -con un empresario al que conoce a través de los italianos que compran el campo de su padre- aún tenía relevancia el mutuo conocimiento y el vínculo de confianza, y en esa medida, la sociedad que constituyen tiene mucho de acuerdo informal. Es muy interesante el modo en que legitima el vínculo con el socio: en tanto señala que “cualquiera de las opciones da ganancia” –y en tal medida se trata de un vínculo económicamente virtuoso, lo que podría ser suficiente como fundamento de la sociedad- enfatiza en el vínculo **casi** familiar que lo une: se hicieron amigos, compartiendo noches de conversaciones mientras esperaban a las hijas adolescentes de ambos que regresaran de sus salidas con amigos. De algún modo, en esa construcción puede rastrearse la idea de desanclaje que habilita el cambio como condición de continuidad: idénticamente a la pérdida de centralidad de la tierra *heredada* respecto de *la tierra* en sí misma como objetivación del pasado familiar, el recurso a vínculos de familiaridad (pero no familiares) opera como fundamento de la asociación con un “recién llegado”, que no es un familiar, o un agente local –y por tanto tampoco hay una historia en común en la cual sostener el vínculo-, ni siquiera es *productor*. Indudablemente, su nuevo “socio” constituye el paradigma de aquello que ha sido denostado por sus pares e incluso por él mismo, la figura del inversor, para quien la producción es una opción más, y no una forma de ser, de hacer y de habitar el mundo –un *destino*, en términos bourdeanos-. Así, familiaridad e informalidad de la sociedad constituyen una primera etapa de esta transición:

“(mi socio) No es productor, es un empresario de Rosario y bueno, ahí arrancamos, no hay contrato ni de servicios, ni de alquiler, no hay contrato de nada, en realidad, lo que hacemos con esa unidad es llevarla a la producción máxima y después pasan estos casos, mira quedo tanto ¿querés aprovecharla? O sea... (...) yo con éste hombre me hice amigo y empezamos a compartir horas y charlas y cuestiones, y de comer, de salir a cenar, nos hicimos amigos y de pronto él tuvo la posibilidad de comprar un pedazo de campo y me dijo bueno cazalo vos, así sencillo (...) pero siempre da ganancias, cualquiera de los sistemas va dando ganancia, que es lo que venimos probando, todo da ganancia, todo, un poquito más o un poquitos menos, pero todo...”

“se presentó, dijo ‘yo sé que un amigo mío compró tu campo’ y empezamos a charlar y ahí... digamos entablamos una amistad como te decía al principio, después la piba de él

*empezó a salir con mi hija, así que nos quedábamos hasta altas horas, hasta las cinco de la mañana que volvían de boliche las dos chicas... (...) entonces nos quedábamos tantas horas que, como quien dice, charlando y charlando armamos una amistad, una amistad, más que amistad, o sea hay... **Un lazo, hoy hay un lazo como de familia, entonces por eso ocurren estas cosas.***” (Omar, Entrevistas, 2005)

En 2006, se avanza hacia una segunda instancia, la de formalización de la sociedad, la de constituir legalmente la empresa, además de estar convocando inversores –lo que él llama una “comisión”- para solventar una expansión significativa en el marco de una sociedad anónima. En esta nueva lógica que ensaya, la anticipación estratégica se completa con la combinación de actividades “seguras”, aunque con menor rentabilidad –la ganadería tradicional- y actividades innovadoras –cría de animales no convencionales –ñandúes, ciervos- con miras a la producción para exportación con incorporación de valor agregado, que constituye una de sus mayores preocupaciones:

“tuvimos que hacer todo un cambio estratégico porque nos habíamos quedado al medio: nosotros comprábamos animales de 100kg, 120, todos chiquito para llevarlo a doscientos y pico, después nos encontramos con ese...con esa brecha viste que... después un amigo compró un carro, empezamos a conformar una especie de sociedad, espero va a estar lista dentro de poco y...empezamos a existir con el objetivo de traer para acá.”

“sí, si pero, seis ciervos voy a tener, seis, y algún machito y ahí vamos a arrancar a ver si se da porque el problema de la zona, son los depredadores humanos que hay, ese es el tema, ellos se que en diciembre, sí, en diciembre me compré dos (ciervos) pero duraron una semana... si... y faltaba alambrado, faltaba... ahora estamos haciendo los alambres. Estoy formando una comisión, o sea, que ahí, conseguimos los inversores y ahí arrancamos... no (tomamos créditos bancarios), porque empecé a conseguir inversores, no se hasta cuando porque ya digamos los capitales empiezan a tener orientaciones... pero todo este tiempo que había capitales ociosos, digamos, donde cuernos ponerlos...o sea, entonces se formó una sociedad que está terminando de constituirse legalmente, una sociedad que es S.A. y hay gente que aporta”

“Los inversores son conocidos, o sea, y acá, bueno,...está constituido durante años una sociedad, ahí puedo confiar y son conocidos y de confianza. Este tiempo lo hemos hecho sin papeles pero estamos (formalizando)” (Omar, Entrevista, 2006)

La consolidación de este proceso avanza en 2008, en el marco de una sociedad ya constituida formalmente en la que Omar gestiona recursos propios, de su socio mayoritario e inversores menores; mientras se orienta a la diversificación “empresarial”, como señalamos anteriormente, hacia la distribución y comercialización del producto.

Flexibilidad, trabajo por objetivos, “incentivos” a la productividad.

La capacitación como inversión.

Entre las demandas que plantea el nuevo esquema productivo en el agro, debe incluirse la incorporación del conocimiento experto y la necesidad de formación de recursos humanos para un uso eficiente de las tecnologías, que *“es inversión, es tiempo, es capacitación, es... un montón de cosas”* (Omar, Entrevista, 2005). Con ella, aparece otro nivel de *gestión* de la empresa, que involucra criterios de selección y formas de reclutamiento del personal, la concepción de la capacitación como inversión y en la que se expresa una nueva arista hacia la consolidación del perfil empresarial del productor. Claramente, el trabajo en las nuevas condiciones requiere un cierto saber -aún rudimentario- para manipular las tecnologías involucradas en las labores; y en esa dirección, adquieren relevancia ciertos rasgos asociados con las características del nuevo modelo a las que ya hemos referido: flexibilidad, polivalencia, adaptabilidad. Capacidad de previsión para minimizar el esfuerzo y el riesgo, construcción del propio puesto de trabajo -hacerse necesario y visible-, y proactividad son atributos de la “personalidad” mucho más valorizados que los saberes que se portan a priori, que la experiencia o, inclusive, la destreza física.

“tenés que formar la gente, tenés que capacitarla, volver a empezar... porque todos son gastos y tiempo, o sea, acá por ejemplo si vos buscabas un tipo para trabajar en tractor o cosechador o fumigador, por ahí lo encontrás, pero para dar de comer la hacienda, hay que dar capacitación, de hecho hay gente que se entusiasma, están

armando pequeños foros de ganadería, habría que poner eso dentro de la escuela técnica, en un salón, y poner gente para hacer capacitaciones”

“Estuve en un par de reuniones de ese foro... lo que pasa cada vez que se hace acá no es tan fácil, participan todos porque justamente nos encontramos con ese problema, un montón de gente, entonces, vos decís, bueno, doy la posibilidad de capacitar el chico que tiene la posibilidad de capacitarse, así puede pasar a la ganadería”

*“Íbamos a la bolsa de comercio, pagábamos los cursos, había un curso y de ahí lo trajimos al personal, que tiene inquietud, que quiere ir al curso, yo, no hay problema, el tema que de hecho no hay mucho. **Teníamos chicos de 19 años y uno de 26, o sea, para que uno los pueda adaptar. Una persona mayor que tiene 53, 54 años por más que exista esto no salen de lo suyo, no se adaptan, o sea, es una gran persona, pero digamos, creo que a todos nos va a pasar, tenemos que darle tiempo para adaptarse. De hecho a mí me está ocurriendo porque las capacitaciones, la información, todo esto se empieza a ir para adelante, y bue, y entonces con esta persona pasa eso que, tal cosa, si, si, todo, le explicas, le explicas pero hace todo a su manera, en cambio los chicos es más fácil adaptarlos, de hecho ves como ocurre...**” (Omar, Entrevista, 2006)*

El que se preocupa gana más

Dado el carácter sumamente reciente de las transformaciones relacionadas con la lógica empresarial y los mecanismos de gestión, resulta sugerente encontrar prácticas asociadas, en el capitalismo posfordista, al trabajo descentralizado y flexible: incentivos a la productividad, trabajo por objetivos, competitividad. Probablemente sean estos rasgos la huella de las capacitaciones orientadas, más que a la incorporación y uso eficiente de tecnología, al desarrollo de la racionalidad a esta asociada. De este modo, incorporación de nuevas tecnologías no solo organiza los procesos de producción sino que, a la par, moldea las subjetividades que ella requiere:

“O: Yo lo que veo en el empleado común o sea, no profesional, primero no es que te llueven ofrecimientos de trabajo: vos necesitás a alguien y lo tenés que salir a buscar y te cuesta encontrar; capacitado, no hay. O sea, que vos digas con experiencia como

para entregarle el rodeo de cría que está a punto de parir, no... todo medio que lo tenés que hacer. Y después, no sé a raíz de qué, vos ves que falta...

W: Entusiasmo...

O: Claro como que decíamos antes “te ponés la camiseta” en lo que vos hacés. O sea, lo hacen por una mera cuestión...De necesidad...no lo hacen por entusiasmo. Están pendientes el sábado a que lleguen las doce del mediodía y del uno al cinco, que es la fecha de cobro. Después tenés que estar vos siempre atrás, porque no te atienden a los animales como debe ser...o sea, falta esa...

W: Y no es que no hay entusiasmo económico, porque el que se preocupa gana más.

O: Sí, sí. Adoptamos esa modalidad: el que se destaca y que te demuestra interés...lo incentivamos. Nosotros tenemos esa modalidad. Vos en cinco empleados, tenés distintas capacidades, formas de pensar y formas de actuar. Entonces, si el que te responde y que te hace las cosas bien, no puede ganar lo mismo que el que no le interesa nada. Yo lo hago muy abiertamente: a vos te lo damos porque vos hiciste tal cosa. Nosotros tenemos diferencias de hasta \$400 en los sueldos, que no es mucho pero digamos... Nuestro salario mínimo está 998, digamos, lo que era del básico... Y eso por supuesto, pagándole los feriados e incentivando al que se preocupa y empezamos a notar... Está funcionando. Nosotros tenemos de cinco, uno que le empezó a gustar y...No es que necesariamente...tenés que poner el hombro en el campo. O sea, en el campo la previsión es fundamental. Esa es la parte más...o sea, si vos viste una puerta rota...Atala y no dejés que mañana todos esos animales estén mezclados. ¿Me entendés? O sea, no es necesariamente trabajar, sino estar atento a aquellas cosas que pueden ocurrir. Eso es elemental. (Omar y Walter, Entrevista, 2008)

La continuidad intergeneracional.

Hasta aquí, caracterizamos tres elementos de este proceso de recomposición en el marco de una lógica productiva con requisitos novedosos: por un lado, el desanclaje de la relación tierra/trabajo/identidad; por otro, la tendencia hacia un perfil empresarial y, en tercer lugar, los cambios en la empresa: la ampliación del espectro de lo posible en términos de la constitución de sociedades -donde lo legal adquiere una relevancia mayor que la confianza o el parentesco- en simultáneo con la progresiva impersonalización de las relaciones entre quienes participan de ella, se trate de socios o asalariados.

Pero, además, en la medida en que la díada tierra/trabajo pierde su carácter de soporte identitario, deja en consecuencia de ser el teatro de operaciones en el que se desenvuelve la transmisión intergeneracional *en el hacer*. El desanclaje de la relación con la tierra involucra una progresiva *inmaterialización de la herencia*, con la que aludimos a una multiplicidad de dimensiones complejamente imbricadas. Entre ellas, la transformación de las opciones educativas de los más jóvenes adquiere central relevancia, y está estrechamente vinculada con la merma en la demanda de mano de obra en la explotación familiar; y con las nuevas competencias que demanda el modelo como condición de permanencia. La transformación es múltiple: son otros los saberes, son otros los lugares, son otros los sujetos de la transmisión y de lo transmitido. Hay un desplazamiento del campo a las instituciones de educación formal, del padre al docente, del saber práctico al saber experto. La inmaterialización del legado se vincula a la consolidación de una racionalidad estratégica sumamente atenta a los requisitos de una *sociedad del conocimiento* a la que los mundos agrarios no son, en absoluto, ajenos; y se expresa acabadamente en la reflexión que comienza a esbozarse entre algunos de nuestros entrevistados: *'hoy la mejor herencia que podés dejarle a tus hijos es un postgrado, más que cierta cantidad de hectáreas'* (Omar, Entrevista, 2006).

El nuevo universo productivo exige nuevos saberes -'profesionales', 'expertos'- saberes competitivos en revisión constante. Las transformaciones del sistema les demandan a los productores abandonar antiguos modos de practicar su *métier*, profesionalizarse. Entendemos por *métier* aquellos saberes preponderantemente prácticos, aprendidos de "los mayores" en el hacer cotidiano, y asociados más a una racionalidad sustantiva que a una racionalidad formal. Estos saberes prácticos sedimentados –por su repetición, por su eficacia a través del tiempo- van dejando –no sin tensiones- lugar a un saber especializado, profesional y fundamentalmente, con estatus "científico". Los saberes expertos van ocupando los espacios de los saberes prácticos. El lugar de los mayores y *la voz de la experiencia* van perdiendo relevancia frente a la que adquieren los técnicos y *la voz de la ciencia* (Manildo y Muzlera, 2007). En la misma línea, también parecen estar en proceso de cambio los roles que asumen los hijos. A medida que el valor de la educación formal y superior va ganando importancia y que el requerimiento de trabajo físico en la explotación va disminuyendo, aumenta el número de hijos que se desvinculan de la explotación, y de manera concurrente, su migración a las ciudades

cercanas para cursar carreras universitarias. De todos modos, es dable sostener que los estudios superiores de los hijos –especialmente de los hijos varones- forman parte de la estrategia de adaptación a los nuevos requisitos del modelo. En algunos casos se espera que los hijos sean quienes –en el futuro- continúen con la explotación, pero desde un lugar más “profesional” y menos práctico. El oficio aprendido de los padres durante el proceso de trabajo va dejando lugar a estos saberes profesionales, aprendidos mediante el tránsito por el sistema de educación formal, antes que a través de la transmisión práctica de saberes en el hacer cotidiano en la explotación. De este modo, aunque las nuevas generaciones no participan ya de los mecanismos de transmisión de conocimiento empírico desplegados por las generaciones anteriores, es dable pensar que las estrategias educativas de los más jóvenes constituyen nuevas formas de continuidad intergeneracional y de transmisión patrimonial.

Así, la continuidad intergeneracional –como sentido subjetivo y como objetivación en prácticas- refiere a la pervivencia de un cierto tipo de sujeto social y de un modo de producción que, bajo nuevas circunstancias, redefine su “oficio”, profesionalizándolo; pero refiere, también, a la perpetuación de la biografía familiar, proyectándola hacia el futuro. Vale decir que en ella deben buscarse las permanencias sobre las cuales se asienta el cambio, para comprender cómo el despliegue de la dinámica cambio / continuidad - plagado de tensiones y contradicciones - resulta posible sin que implique un quiebre biográfico. Nos interesa en particular distinguir dos niveles que atraviesan tanto a la dimensión biográfica como a la dimensión estructural: por un lado, la cuestión de la continuidad material -la formación del *heredero* capaz de perpetuar una *herencia* que ya no es idéntica de la recibida por sus predecesores, y que requiere por tanto de otros recursos que los recibidos y actuados por ellos³⁹- y, por otro, la construcción del *sentimiento de continuidad*, que refiere a la dimensión identitaria, subjetiva. En el límite entre una y otra, dialogando una vez más con P. Bourdieu, nos preguntamos si es posible desligarse, en las nuevas condiciones, del *destino* asociado a la herencia sin que ello implique la renuncia a *la herencia*; o si apenas ese destino, otrora anclado a la tierra y al trabajo físico como medio de reproducción del patrimonio -en sentido amplio-, asume ahora formas menos visibles. La incorporación de tecnologías que libera mano de obra amplía el registro de opciones entre las que los más jóvenes pueden optar. Pero,

³⁹ Sobre la herencia y los mecanismos / arreglos familiares en torno a ella, puede verse Muzlera, J. (2008)

sin embargo, la administración y la gestión de la empresa y las tecnologías requieren de una formación específica no transmitida en el pasado: hemos visto el proceso de adquisición de algunos de estos saberes, casi “a tuestas”, de manera rudimentaria y a través de circuitos menos institucionalizados -foros, comisiones-, en el caso de Omar. Walter, en cambio, inició su trayectoria de adquisición de este patrimonio específico -capital cultural- en un circuito de transmisión completamente diferente, el de la educación formal, legitimado por el Estado como aval de los créditos académicos, pero fundamentalmente por el carácter “científico” del saber allí transmitido. Pero la pregunta permanece, esta “opción” por cursos de acción diferentes, ¿constituye realmente una instancia liberadora en relación con la trayectoria inscripta en el patrimonio que recibirá, en tanto *es* parte sustantiva de ese patrimonio? Como veremos, los sentidos de los que se dota a esta ruptura de los mecanismos de transmisión no está exenta, en las percepciones, de profundas contradicciones, idénticamente a lo que ocurría en el pasado con la ligazón a la tierra: a veces, se presenta como “vocación” -es decir, la *elección* despojada de sus condiciones de posibilidad, es decir, la pura agencia y voluntad, el *gusto*-, y otras, como única alternativa posible. Consideramos esta oscilación argumentativa, analíticamente, como un observable del proceso de histéresis del habitus, su reacomodación en proceso a las nuevas estructuras que configuran el repertorio de lo posible. En la misma dirección, es en los matices donde podemos rastrear esa recomposición: el componente “imperativo” de las decisiones –“hacer lo único que se podía hacer”- está mucho más explicitado en las primeras entrevistas, en las que la experiencia de la crisis es muy reciente y en las que la nueva posición en el escenario productivo local es muy endeble aún –apenas están consolidándose como arrendatarios luego del período como prestadores de servicios como actividad principal- que en las últimas, consolidados ya como productores *aggiornados*, recuperada la condición de propietarios y con un porvenir objetivo ajustado a esa posición.

En efecto, Walter afirma que desde pequeño *anunció* que estudiaría ingeniería mecánica, con el estímulo de toda la familia, *pero* agrega que tanto la certeza como el acompañamiento familiar de la decisión estuvieron en estrecha relación con el contexto: en los años '90, la continuidad de la empresa familiar no estaba garantizada, y entonces la alternativa de la formación profesional constituía una inversión, y por sobre todas las cosas una herencia *inmaterial*, no anclada a la tierra. El “relato fundante” del abuelo se resignifica, el esfuerzo físico como valor sustantivo y como motor del progreso que

signa la trayectoria familiar ya no es objetivamente necesario, pues ha sido reemplazado por las nuevas tecnologías. El ajuste que produce el habitus entre el universo de probables y el de los posibles tiende a invisibilizar los condicionantes, dejando en la superficie la percepción como “deseo” (Bourdieu, 2007). De este modo, el esfuerzo físico ya no será parámetro de lo deseable, objetivación del oficio y de la condición de “buen productor”, y se resignifica como fundamento del cambio. El “heredero” para seguir siendo tal *debe* iniciar un derrotero diferente del de los predecesores:

“W: No, no querían que esté en el campo como mi abuelo, como toda la familia, siempre me dijeron primero estudiá. Y después vemos. Mi abuelo quería que yo siempre llegara hasta universitario. Siempre apostaron a que yo esté estudiando. En la época de los noventa me decía, ‘vos no te preocupes que nosotros vamos a trabajar y vos estudiá’. Y no sé, siempre mi abuelo me apoyó. Y él también (al padre). Quizás ellos querían un futuro mejor para mí porque vieron que en el campo a lo mejor no tenían participación.”

O: Claro. O sea vos veías que caía y caía y bueno... ahí estaba la cosa. Total, para volver, es todos los días, no tenés problemas.” (Omar y Walter, Entrevista, 2008)

Así, los estudios universitarios son presentados como un *pivote* entre un dentro / fuera de la producción agropecuaria, en el que profesión y empresa constituyen alternativas entre la continuidad y la alternativa laboral. Sea ello desde la gestión de la empresa aggiornada, desde la inserción laboral en las industrias vinculadas a la producción de tecnologías agropecuarias, rama a la que se orienta la carrera elegida y en la que desea especializarse, y que por lo tanto “*igual tiene que ver con el campo*” (Walter, Entrevista, 2008) o, en última instancia, fuera de toda conexión con el mundo agrario.

Es sumamente importante el cambio de registro entre las entrevistas de 2005 y las de 2008. En las primeras, hay todavía una representación de la carrera universitaria como *reaseguro* ante una “salida” de la producción que constituye un horizonte posible, en la cual se conjuga la idea de que el hijo debe estudiar *para continuar con la empresa familiar* con la falta de certezas respecto de su continuidad. En estas primeras entrevistas, son todavía frecuentes expresiones como “*si tuviera mis doscientas sesenta hectáreas haría...*”, en referencia a la tierra vendida en los '90, casi como “*destino perdido*”, desde la condición de contratista que Omar transitaba entonces. No hay esa

duda en la entrevista de 2008: desde una posición consolidada, las fluctuaciones en el contexto pueden afectar la rentabilidad de la empresa, pero no parece poner en duda su pervivencia. Es entonces cuando la duda respecto de la continuidad material e intergeneracional cede el paso a la certeza: independientemente de la forma en que lo haga *“Mi hijo va a trabajar en lo mío”* (Omar, entrevista, 2008).

La transición en los mecanismos de transmisión, junto con la ampliación de los horizontes de lo posible, reconocen diferentes momentos; los procesos de migración del campo al pueblo para que los hijos puedan continuar estudios secundarios comienzan a tener lugar en las décadas precedentes. La subsiguiente migración a la ciudad para iniciar estudios superiores, forma parte sustantiva del cambio.

“A mí me gusta acá...o sea, las escuelas de campo se vienen cerrando, no era lo mismo una escuela de campo que una escuela de pueblo para chicos, si bien te enseñaban pero siempre era la escuela de campo, siempre éramos 4, 5, la incursión en la sociedad era distinta, cuando había que ir al pueblo por algún motivo te sentías...(perdido) Entonces vos ibas a la conveniencia, había un montón de factores que hacían al pueblo...llevarlos a la mañana, volver a buscarlos al mediodía... por otro lado...la luz eléctrica, o sea, un montón de cuestiones que te gustaban, y bueno, nada que ver, en el campo había vela, venías acá y tenías la luz, teléfono, o sea, un montón de cuestiones que hacían que...pero hoy por hoy, o sea, a mí siempre me gustó el campo, lo que pasa que, hoy por hoy, podés tener luz, teléfono, computación, internet, o sea que es lo mismo... a partir de ahí fue todo laburo y laburo; esas cositas son pequeñas con respecto a una carrera de ingeniería, esa era la meta: que los chicos siguieran estudiando”. (Omar, entrevista, 2006)

Pero esta ampliación de horizontes les planteó también un riesgo: con ella, se amplía el abanico de lo *elegible*, y es allí donde la estrategia de continuidad podría, en sus percepciones, acabar por poner en riesgo... la continuidad.

“corrimos el riesgo cuando nos vinimos del campo, o sea, queríamos que ellos estén dentro de la sociedad, entonces corrés el riesgo, pero si estudias en la escuela de campo que te enseña a criar chanco o criar oveja, estudiar un poco y nada más, viste. Ahora vos los pusiste en otro lugar, corrés el riesgo, pero bue... Hay que hacer lo que

le gusta. Siempre querés que tu hijo este mejor que yo, entonces venimos aflojando, hoy los chicos son independientes desde los 4 años, entonces... me parece que se está transformando en un gran problema cultural, o sea, arrancar desde abajo, formándolo, la cultura del abuelo, vas a trabajar. Laburar, laburar, laburar... hoy la cultura del laburo se perdió, hay que formarla, se nos está yendo de las manos. Mi hijo igual va a trabajar en lo mío, la ingeniería mecánica es muy amplia. (Omar, entrevista, 2006)

Es allí donde creemos posible volver a plantear la pregunta de origen, ¿hasta dónde realmente se amplían los límites de lo elegible? ¿Es tal el *riesgo* que involucra esa ampliación o simplemente, como dijimos, se invisibilizan los imperativos fácticos y las expectativas depositadas sobre la nueva generación respecto del sendero de reconversión exitosa iniciado por los predecesores, dejando a la vista solo la *apariencia* de la elección? Mucho más concretamente, ¿podría “la vocación” de Walter haberse orientado hacia el diseño gráfico, como su hermana? Creemos que las disposiciones incorporadas por el heredero constriñen significativamente aquello en apariencia plenamente posible. Sin embargo, la sensación de *haber corrido un riesgo* evidencia el carácter no planificado de esa constricción, que no opera desde la voluntad o la conciencia, sino desde estructuras mucho más profundas, puesto que “*la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada*” (Ginzburg, 2001: 22).

La vocación y la crisis.

Como dijimos, tanto la migración al pueblo -previa a la venta del campo- como la coyuntura crítica de los años '90 son sustantivos en la configuración de los horizontes de lo posible. En el relato que padre e hijo construyen en simultáneo se revela una y otra vez la tensión entre lo elegido y el imperativo impuesto por la necesidad, y es allí donde se hace comprensible la intuición de que, de un modo que dista de ser planificado y reflexivo, se está produciendo un cambio estructural:

“Walter: Lo que pasa es que me crié ahí y todo lo que tiene que ver con el campo, a uno siempre lo “llama”. A mí me gustan todas las actividades, ya sea desde los animales hasta sembrar una planta.

Omar: O sea, él eligió lo que en aquél momento había que hacer.

*W: Igualmente yo siempre estuve vinculado porque... siempre tuvo maquinarias y siempre en los fierros estuve desde chiquito. Entonces cuando me dediqué a estudiar técnico mecánico, tenía una relación. Y después cuando estudié ingeniería mecánica, estuve con los fierros. **Él se dedicó también a arreglar las máquinas y esas cosas. Veía que llevaba un repuesto al tornero y entonces por eso estudié tornería también. Entonces por ahí viene la cosa.***

O: Es que en los '90 había incertidumbre... él sale a estudiar por una cuestión de necesidad o de incertidumbre como vos decís...

W: Sí, yo veía en ese entonces él siempre decía: vamos a comprar la máquina, vamos a cosechar, tenemos que comprar la máquina, mejorar la máquina, el tractor...y siempre estábamos en el mismo lugar...Yo veía que se trabajaba y se ponía el “lomo” para salir hecho o para atrás. Me quedaba grabado que trabajábamos todos los veranos para, no sé, para pagar los sueldos...

O: O sea vos veías que caía y caía y bueno...ahí estaba la cosa. Siempre pensando en...

W: Sí, en mejorar...

O: En mejorarse no...

W: A veces, sí, tiene que ver la renta económica, pero es más por lo que uno quiere hacer. (Omar y Walter, Entrevista, 2008)

En efecto, la coyuntura es uno de los elementos constitutivos de una “elección” desplegada desde cierta posición en el espacio social y en la estructura de clase que se desea preservar y consolidar. En tal sentido, refiere a una trayectoria y a una memoria pasadas que constituyen sus determinantes, pero también sus cimientos. Claramente, la idea de continuidad no refiere a la perpetuación idéntica a sí misma del pasado. Por el contrario, cuando planteamos el distanciamiento reflexivo del habitus como condición de permanencia bajo nuevas circunstancias, referimos a una adecuación activa en la que, simultáneamente, se actualiza el acervo de saberes y prácticas, buscando nuevos anclajes para los mecanismos de identificación y la producción de un sentido de pertenencia.

Así, la trayectoria educativa de Walter ha sido diferente a la de la generación de sus padres: sus aprendizajes no se han desplegado en el campo, junto a su padre como principal transmisor del acervo de un conocimiento eminentemente práctico, sino que su

escenario han sido las instituciones de educación formal. Sin embargo, en la búsqueda del sentido de continuidad, si ya no puede reconocer *como fuente del saber* a la transmisión intergeneracional práctica, la sitúa como *origen de la vocación*. En otras palabras: dijimos antes que la transmisión, lo transmitido y las formas de hacerlo se han desplazado, sin embargo, cierto hacer práctico entre padre e hijo se mantiene como instancia “fundacional”. De ese modo, la elección del sistema de educación formal como espacio de transmisión / adquisición no solo no es percibida como “ruptura” sino, por el contrario, como continuidad y como perpetuación del patrimonio familiar y del linaje *bajo nuevas formas*, pero conservando su sentido, el vínculo con el pasado y además, el componente de saberes prácticos que permiten -aunque sea como “colaboración” esporádica- mantener aquellas prácticas que, en las nuevas circunstancias, perviven:

“Bueno la primera vez que manejé un tractor que justo estábamos arando...Me dijo, “vamos que te enseñe a manejar” y yo creo que tenía nueve años. Y se bajó del tractor “ya está, ya aprendiste” y se fue a tomar mate. Creo que tenía nueve años. Me acuerdo del tractor, del arado, mi primo y yo. Que después no me bajé. Me querían relevar –que es cuando cambian el tractorista- y eran las cuatro de la tarde y mi abuela “que la leche, que la leche” y yo no me bajaba. Estuve hasta las siete de la tarde ese día. Desde las dos de la tarde que me subí hasta las siete. Y bueno, ahí aprendí a manejar”

“En sexto grado de la primaria dije que iba a estudiar técnico mecánico. Y en primer año dije de la secundaria dije que iba a profundizarlo y dije que iba a ser ingeniero. Cueste lo que cueste: sesenta kilómetros para allá y para volver, viví lejos de mi familia desde los doce años pero... (...) Después o sea, yo estudiaba en la agro (la escuela aerotécnica) y toda la semana allá...hubo épocas que vos me esperabas ¿te acordás? Que yo venía el viernes en el auto con el colchón, todo. Justo terminaban las clases y era la época de cosechar el trigo y venía con el colchón y el televisor y él me esperaba siempre con el tractor para cosechar. Sí, siempre estuve pero no de lunes a lunes. Porque el campo es de Lunes a Lunes. Pero los fines de semana, las vacaciones...y no todas las vacaciones. También tenía mi lugar para ir a la pileta, no te voy a decir...pero cuando medianamente me precisaba y él me decía “¿podés ir?”, ¡voy! (Walter, entrevista, 2008).

Resulta muy significativa la forma en que Walter intenta articular una serie de elementos que entraman su propia biografía con el relato familiar extenso, buscando construir una continuidad entre una y otro que no se sostiene en la identidad respecto del pasado: el momento fundante del “descubrimiento” del tractor junto a su padre, y con él, de una “vocación” que no tendrá al campo sino a la universidad (y probablemente a la industria después) como escenario; el contexto crítico en que tal descubrimiento se realiza, la preservación de un acervo de saberes prácticos aunque sea solo como “colaboración” (¿Cómo ritual?) en los regresos de fin de semana. Por último, hay una conexión que proyecta el pasado hacia el futuro y refuerza la idea de continuidad en el relato de Walter: la procedencia de una familia de productores es presentada como un plus de saber práctico que le permitirá dar respuesta -en su desempeño profesional- a necesidades que, como tal, conoce mejor que otros. Ese laberinto constituye el primer intento de organización de la biografía en un relato -de *explicarse* a sí mismo- y es desplegado “en acto”, lo que se percibe en más de una oportunidad, en el modo en que asocia acontecimientos, en la sorpresa que le produce “descubrir” nexos entre ellos -por ejemplo, el párrafo ya citado donde asocia la primera vez que se subió a un tractor tanto con el momento de adquisición de un saber práctico, concreto, como con el descubrimiento de su vocación- y también en los cambios de interlocutor, en los que deja de dialogar con quienes lo entrevistan para hablarle a su padre, y comienzan a construir juntos el argumento. No solo recurre a Omar cuando necesita la precisión de un dato o un recuerdo, sino, fundamentalmente, cuando comienza a intentar fundamentar o dotar de un sentido determinado a ese recuerdo o acontecimiento.

El intento de establecer nexos entre la propia biografía y el relato familiar, requiere la apropiación, por parte de los herederos, de las disposiciones y de los marcos -en el sentido goffmaniano del término- que permitan la percepción y el ‘uso’ de la herencia inmaterial como capital. Esta condición, si se satisface, naturaliza los condicionantes haciendo solo visible la agencia: las “elecciones”, el hacer “lo que me gusta”. En este proceso de naturalización, además, el heredero se apropia de las expectativas depositadas en él:

“¿te imaginas una vez graduado siguiendo estudios de postgrado?”

W: *Sí, sí. Me gusta. Y tengo muchísimas cosas como para perfeccionarme. También me faltan idiomas. Yo creo que eso va a ser... limitante si no lo hago. Pero yo creo que esa es una meta que me falta. Y el postgrado surge a medida que vas avanzando...yo creo que en mi rubro hay un montón*". (Walter, entrevista, 2008)

Así, esta afirmación constituye el correlato de la afirmación de Omar, el padre, cuando plantea que *"lo mejor que podés dejarles es un postgrado"*; presentada como *deseo*, pero también como el reconocimiento en tanto capital de esa perspectiva. Pero debemos incorporar otra dimensión sumamente significativa: será la palabra del experto, en desmedro de la voz paterna, la que oriente y guíe en las opciones profesionales y educativas; última instancia del desplazamiento de la transmisión:

"Nosotros tenemos materias básicas que le llamamos nosotros y a partir del tercero y cuarto año en adelante, tenemos materias específicas. Y los profesores que tenemos dan clases pero a su vez tienen su industria o trabajan en relación de dependencia y tienen su trabajo. Y ellos impulsan mucho. Los viernes tenemos profesores que nos dan esa materia, entonces nos dan la experiencia y a la vez nos dicen lo que nos falta a nosotros. Entonces al ver qué nos falta, tenemos que hacer un postgrado, lógicamente. No nos va a quedar otra. O sea, los mismos profesores nos alientan a eso. Nos dicen "hacé esto porque es lo que te va a servir". Hoy en día no es el mismo ingeniero que el de antes." (Walter, entrevista, 2008)

Como si necesitara *matizar* el peso de la afirmación en la que relativiza al padre como voz de autoridad y referente a la hora de tomar decisiones que involucran su destino profesional, Walter intentará enfatizar una y otra vez que esta serie de operaciones son una elección, sí, pero también parte de la estrategia de continuidad. En efecto, como señala Bourdieu, *"la herencia exitosa es un asesinato del padre cumplido ante su conminación, una superación del padre destinada a conservarlo, a conservar su 'proyecto' de superación"* (Bourdieu, 1999: 444), y ello parece atravesar el diálogo intergeneracional, no solo en acto sino en este intento de traducción en relato de la experiencia, desplegado de manera conjunta a lo largo de nuestra entrevista. Cuando se plantean a Walter las dificultades que puede comportar hacerse cargo de la empresa familiar, congeniando el campo con la profesión elegida, responde rápida y enfáticamente que no cree que sea así y nos recuerda la orientación elegida: *"No,*

porque me quiero dedicar a hacer sembradoras... El ingeniero argentino va a parar ahí, a la agroindustria. Generalmente". Omar, satisfecho con la reafirmación de la certeza de que, de un modo u otro, su hijo va a trabajar en lo suyo -tal su propia expresión- señala que su hijo puede combinar la profesión con la gestión de la empresa sin estar directamente involucrado en las tareas manuales o cotidianas, porque para eso, precisamente, él se ha dedicado a formar recursos humanos mediante la inversión en capacitación. Pero, en una nueva vuelta del laberinto de asociaciones contradictorias en apariencia, vuelven a enfatizar, padre e hijo, la voluntad de que este siga siendo lo que, de hecho, ya no será:

"W: Yo no sé si será en general lo que a mí me pasa, pero uno lo vio de chico y lo integró. O sea, le quedó un arraigo. Será que me gusta la naturaleza. O sea, es de uno también. Más allá de que uno eligió otra cosa también.

O: Claro, hubiese sido más fácil no seguir la facultad y a lo mejor ya estaría...

W: Sí, ya abocado directamente al campo...pero siempre eh, siempre tuve esa inquietud con el estudio. Estar un poquito más capacitado en ese sentido. Igual, siempre charlamos, qué se yo... ¿y, llovió?, ¿nació algún animal?, siempre que vengo pregunto..." (Omar y Walter, Entrevista, 2008)

La redefinición de la idea de trabajo, disociada del esfuerzo físico en tanto "hacer" que definía el "ser" productor hace más compleja, para la familia de Walter, la inscripción en el relato familiar de una trayectoria sustantivamente diferente de la de sus predecesores. Por ello requiere de mediaciones para establecer su pertenencia al linaje y la voluntad de perpetuación del patrimonio familiar. Este movimiento elíptico se ancla en la *vocación* y en sus orígenes vinculados a la historia familiar, en el aprendizaje en el campo. En tal sentido, debemos recordar que la *relación realista con los posibles* constituye una *"disposición que incluye la referencia a sus condiciones (sociales) de adquisición y realización, tiende a ajustarse a las probabilidades de la satisfacción de la necesidad o del deseo, inclinando a vivir 'según su gusto', es decir, 'conforme a su condición'" (Bourdieu, 2007: 105).*⁴⁰

⁴⁰ Bourdieu desarrolla extensamente la cuestión de la relación entre mundo de los probables y mundo de los posibles en "El sentido práctico". Al respecto, Bourdieu sostiene que *"la relación práctica que un agente particular mantiene con el porvenir que comanda su práctica presente se define en la relación entre, por una parte, su habitus y en particular ciertas estructuras temporales y disposiciones con respecto al porvenir que se han constituido en la duración de una relación particular con un universo*

Aún cuando nuestro análisis ha atendido a la fuerza de los condicionantes, no ha sido nuestra intención presentar el habitus como ‘estructura cerrada’ que organiza mecánicamente la experiencia subjetiva. De allí nuestro énfasis en señalar el modo en que los condicionantes estructurales crean una “jaula flexible” dentro de la cual los sujetos realizan síntesis particulares de las disposiciones que los producen y que son reproducidas por ellos. Especialmente en la trayectoria de Walter, tal como la hemos narrado, hay intersticios del proceso de recreación activa del pasado en su proyección, personal y subjetiva, hacia el futuro. El laberinto subjetivo en que Walter se mueve –que se expresa en sus elipses discursivas- despliega el movimiento en que intenta acercarse a las experiencias del pasado desde cierto extrañamiento del mundo que narran sus predecesores, intentando ejercer una libertad activa de selección, *aún* reconociendo el mandato que lo rige en tanto *heredero*. Como sugiere Jelin, mediante este extrañamiento / acercamiento a la propia historia, Walter se ensaya –se produce- a sí mismo “*como un ‘otro’ diferente dispuesto a dialogar más que a re-presentar a través de la identificación. En cuanto se incorpora el nivel de la subjetividad no hay manera de obturar reinterpretaciones, resignificaciones, relecturas. La misma historia, la misma verdad, cobra sentidos diversos en contextos diferentes. Y la sucesión de cohortes o generaciones implica, irremediamente, la creación de nuevos contextos*” (Jelin, 2002: 126). Nos parece que solo teniendo en cuenta esta advertencia, que ha permanecido subyacente en todo nuestro análisis, podemos comprender en toda su complejidad el diálogo intergeneracional del que hemos pretendido dar cuenta.

Rituales y sentido de continuidad.

Hay otro plano en el que podemos rastrear la dinámica cambio / continuidad, que articula las dinámicas familiares con las dinámicas sociales y que opera contribuyendo a

particular de probables, y por otra parte un estado determinado de las probabilidades que el mundo social le asigna objetivamente. (...) Matriz generadora de de respuestas adaptadas de antemano a todas las condiciones objetivas idénticas u homólogas a las condiciones (pasadas) de su producción, el habitus se determina en función de un porvenir probable que él anticipa y que contribuye a hacer sobrevivir porque lo dice en el presente del mundo presunto, el único que puede conocer.” Su análisis ha resultado sumamente fructífero para iluminar las relaciones entre pasado y futuro en la dinámica intergeneracional; así como la ‘posibilidad objetiva’ investida como ‘vocación’ (deseo), y el sentido profundo que ella asume, trascendiendo la constitución de una identidad profesional, entre los hijos de productores que continúan en actividad en un contexto de cambios estructurales.

la sutura entre pasado y futuro en una instancia transicional. Este “*no reside tanto en la intencionalidad de los actores, sino en el registro de aprendizajes y restos, prácticas y orientaciones que ‘están allí’.* (...) *Son los aprendizajes implícitos, pero también las repeticiones ritualizadas, las nostalgias e idealizaciones, las rupturas y fisuras, los retazos y sobras de distinto tipo*” (Jelin, 2002: 131).

Para dar cuenta de la dimensión de los rituales y ritualizaciones, abordaremos las transformaciones operadas sobre una práctica concreta. Al hacerlo, concebiremos a los ritos como mecanismos de adecuación en contextos de cambio, en los que se encarna el proceso de transición de una posición a otra en la vida social. Constituyen sistemas de significados con un fuerte componente emotivo que opera como refuerzo del mundo ético de sus participantes. Pero a la par también afirman las posiciones en la estructura social que detentan quienes participan de ellos. Bourdieu señala que la función principal de estos ritos –que propone redefinir como “ritos de institución”- es la demarcación de fronteras artificiales entre quienes son incluidos en (por) el rito y quienes no, ni podrían serlo, institucionalizando una diferencia fundamental entre ellos. Así, inscriptos en una trama de significaciones compartidas tanto por quienes participan como por quienes son excluidos de esa participación, enlazan y reactualizan los nexos entre estratificación social y subjetividades. La precondition es, precisamente, esa trama de significados –la cultura en común- que permite el reconocimiento de la condición asignada a cada uno, sea como partícipe del ritual o como excluido del mismo. Vale decir: no hay distinción ni posiciones si no es en el marco de un vínculo intersubjetivo reconocido como tal. La *distinción* (o *lo distinguido*), siempre es respecto de algo, la *posición* es siempre relativa a un otro que se reconoce y es reconocido como tal. Ello es válido sea que se consideren las posiciones relativas *entre* los participantes del ritual o entre quienes este *incluye* y *excluye* (nuevamente la díada dentro-fuera que ya hemos considerado desde otras aristas en el capítulo dos y en apartados anteriores de este mismo capítulo).

La resignificación de una serie de prácticas tradicionales ha constituido un mecanismo para la adaptación a las condiciones emergentes a la par que el anclaje sobre el que se asienta *lo nuevo*. Despojadas de su carácter ‘necesario’, es decir, aún cuando su realización no satisface ninguna necesidad concreta –sea referida a las labores productivas o al bienestar de la familia-, se mantienen porque encarnan, de modo paradigmático, valores que desean perpetuarse. Así, la práctica disociada de la

resolución de una necesidad material deviene ritual doméstico mediante el cual se perpetúa un ‘nosotros’ percibido como significativo. La referencia a la tradición de la *carneada*, recurrente en las entrevistas tanto a los productores como a los miembros de sus familias, es reveladora al respecto: su realización no refiere ya a la producción de alimentos para autoconsumo; sin embargo, sigue llevándose a cabo como ritual de encuentro familiar, de trabajo en equipo, de reactualización de la historia familiar.

La carneada.

La *carneada* constituye un evento en que la familia se reúne en el campo (aún los que no viven en él) y trabaja de manera mancomunada, incluyendo en ocasiones la participación de otros miembros de la comunidad. La serie de actividades que comporta, y que en muchos casos implican un gran esfuerzo físico, originalmente estaban vinculadas a la producción de alimentos para el consumo familiar a lo largo de una temporada. De acuerdo con Turner (1969), el ritual debe involucrar una serie de propiedades estables y relativamente inalteradas: la periodicidad, el cumplimiento de diferentes momentos que dan cuenta de su desarrollo, pautas para la participación. La *carneada* cumple todas ellas. Hay múltiples trabajos que la han analizado, y han observado –como los trabajos de la antropología clásica en las sociedades no occidentales- el modo en que los roles dentro del ritual reproducían y reafirmaban las relaciones de poder en el microcosmos familiar o de la comunidad local. Así, la definición de *quienes* podían participar -en particular, quiénes entre los no miembros de la familia-; los *roles* y *tareas* asignados a cada uno y, por último, la parte del *producto* obtenido que cada uno se quedaba al final de la jornada de trabajo ponían en juego relaciones de amistad, vecinazgo, devolución de favores o compromisos mutuos. Pero, además, la invitación a participantes que no formaban parte de la familia, nos acercan al sentido que Bourdieu le otorga a esta práctica, como consagración de la diferencia: por ejemplo, la invitación a miembros relevantes de la comunidad era una forma de reconocimiento a esa condición, lo que también se traducía en las tareas asignadas y en el ‘botín’ ofrecido. Con la misma lógica, la invitación al *capataz* o a los trabajadores más antiguos, marcaba la diferencia de estatus entre ellos y el resto de los trabajadores de la explotación, situándolos en una posición de mayor autoridad ante estos, surgida de la confianza del *patrón*. Los distinguía de aquellos (lógica dentro / fuera), pero bajo ningún punto de vista los homologaba al patrón: la desigualdad de roles permanecía

durante la carneada y se reforzaba en las tareas asignadas, en el trato durante las actividades (el patrón es quien las distribuye, quien da las órdenes) y, una vez más, en el 'botín' que le correspondía a cada uno. Parte de la paga al trabajador por el esfuerzo realizado era el *honor* mismo de haber sido invitado.

Sin embargo, las transformaciones en los estilos de vida y en los modos de gestionar la explotación han modificado profundamente el sentido de la carneada. Todos los aspectos formales, empíricos, del ritual permanecen, sin embargo, es el sistema de significados implícitos lo que se modifica. ¿Qué significa la permanencia de la carneada en un contexto en el cual *no es necesario carnear*? Más aún, ¿qué significa esta permanencia en un contexto signado por cambios radicalmente profundos hacia adentro y hacia fuera de la explotación?

Para abordar esta cuestión, podemos recuperar los elementos centrales en torno de los cuales se han organizado los capítulos de este trabajo. Para los desplazados, dejar de ser productor es equivalente a dejar de *ser*. La carneada, como práctica *expropiada*, lo expresa. Ahora bien, ¿qué significa para quienes continúan siendo productores, aún en muchos casos como chacareros reconvertidos en empresarios? Durante el transcurso de la carneada, se actualizan prácticas que involucran una distribución de roles y tareas en buena medida desplazadas de la vida cotidiana; y que, asociadas a dinámicas del pasado perpetúan algo de ese pasado en el presente, diluyendo el impacto subjetivo de las transformaciones operadas en la última década y media.

Así, el esfuerzo físico como componente central de la identidad del productor –que ha sido desplazado por la introducción de tecnología–, como criterio de distinción de la masculinidad y de la dominación patriarcal, se reproduce en los roles que se asigna a los varones en la carneada. Del mismo modo, las hijas mujeres, en muchos casos ya adultas, jefas de familia, sostén de hogar, profesionales, en ocasiones residentes en las ciudades cercanas; mujeres que se han apropiado del estilo de vida urbano, que se han desentendido de las tareas domésticas o las comparten igualitariamente con sus cónyuges, cuando vuelven al campo para la carneada, vuelven a reproducir roles *típicamente femeninos*.⁴¹ En las entrevistas con hijas y esposas, se señala que las tareas

⁴¹ Refiero especialmente a las hijas, pero en más de un caso debería incluir a las esposas, muchas de ellas lanzadas a la acción política durante los años '90. En la región en estudio tuvo especial presencia el

que se les asigna a ellas en este ritual consisten en “hervir agua para preparar las achuras, cebar mate, cocinar, *ayudar* a los varones”. No solo las tareas asignadas expresan el refuerzo de roles de género tradicionales (el esfuerzo versus la debilidad; ellos trabajan, ellas ayudan), sino que la autoridad masculina -puesta en cuestión en la vida cotidiana en muchos sentidos- se objetiva simbólicamente durante el ritual en el hecho de que ellas no son *asignadoras de tareas* sino receptoras de indicaciones. Esta distribución de roles y tareas no es vivida por ellas con pesar. Por el contrario, lo hacen con placer, de acuerdo a lo que las entrevistas al respecto han revelado, y ello no debe ser desconocido en el análisis: evocan mediante esta práctica, casi como en una representación, un mundo que han contribuido activamente a cuestionar.

Debe señalarse que el análisis de la carneada constituye una dimensión ‘nativa’ impuesta a la investigación por los sujetos que la misma involucra. La reiterada mención a esta práctica –especialmente en las entrevistas grupales con miembros de una misma familia, por lo general no convivientes en el predio o en el pueblo- nos hizo reflexionar sobre qué *edades de oro*, en el sentido propuesto por Williams (2001), estaba relatando esa práctica en un contexto en el que los diálogos solían girar sobre lo que la producción agropecuaria estaba dejando de ser. Más que contarnos el pasado, ¿qué nos decía sobre el presente que la carneada como rito familiar y comunitario apareciera una y otra vez en las entrevistas?

Creemos que esta *ritualización del esfuerzo y del trabajo compartido* no constituye un ‘refugio en el pasado’ (Ratier, 2003) ni resulta refractario al nuevo contexto, sino todo lo contrario. Desde nuestra perspectiva, constituyen un reanclaje identitario que actualiza la historia familiar –el *linaje* y un cierto “relato biográfico”- de modo que, refuncionalizando estas prácticas, marca continuidades en el pasaje a una nueva fase de la modernidad, instalando activamente a los sujetos en ella. Vale decir que asume no sólo el rol de actualización de la idea de esfuerzo –que sigue apareciendo como un valor significativo, aunque ya no resulta transmisible mediante el trabajo cotidiano en el campo-; opera, además, viabilizando -otorgando *fluidez*- al pasaje entre una etapa

Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha, y muchos de estos productores que permanecen y están en proceso de reconversión empresarial deben su permanencia a la capacidad de interpelación, de negociación y confrontación desarrollada por sus esposas, parando remates o negociando con los bancos y las cooperativas agropecuarias. En ese proceso, las mujeres pasaron de autoperibirse como “esposas de agropecuarios” a “mujeres agropecuarias” –es decir, recuperaron la condición de sujetos de la producción- y “en lucha”, además.

histórica y otra, entre un modelo de producción y otro, en tanto flexibiliza el componente normativo que comportaba en el pasado.

Concluimos, a partir de la recuperación de la idea clásica de *ritual de paso* pero considerándolo como proceso, que la (re)ritualización de la carneada constituye un mecanismo que habilita el pasaje de una posición a otra, manteniendo la significación identitaria que construye, en el presente, *puentes* entre pasado y futuro: permite afirmar un “soy” en el marco de un “somos”, y fundamentalmente un “seguir siendo” en un contexto que compele a los sujetos a dejar de ser lo que eran para empezar a ser otra cosa (u *otras cosas*, en plural). Y que, en el mismo acto, también establece la diferencia respecto de lo que excluye.

CONCLUSIONES

El punto de partida de nuestra investigación fue la constatación empírica de la desaparición de casi la cuarta parte de las explotaciones familiares en el lapso 1988-2002. Nuestro esfuerzo ha sido comprender los rasgos de esa transformación -sus causas, sus modalidades, sus efectos- desde una perspectiva que, entendemos, constituye nuestro principal aporte al campo de estudios en que nuestro objeto y nuestros interrogantes se inscriben. De hecho, no creemos que nuestras preguntas sean del todo novedosas al interior del campo de estudios rurales sobre producción familiar en la región pampeana, sino que su originalidad reside en el modo de abordarlos.

En este sentido, los debates en torno de las transformaciones en el agro pampeano constituyen un punto de partida que nos permitió avanzar sobre dimensiones menos exploradas. De esta exploración, precisamente, ha resultado una hipótesis central de este trabajo: en un esquema que por sus propios requisitos no tenía capacidad de integrar a todos los actores preexistentes, y cuyo carácter expulsivo se reforzó por la aparición de nuevos actores en el escenario socioproductivo, las posibilidades de continuidad en la producción (y, por tanto, de la condición de productor), involucraron, en especial para los chacareros, un *distanciamiento reflexivo del habitus* y la puesta en acto de la selectividad de la tradición. Esta última, mediante la actualización de elementos del pasado adecuándolos a otros emergentes, permitió establecer un sentido de continuidad biográfica e intergeneracional en las nuevas circunstancias. Condición para la permanencia han sido, entonces, el desanclaje de la tierra como clivaje identitario y biográfico, la pérdida de centralidad de la familia y del “nombre” como soporte de relaciones sociales –en lo que refiere a la sociabilidad local, pero fundamentalmente en lo que refiere a las interacciones económicas-, y la redefinición del trabajo como “práctica” y como “sentido”.

La contracara del *distanciamiento del habitus* –su imposibilidad- ha sido la producción de *habitus desgarrados*. La forma extrema en que esta imposibilidad se ha objetivado es el *desplazamiento* de la producción.

Ya no se trataba, entonces, de interrogarnos sobre qué o cómo habían hecho frente a determinadas circunstancias nuestros interlocutores sino, fundamentalmente, qué

marcos culturales, sociales y comunitarios habían configurado los cursos de acción posible y los recursos percibidos como disponibles para transitarlas. Ello nos llevó hacia la dimensión subjetiva del desplazamiento.

Una cuestión fundamental a este respecto ha sido poner de relieve el doble carácter de muchas de las preguntas sobre las que hemos trabajado: mientras que para nosotros fueron dimensiones de análisis e indagación, para nuestro sujeto de la investigación constituyen *preguntas vitales*. Más aún, que se hayan constituido en lo primero resulta en buena medida de esto último: han sido los productores y sus familias quienes nos han mostrado la relevancia de tematizarlas para dar cuenta de dimensiones poco abordadas, y sin embargo centrales, de los cambios recientes.

En efecto, el universo de nuestros interlocutores –productores y ex-productores familiares del sur santafesino, hijos o nietos de colonos que se habían asentado en la región y que habían accedido a la propiedad de la tierra hacia mediados del siglo XX- se definían por un atributo en común, que los *recortaba* dentro del conjunto de sujetos que compartían el resto de los rasgos que enumeramos: habían atravesado situaciones de endeudamiento durante la década anterior y, como consecuencia, habían vendido total o parcialmente sus tierras.

La crisis de endeudamiento, entonces, se constituía en el punto de llegada de trayectorias compartidas que, a partir de entonces, se heterogeneizarían. La dimensión simbólica del desplazamiento refirió, por tanto, a la búsqueda de reanclajes identitarios de sujetos que comparten espacio geográfico, historia y marcos culturales, pero describen derroteros significativamente heterogéneos a partir de situaciones de partida similares, en el marco de una experiencia que implicó la desorganización del mundo cotidiano al extremo de hacerlo *ilegible*.

La consolidación del nuevo modelo socioproductivo en el agro expuso a los sujetos a la contradicción entre su reservorio de experiencia y el devenir objetivo del mundo en el que intervenían. Por ello, el desplazamiento constituyó un proceso de cambio social que fue percibido y visibilizado en el orden de lo individual.

Saberes que, por generaciones, se habían transmitido junto con la propiedad de la tierra y que dotaban a los sujetos de marcos para percibir el mundo, para autoperibirse y para intervenir en él, fueron puestos en cuestión por un modelo que desancló la relación entre sujeto y tierra. A partir de allí se inicia un proceso de transformación de identidades largamente sedimentadas, y de las prácticas en torno de las cuales se estructuraban y reproducían.

La identificación entre *campo* y *biografía* que situaba a la tierra heredada como *patrimonio intangible*, aquello que no podía ser puesto en juego -sencillamente porque si no había tierra que objetivara la condición de ser, se *dejaba de ser*- restringió significativamente, para quienes no pudieron desanclar esa relación, los cursos de acción posible, acelerando el proceso que derivaría en aquello que se pretendía, a cualquier costo, evitar. Precisamente, la venta de la tierra.

Para quienes pudieron operar tal desanclaje, poniendo en acto el distanciamiento reflexivo del habitus, la comprensión del nuevo escenario y de sus reglas permitió, fundamentalmente mediante ventas tempranas de las tierras para hacer frente a las deudas, resguardar parte del capital –ya sea en tierras o en maquinaria- como para permanecer en la producción.

En segundo término, los mismos procesos **redefinieron, también, las características del espacio social pueblerino y la distribución de las posiciones de los actores en él**, fragmentando y redefiniendo, a su vez, aquel ‘nosotros’ que refería al mundo *chacarero*. El ‘nosotros’ incluirá en lo sucesivo a quienes han podido readaptarse a las nuevas exigencias, mientras que el prejuicio, la sanción social por ‘no haber podido’, la estigmatización y la marginación social, constituyen el sayo del ‘perdedor’ con que son investidos, y finalmente autoinvestidos, quienes no pudieron hacerlo.

En tercer lugar, la radicalidad de las transformaciones operadas produjo rupturas en el sentimiento de continuidad generacional y en los mecanismos de transmisión. Los procesos considerados involucraron, inevitablemente, la transformación de *lo transmisible* respecto de *lo transmitido* de una generación a otra en el pasado, en un doble sentido. Por un lado, los cambios en *los modos de producir y gestionar la explotación* pusieron en cuestión, como vimos, los saberes prácticos transmitidos *en el*

hacer en el campo. Por lo tanto, estos cambios tienen implicancias sobre las *formas* y los *espacios* de transmisión de saberes, tanto como sobre los *saberes* mismos valorizados como transmisibles. Por otro lado, el desanclaje de la relación entre *tierra* y *biografía* produjo la ruptura de un relato implícito: en la tierra se objetivaba la historia de la familia, y junto a ella una trayectoria de progreso social que era constitutiva del ‘nosotros’ familiar y comunitario.

De este modo, el núcleo de nuestro trabajo se organizó en torno de la heterogeneización de trayectorias a partir de una experiencia disruptiva en la que se objetiva un proceso de cambio estructural. Intentamos dar cuenta, a través de los diálogos y silencios intergeneracionales, de la emergencia de nuevos clivajes identitarios, cuya heterogeneidad resulta de cómo fue transitada la experiencia, a qué lugar fueron llevados los sujetos por ella y de las connotaciones subjetivas que se le hayan asignado. Ello configuró el repertorio de relatos posibles de ser narrados (como palabra dicha, como palabra silenciada) a la par que diferentes modalidades de reapropiación por los destinatarios de esos relatos.

La cuestión de la transmisión intergeneracional se ha visibilizado en los últimos años como una dimensión central de la constitución de las identidades sociales, pues en ella se produce la imbricación entre diferentes tiempos históricos con el *tiempo de la experiencia subjetiva*. Nuestra necesidad, como cientistas sociales, de construir conocimiento sobre cómo y qué es posible transmitir en ese diálogo intergeneracional, en un contexto de redefinición identitaria y subjetiva es también, en sí misma, un acto de transmisión. Esto no es en absoluto azaroso, sino que surge tanto de la necesidad de transmitir de los actores involucrados –entre los que cabe incluirnos a los investigadores- como de la demanda de los más jóvenes de saber(se).

Hemos abordado la escisión que implicó la experiencia del desplazamiento como fuente de profundos conflictos intrafamiliares, y el modo en que habilitó al interior del mundo doméstico el debate en torno a la *circulación de la información* y a la asignación diferencial de la condición de sujetos de las decisiones. Además de ser en sí mismo fuente de conflicto, el desplazamiento también ha sido el intersticio por el que se filtraron conflictos preexistentes pero soterrados. En otros términos: constituyó la grieta que habilitó el cuestionamiento a la autoridad masculina/paterna, rompiendo con la

naturalización de cierta distribución del poder intradoméstico, y planteó la demanda de los más jóvenes o de las mujeres de ser partícipes de la toma de decisiones. Ello abrió la posibilidad de poner en cuestión lo que hasta entonces se presentaba como *dado* en la esfera familiar. Se explicitó, por ejemplo, el cuestionamiento al modelo patriarcal de autoridad y de poder, la asignación naturalizada de roles de género. La pérdida del campo *diluyó los soportes materiales de la autoridad y la hegemonía masculina, en el contexto de una sociedad local claramente patriarcal.*

A partir de las trayectorias desplegadas en la segunda parte de este trabajo, hemos intentado mostrar su creciente heterogeneidad tanto en la dimensión de la experiencia como en la del proceso de transmisión – apropiación de ciertos “relatos” que se incluyen o se contrastan con otros, los “relatos maestros” de la biografía familiar.

En algunos de esos relatos, la construcción de un pasado idílico *que nunca fue* constituye la estructuración (negativa) de la referencia al futuro *que nunca será*: es el refugio en el pasado roto que arrastró consigo al proyecto que había organizado la existencia de estos sujetos. Así, el relato idílico, casi bucólico, de la vida en el campo y de la felicidad familiar durante aquellos años, situó al campo como *paraíso perdido* que explica y justifica la “imperfección”, la “negatividad” del presente. Estos contrastes entre imágenes idealizadas de lo que *fue* o de lo que *pudo haber sido pero no será*, con un presente que se experimenta como degradado, es lo que en el capítulo tres hemos denominado, siguiendo a Williams, *edades de oro.*

Mediante otros relatos, hemos rastreado los efectos del desanclaje de la tierra en el proceso de recomposición aún en curso: por un lado, la progresiva *inmaterialización de la herencia* implica que hoy “sea mejor dejarles a los hijos un posgrado que tantas hectáreas de campo”. Por otro, en un contexto de cambio estructural, la cuestión de *la formación del heredero* pone en juego de modo singular los mecanismos de incorporación / naturalización inscriptos en el habitus. Esta cuestión resulta de relevancia sociológica en tanto nos permitió rastrear el proceso de reajuste entre expectativas (futuras o inmediatas) y sus posibilidades objetivas de materialización.

En suma, a través de nuestro objeto hemos abordado las tensiones inherentes a la selectividad propia de un proceso transicional, territorio simultáneo de la

descomposición y la recomposición de la trama vital y social. A lo largo de los capítulos tres y cuatro, mostramos procesos de selección entre cambio y permanencia que se desenvuelven en buena medida a ciegas, y que tensionan de modo constante las fronteras entre “seguir siendo” y “dejar de ser”.

En este sentido, el punto de partida y el eje rector que organizaba todos los relatos, tanto para los desplazados como para quienes permanecieron, era el relato del abuelo inmigrante, que operaba como “relato fundante” no solo de las biografías personales y familiares, sino también de la biografía social, comunitaria. Sin embargo, los usos de ese relato fundante eran sumamente disímiles según el modo en que hubiera sido transitada y resuelta la experiencia crítica de la década anterior. Otro tanto, respecto de las reapropiaciones llevadas a cabo por los más jóvenes, para quienes el relato del abuelo fundador sigue siendo constitutivo de la propia identidad y un *reservorio de autolegitimación social*.

Del mismo modo, la tierra seguirá siendo portadora de relaciones sociales, escenario de luchas y continente de sentidos, pero que ya no serán los del pasado ni serán los mismos para todos los actores. Mientras que para unos el campo tenderá a ser progresivamente sólo una mercancía y un referente del éxito social, para otros –devenido “paisaje expropiado”- será la marca en espacio y territorio del fracaso personal y de biografías familiares *rotas*.

Nuestra intención ha sido aportar herramientas analíticas para la comprensión del devenir y las contradicciones que tensionan a un sujeto históricamente relevante en el desarrollo agrario de nuestro país. Desde una perspectiva más amplia, creemos que nuestra investigación complementa y complejiza los trabajos referidos al impacto de las transformaciones estructurales recientes sobre las clases medias, extensamente abordado respecto de contextos urbanos pero muy poco para contextos rurales. Pero por sobre todas las cosas, volviendo a enfatizar en la historicidad y politicidad inherente a nuestras preguntas y al modo de abordarlas, nos impulsó en este trabajo la necesidad de hacer visible los efectos del nuevo modelo socioproductivo que habían quedado sumergidos debajo del verde manto de la soja. La coyuntura actual exige matizar las miradas homogeneizadoras en general y sobre “el campo” en particular. La perspectiva propuesta articula el análisis de las estructuras objetivas con las dimensiones cultural y

subjetiva puede constituir un aporte a la visibilidad de fenómenos que han estado ausentes por mucho tiempo en el debate social. Puede, también, repercutir no solo en la agenda pública -de la cual la comunidad académica es (por acción o por omisión) promotora- sino en los propios sujetos de la investigación. A lo largo de todas las fases de nuestro trabajo ha estado implícita, como propósito y como premisa, la certeza respecto de *“las funciones liberadoras que puede cumplir la sociología al proporcionar instrumentos de una reapropiación de los esquemas de percepción y de apreciación que a menudo están en el principio de una miseria propiamente social”* (Bourdieu, 2007: 39). La cita “redentora” de nuestra disciplina condensa el sentido de otro libro que Bourdieu publicaría una década después, al que también queremos remitirnos para concluir esta reflexión final. Sin dudas, los aportes de la investigación social no pueden sino resultar escasos frente a las urgencias sociales que constituyen su objeto, pero *“por escéptico que uno sea respecto de la eficacia social del mensaje sociológico, no es posible considerar nulo el efecto que puede ejercer al permitir (...) conocer el origen social, colectivamente ocultado, de la desdicha en todas sus formas, incluidas las más íntimas y secretas”* (Bourdieu, 1999: 559). Este es el sentido más profundo de nuestro trabajo, y el que regirá las investigaciones venideras: pese a la voluntad explícita de “irreversibilidad” de las transformaciones operadas en el marco del modelo neoliberal – premisa expresamente formulada en los “diez mandamientos” del Consenso de Washington- la capacidad agente de los sujetos ante la historia sigue pudiendo desafiar *destinos o miserias de posición*. Es desde esa capacidad y desde la especificidad del trabajo que nos compete que se hace posible volver a afirmar que *“lo que el mundo social ha hecho, el mundo social, armado de este saber, puede deshacerlo”* (Bourdieu, 1999: 559)

ANEXOS

“Vi escribirse cosas en las que textos pasablemente ininteligibles se abrían paso quieras que no y era preciso dejarlos, estaban ahí por algo y ese algo era la razón de todo lo demás”

Julio Cortázar

Anexo I

Algunas hipótesis exploratorias en torno a los relatos del espacio.

“La ciudad no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en los ángulos de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, surcado a su vez cada segmento por raspaduras, muescas, incisiones, cañonazos.”

Italo Calvino

Lo que sigue son algunas ideas preliminares en torno a los usos del espacio como discurso social. Este intento heterodoxo de lectura, posiblemente silabeante y sin dudas provisorio, es tributario de diferentes disciplinas. Ha sido fructífero volver sobre Norbert Elias y Pierre Bourdieu, pero también abreviar en la antropología del espacio de Michel de Certeau, en Michel Foucault y en algunas corrientes de la arquitectura contemporánea –aquellas que ponen de relieve su tantas veces olvidada condición de ciencia social-, entre ellas la que se nuclea en torno de la teoría del habitar.⁴²

Todos los estudios considerados han planteado diversas formas de analogía entre espacio y lenguaje, en tanto hablar y habitar constituyen elaboraciones sociales, ampliamente diferenciadas en virtud de cada configuración cultural específica, dotadas de estructuras y reglas, mutantes pero con ritmos diversos. Hablar y habitar, discurso y espacio, son, entonces, conformadas y a la vez conformadoras de la actividad humana.

Para pensar el espacio del pueblo como texto legible, necesitamos recuperar algo de su historia: como señalamos en la introducción, los orígenes del pueblo remiten a un puñado de familias que llegó a habitar la región hace algo más de un siglo. Mucho más próximamente en el tiempo, en las últimas décadas, el cambio en los estilos de vida, y fundamentalmente en las aspiraciones educativas, han derivado en que muchos productores fijaran residencia en el pueblo –en lugar de vivir de manera permanente en el campo- o mantuvieran una doble residencia.

Este proceso de crecimiento del pueblo, hoy unas treinta manzanas a cada lado de la ruta que une Rosario con Santa Fe⁴³, estructuradas en torno a la antigua estación del ferrocarril, estuvo vinculado no sólo a los productores rurales sino también a la apertura y expansión de la otra fuente de empleo del pueblo –el frigorífico, que a comienzos de los '90 cerró y desde hace algunos años trabaja al 20% de su capacidad-, permite contextualizar una hipótesis ciertamente arriesgada respecto de las transformaciones y los usos del espacio en la última década. Recupero aquí de manera explícita el interrogante que se plantea Grimson respecto de la validez de los estudios de fronteras territoriales para pensar las simbólicas en el espacio urbano, para pensar el espacio rural. Para poder explorar esta dimensión, es condición que el espacio “*cuenta con segmentaciones fuertes, con espacios que funcionen como marcos de significación*” (Grimson, 2002). En las dimensiones propias del espacio pueblerino, creemos que tal segmentación –sin duda menos *visible*- evidencia una enorme eficacia. La hipótesis es que se produce una superposición dialéctica entre espacio geográfico y espacio social.

⁴² La teoría del habitar, recuperando a P. Bourdieu, pone de relieve la relación entre espacio y prácticas sociales, de modo tal que resulta imprescindible desnaturalizar lo cotidiano.

⁴³ El trazado urbano, de acuerdo al plano del pueblo, corresponde a unas cien manzanas aproximadamente. Sin embargo, partes de ese trazado, manzanas completas son sencillamente campo.

Primera hipótesis: huellas del neoliberalismo. Establecidos y marginados.

Podemos –al modo de Calvino- reconocer las incisiones profundas que en el espacio dejaron los años noventa, en la multiplicidad de emprendimientos domésticos que se encuentran por cuadra –cada ventana tiene detrás un kiosco, una carnicería, un almacencito...- y que dan cuenta de la readaptación del espacio a las nuevas –y compulsivas- necesidades.

Pero yendo mucho más lejos, podemos pensar en la distribución espacial de los residentes como una metáfora –o un corolario, ya que el espacio no es un mero reflejo de las prácticas, como hemos anticipado, sino que se constituyen mutua y recíprocamente- de los reagrupamientos y las transformaciones en los parámetros de pertenencia social que hemos caracterizado. Así, resulta significativo tomar en cuenta que todo el grupo que integran quienes han *podido sobreponerse a la crisis de los '90* – sea porque lograron retener total o parcialmente su propiedad, sea porque se reinsertaron exitosamente en actividades vinculadas a la producción, como contratistas rurales o como arrendatarios- residen en lo que definiríamos como el núcleo o “el centro” del pueblo, mientras que aquellos que *han quedado fuera*, residen en los márgenes del pueblo, o directamente fuera de él, en una diáspora.

Así, en esta lógica de *establecidos y marginados* (Elias, 1995)⁴⁴, el espacio del pueblo reproduce los vínculos sociales y las relaciones de poder intergrupales. Esto además se refrenda fuertemente por el hecho de que prácticamente *no hay interacción, no hay lugares compartidos* entre ambos grupos. No sólo dejan de verse en la Cooperativa, sino que tampoco comparten otros ámbitos de esparcimiento o de ocio -el bar, el club, por ejemplo-⁴⁵, es decir aquellos espacios en los que se reactualiza y se refrenda la pertenencia grupal.

Segunda Hipótesis: género y espacio. La “estructura social en acción” vista a partir de un “error”.

Señalamos en la Introducción el rol que han desempeñado los yerros en el proceso de investigación. Efectivamente, se han constituido en instancias de conocimiento relevante mediante las cuales, eventos azarosos revelaron pautas de sociabilidad relevantes para comprender la trama en la que viven e interactúan los sujetos de nuestra

⁴⁴ Este ensayo nos ha resultado sumamente fructífero para pensar el espacio como texto: ninguno de los entrevistados que forman parte del grupo *establecido* reconocería la discriminación, el prejuicio y la estigmatización del grupo *marginado* de manera tan contundente como la que despliegan las prácticas (sociales, espaciales) mismas. La imposibilidad misma de pensar a los *marginados* como grupo se refleja en su propia dispersión espacial, que reproduce la desconexión social no sólo respecto del grupo establecido, sino entre sí.

⁴⁵ Dos notas al respecto: ha sido recurrente en las entrevistas la sensación de desconcierto y de decepción por parte de los que *quedaron fuera* ante la toma de conciencia de ello: “*Yo esperaba que me invitaran a la reunión anual, pero no me llamaron más*” (Entrevista, 2005). Por otra parte, en la observación de los ámbitos de sociabilidad, pudimos ver al mismo grupo *de hombres* reunido el domingo en el bar, desde muy temprano, primero viendo la carrera y luego el partido, y el lunes, muy temprano también, haciendo negocios. Pudimos reconocer entre ellos a algunos de nuestros entrevistados. Otros informantes confirmaron que otros de los integrantes del grupo son también productores.

investigación. Efectivamente, aquí los hemos interpelado y “construido” desde su condición de productores o exproductores. Sin embargo, para evitar simplificaciones y reduccionismos, es relevante reponer la complejidad a la trama vital y la pluralidad de roles en los que se objetiva la subjetividad y se desenvuelven las interacciones, aún cuando ello no constituya nuestro objeto en esta etapa de trabajo.

De esta manera, *entrar a un bar del pueblo en día domingo cuando – se – disputaba – un – clásico – futbolístico* fue mucho más que el acto de hacerlo: la sorpresa seguida de rechazo unánime de todos los presentes, exclusivamente hombres de diferentes edades, muchos de ellos entrevistados o informantes nuestros, fue la antesala de nuestra comprensión inmediata –foráneas, pero sobre todo mujeres en un ámbito de hombres– de que nada teníamos que hacer allí. Como señala Whyte en ‘Sobre la evolución de la sociedad de las esquinas’, “*allí estaba la estructura social en acción. (...) Aprendí entonces que las actividades cotidianas, rutinarias de estos hombres constituían los datos básicos de mi estudio*” (Whyte, 1971)

Así, dimos con una pauta de comportamiento que –por naturalizada– difícilmente se explicitara, si no ante su ruptura. Esta percepción se completó, y en cierto modo refrendó ante el descubrimiento de que, en la plaza frente al bar, estaban *las mujeres con los niños*, tomando mate y conversando, y al cruzarnos con un grupo de adolescentes *mujeres* escuchando el partido en la vereda un kiosco. Posiblemente hijas, hermanas, amigas, novias de los reunidos en el bar, interesadas en el partido, *su* lugar, su circuito de sociabilidad era otro. Entre unos y otros, mediaba la calle como frontera que delimitaba territorios⁴⁶.

Las líneas que anteceden son apenas ideas exploratorias, pero que invitan a establecer nexos entre espacio / texto, espacio / disciplina, espacio / prácticas, espacio / sujeto y espacio / geografía. Todos estos niveles crujen y se yuxtaponen constituyendo una ‘*retórica habitante*’ (De Certeau, 1996) tan inquietante que propone al *pueblo* en tanto tal como una categoría de investigación a explorar y profundizar.

⁴⁶ Retomamos la idea de la calle como frontera en el Anexo II.

Anexo II Imágenes de una agricultura sin sujeto

“Curioso que la escena tuviera como un aura inquietante. Pensé que eso lo ponía yo, y que mi foto, si la sacaba, restituiría las cosas a su tonta verdad”

Julio Cortázar

El disparador fueron dos fotos tomadas tras la finalización de las entrevistas con dos ex productores que han transitado la experiencia del *desplazamiento* por las deudas contraídas durante los años '90. Las fotos, tomadas al salir de las viviendas en las que se habían realizado las entrevistas, insinuaban la particular ubicación de las casas de los dos entrevistados: ambas se encuentran en los *márgenes* del pueblo. Esta localización no ha sido excepcional, sino que -por el contrario- se ha reiterado para buena parte de los *desplazados*.

Las calles que pueden verse en ambas fotos delimitan el contorno del pueblo, son las últimas del trazado urbano, situadas en extremos opuestos del mismo. Más allá de la calle, el campo.



“todo está allí, la calle abierta y a la distancia del espejo, la inexplicable cercanía de lo que no alcanza y cree alcanzar, y corre”

Julio Cortázar

En la foto dos, la cerca, la calle, el campo y el horizonte yuxtaponen líneas en las cuales se puede recuperar la distinción entre lo propio y lo ajeno, entre el mundo privado y el público. El primero, sólo sugerido -la foto está tomada desde dentro de la cerca- también infiere el límite de lo que es dable mostrar. De algún modo, es también el clima que había reinado durante la entrevista: hubo un límite -una cerca- que indicó hasta dónde era posible indagar.

Fotos incompletas, fotos de lo ausente: imágenes de un campo sin sujeto.

A partir de ese disparador, comenzaron a esbozarse los contrastes entre dos ausencias mutuamente referentes en ambas imágenes: por un lado, el campo sembrado, pero sin nadie que lo labore. Oculta detrás de esta ausencia, otra que remite a ella: calle mediante, los *desplazados* de la producción. Era inevitable reflexionar acerca de qué es lo posible de ser fotografiado, congelado en imagen y en un registro perdurable, para profundizar mediante esa reflexión, de algún modo genérica, sobre el sentido de *lo fotografiado*. Como la calle de las fotos que divide dos territorios que se atraen y repelen mutuamente, el recorte de la imagen está definido por los límites de lo fotografiable. Esto, por su parte, constituye una metáfora respecto de lo que habían sido las entrevistas. Sin embargo, el *anonimato* que ofrece la grabación sin imagen –el registro de audio– permitió explorar algo más los contornos de esa frontera. La enorme exposición que la imagen implica, y el clima en que las entrevistas se desarrollaron –dado el eje sobre el que giró la conversación, la pérdida de la tierra– hicieron impensable la posibilidad de que las fotos incluyeran a los entrevistados.

El contenido de las imágenes reproduce el *paisaje* cotidiano de los entrevistados, y que tiene ahora una carga ambivalente para los sujetos de la investigación: vivido como un mundo del que han sido expulsados, son experimentados como necesidad y como estigma. La ubicación de sus viviendas en el margen del pueblo tiene una polisemia que remite en primer término a la posición en el mapa local de relaciones sociales; pero, por encima de ello, esta ubicación permite reponer de algún modo el mundo de vida previo al desplazamiento –lo que es graficado con expresiones recurrentes tales como ‘*si yo no veo el campo me muero*’, en la puerta abierta todo el tiempo para verlo desde el interior de la vivienda o en la mirada perdida en el campo durante entrevistas hechas en la vereda.

Ver el campo, el espacio abierto es planteado como una necesidad. Pero también *ver el campo*, un campo ya ajeno, implica la objetivación de *lo perdido* y la reproducción cotidiana del *sayo del perdedor*. Las fotos están tomadas de lejos, con la calle de por medio. El campo, próximo pero ajeno, la calle como frontera que impone una mediación en la que cristaliza la violencia de la ruptura: en la relación directa con la tierra se objetivaba y reproducía un modo de *estar* en el mundo. Junto con la *propiedad*, se han desplazado modos de ser, de hacer y de percibir, pero lo que no se ha desplazado es la tierra, que *sigue ahí* y constituye la marca en espacio y territorio que evidencia de una pérdida connotada como *fracaso personal*. La ambivalencia queda expuesta en la necesidad de proximidad con el campo, superpuesta a la sanción social negativa sobre los desplazados y la autoculpabilización de estos que parece tener en *el campo* su referente material.

Técnicamente, son fotografías irrefutablemente *malas*. ¿Por qué las había tomado, por qué las conservo, por qué de algún modo me interpelan? ¿qué había intentado registrar a través suyo? De algún modo, intentaron ser tomadas *con los ojos* de los entrevistados. Quisieron recuperar *lo que ellos miran, como ellos lo miran*. Quisieron retener al interlocutor que mis entrevistados habían designado durante las conversaciones conmigo. Tal encuadre –que permite imaginar que el ojo detrás de la cámara podría no

ser el de la investigadora- repone, aunque sea imaginariamente y desde la ausencia, al sujeto en una trama de relaciones posibles que están por fuera de lo que esa foto construye como relato. Incluirlo en la misma hubiese sido cristalizarlo en la determinación de la pasividad del exproductor ante la tierra que ya no le pertenece. Incluirlos en el paisaje del que han sido expropiados podría haber constituido, así, un acto tremendamente violento.

Pero en algún sentido estas constituyen fotos *incompletas*, son el registro de lo ausente, el reemplazo de la foto imposible: las entrevistas habían estado atravesadas por el sentimiento de fracaso personal como clave de interpretación de la experiencia del desplazamiento, en las que expresiones como ‘no me puedo acordar’ no remitían a lo que se ha olvidado sino a lo que se repasa en un soliloquio interno y cotidiano, pero que no es dable externalizar, y en tal sentido eran la advertencia de la proximidad de un límite que no debía ser franqueado. Tomar una fotografía en el contexto post entrevista no sólo hubiera franqueado ese límite sino además constituido el registro de la enorme vulnerabilidad de mis interlocutores.

La mirada fija en el piso o en el campo, las manos anudadas –como las palabras- y el temblor en la barbilla al hablar de lo que ya no es hubieran sido la imagen que completa las fotografías, pero eran imágenes imposibles de tomar, la cristalización de un sujeto que en ella hubiera sido pura pasividad.

Pero es la foto imposible no sólo porque hubiera violentado el pudor de mis interlocutores, sino también el mío propio -expresado en la censura autoimpuesta- y más aún, cierto pacto de anonimato, de resguardo de una intimidad que habían –hasta cierto punto y con enorme dificultad- expuesto ante mí. Aquí aparece la tensión entre ‘verdad’ -la foto como testimonio y como documento- y la ética (del investigador, del fotógrafo); entre lo que es lícito y fundado de acuerdo a las premisas de la investigación pero no necesariamente desde las categorías de quien constituye su objeto. Aún estas fotos, en cierto sentido ‘ingenuas’ y con un sujeto ausente, o más aun, reemplazado por el campo o las herramientas, fueron difíciles de tomar y plantearon una situación de incomodidad.

Sin dudas la potencia de la imagen *completa* –registrada solo en mi memoria-, un primer plano de mis interlocutores, sus perfiles hablando con la mirada perdida en el campo -como si aquel fuese su interlocutor y no yo- hubiesen constituido en sí mismos relatos incuestionables de la dislocación que para ellos implicó la experiencia del desplazamiento, y de la ilegibilidad que impuso en sus mundos cotidianos. Sin embargo, ¿hubiera sido razón suficiente para tomar una fotografía que hubiera seguramente sido experimentada por ellos con sentimientos cercanos a la humillación? Las limitaciones que me autoimpuse para la toma de estas fotografías me permitieron reflexionar profundamente respecto de la metodología de mi investigación, y sobre la exposición de resultados. El contraste entre las fotos efectivamente tomadas y las fotos plasmadas en mi memoria, me permitió plantear algunas de las hipótesis desarrolladas en los capítulos dos y tres, y fueron una herramienta fundamental para el análisis de las entrevistas.

Imágenes en contraste I. Del productor como sujeto de la agricultura familiar a una ‘agricultura sin agricultores’. El ‘corpus imaginario’.

Un segundo nivel de análisis, implica trascender el carácter de *producto* que cristaliza una serie de interacciones que han asumido las fotografías (en las que se intenta recuperar el punto de vista de mis interlocutores, y que en mi memoria remiten a una serie de imágenes más amplia que la efectivamente registrada), y permite pensar que en estas fotos del campo -la soja más específicamente- y también la herramienta -el tractor- toman el carácter de *sujeto*, de algún modo reemplazan –o más aún, ya lo hemos dicho, *desplazan*- a los productores... En buena medida, estas imágenes constituyen una narrativa acabada del nuevo modelo socioproductivo que impone una *agricultura sin sujeto*.

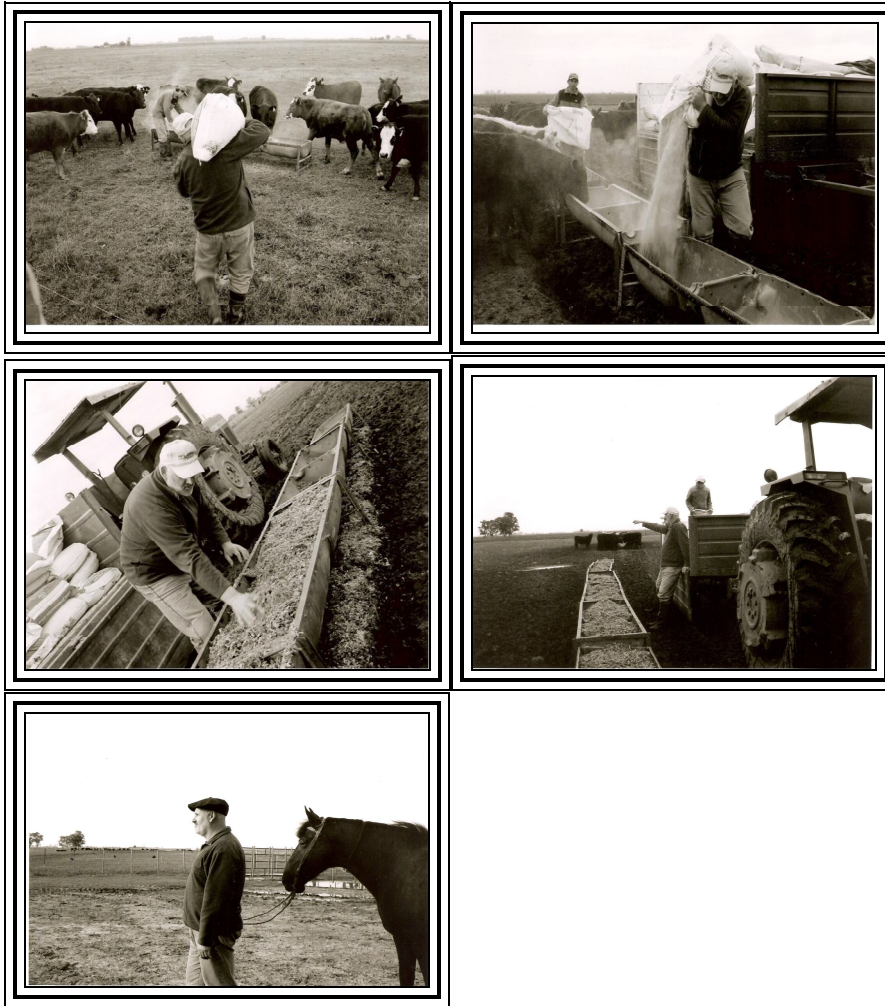
Si históricamente el símbolo de la agricultura ha sido el *productor*, en el nuevo modelo y en los discursos de sus promotores el *conocimiento* toma el lugar de sujeto trazando un sendero hacia ‘una agricultura sin agricultores’. En este sentido, también se redefine la noción de conocimiento en la medida en que el productor era también portador de una serie de saberes que el nuevo modelo no valoriza como tales. El ‘conocimiento’ tal como es definido en las nuevas circunstancias, puede prescindir del trabajo humano directo en la transformación de la naturaleza. En este sentido, las primeras dos fotos refieren a otro desplazamiento que el de la propiedad, yuxtapuesto a aquel pero desplegado entre quienes continúan en producción: el del lugar y los mecanismos de la transmisión de saberes, el de los sujetos de la transmisión y el de lo transmitido. De este modo, la ‘fotografía imaginaria’ del proceso de formación de un productor acorde a los requisitos del nuevo modelo sería, de acuerdo a lo que hemos planteado en el capítulo cuatro a partir de la trayectoria de Walter, la de un aula en una universidad...

Imágenes en contraste II. Hacer y mirar. El campo y la identidad.

“todo mirar rezuma falsedad, porque es lo que nos arroja más afuera de nosotros mismos, sin la menor garantía. (...) De todas maneras, si de antemano se prevé la probable falsedad, mirar se vuelve posible; basta quizá elegir bien entre el mirar y lo mirado, desnudar a las cosas de tanta ropa ajena.”

Julio Cortázar

La fuerza de las imágenes que componen el segundo corpus dan cuenta de aquello que está ausente en el corpus 1: con independencia de la actividad que despliega, hay en ellas un *sujeto que produce* y es dable reconstruir a través de la secuencia un *proceso*, como eje de un modo de producción en el que el conocimiento y el sujeto que lo porta están fusionados. La naturaleza, el hombre y la cultura están simultáneamente presentes en una relación de mutuo reconocimiento y legitimación que se materializa en la producción y en el producto. El ‘paisaje’ es en el corpus 2 el contexto de un proceso de producción en cuyo centro está el hombre, sujeto activo y en pleno acto de creación.



Fotógrafa: Ailén Echaguibel

En contraste con la distancia entre la tierra y el sujeto (ausente) *que contempla lo que ya no es* de las primeras dos fotos –la calle, la perspectiva desde la casa que sólo se sugiere-; la relación entre el sujeto –el *productor*- y el campo es directa en este segundo corpus, lo que hace posible la foto impensable en el caso de los desplazados: la última foto del segundo corpus, el final de la secuencia implica un momento de contemplación. Este puede ser registrado pues quien mira, a través de lo mirado se mira a sí mismo, y en tal sentido, el reconocimiento mutuo entre tierra, trabajo y sujeto sigue estando presente. Esta foto registra, al contrario de las otras, lo que está siendo, y en tal sentido es otro el recorte, y también la mirada de la fotógrafa es *otra* que la del productor, no está buscando mirar lo que él mira, sino que lo mira a él.

BIBLIOGRAFÍA

- Albadalejo, C. (2009) “Algarrobo o el fin del territorio chacarero”, en Rodríguez Bilella y Tapella, *Transformaciones globales y territorios. Desarrollo rural en Argentina. Experiencias y aprendizajes*, Buenos Aires: La Colmena.
- Albanesi, R., González, C. y Preda G. (2003) “Transformaciones en la agricultura santafesina. La importancia de los contratistas de producción”. Ponencia presentada a las III Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, 2003.
- Ameghino, Eduardo Azcu (2000) “Las reformas económicas neoliberales y el sector agropecuario pampeano (1991-1999)”, en *Ciclos*, Año X, Vol. X, N° 20, 2° semestre.
- Aparicio, S., Giarracca, N. y Teubal, M (1992) “Transformaciones en la agricultura argentina. Impacto sobre los sectores sociales” en Jorrot, R. y Sautu R. (comps) *Después de Germani: algunas exploraciones sobre la estructura social argentina*, Buenos Aires: Paidós.
- Archetti y Stölen (1975), *Explotación familiar y acumulación en el campo argentino*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Balsa, J. (1994) *La crisis de 1930 en el agro pampeano*, Buenos Aires: CEAL.
- Balsa, J. (2000) “Patrones de asentamiento, éxodo rural, modos de vida y formas de producción en el agro bonaerense, 1938-1991”. Ponencia publicada en las Actas de las II Jornadas Platenses de Geografía, 2000.
- Balsa, J. (2002) “Expansión agrícola y transformaciones sociales en el agro pampeano, 1969-1988” en *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios* Nro. 16, Buenos Aires.
- Balsa, J. (2004), “Transformaciones en los modos de vida de los chacareros bonaerenses” en Galafassi, G. (comp.) *El campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo XX*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Balsa, J. (2006) *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense 1937 – 1988*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Barthes, R. (2006) *La cámara lúcida*, Buenos Aires: Paidós
- Beck, U. (1996) “Teoría de la sociedad del riesgo” en Giddens, A., Bauman, Z., Luhmann, N. y Beck, U. *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Barcelona: Anthropos.
- Bengoa, J. (2003), “25 años de estudios rurales”, en *Sociologías*, Vol. 5, No. 10, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre.
- Bertaux, D. (1989) “Los relatos de vida en el análisis social” en *Historia y Fuente Oral* Nro. 1, Barcelona, Instituto Municipal de Historia.
- Bertaux, D. y Bertaux Wiame, I. (1994), “El patrimonio y su linaje: transmisiones y movilidad social en cinco generaciones”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, México: Universidad de Colima. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=31661803> ≥ ISSN 1405-2210
- Bidaseca, K. (2004) “Negadas a la existencia y condenadas a la desaparición... Un estudio comparativo acerca de las luchas de las mujeres rurales en Argentina y Brasil desde la perspectiva de género”, en Levy, Bettina (comp.), Buenos Aires: CLACSO.

- Bidaseca, K. (2005) *Colonas y colonos insurgentes. Discursos heréticos y acción colectiva por el derecho a la tierra. Argentina, 1900-200*. Tesis Doctoral de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.
- Bourdieu, P. (1985) *¿Qué significa hablar?* Akal, Madrid.
- Bourdieu, P. (1988), *Cosas Dichas*, Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. (1990), *Sociología y cultura*, México: Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1998), *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus.
- Bourdieu (1999) *La miseria del mundo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2000) *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao: Desclée.
- Bourdieu, P. (2003) *Las estructuras sociales de la economía*, Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2004), *El baile de los solteros*, Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2006) *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2007) *El sentido práctico*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Castel, Robert (1995): *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Cloquell, Silvia (1999). “Apuntes y discusiones sobre la construcción de una sociología ambiental” en Giarracca, N. *Estudios Rurales: teoría, problemas y estrategias*. Buenos Aires: La Colmena.
- Cloquell, Silvia *et al* (2003) “Las unidades familiares del área agrícola del sur de Santa Fe en la década del noventa”, en *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, N° 19, segundo semestre, Buenos Aires, PIEA.
- Cloquell, S. (Coordinadora) (2007); *Familias rurales. El fin de una historia en el inicio de una nueva agricultura*; Rosario: Homo Sapiens.
- Cloquell, S; Albanesi, R; De Nicola, M; Preda, G; Propoersi, P; González, C. (2001), “Transformaciones en el área agrícola del sur de Santa Fe: Los cambios locales en la dinámica económica, social y cultural. Su importancia para la construcción de estrategias”. Ponencia presentada a las Segundas Jornadas sobre Estudios Agrarios y Agroindustriales, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.
- Connan, E. y Rousso, H. (1994), *Vichy, un passé qui ne passe pas*, París: Fayard
- Cortazar, J. (1994) “Las babas del diablo”, en *Las armas secretas*, Buenos Aires: Sudamericana
- Cortazar, J. (1996) *Salvo el crepúsculo*, Buenos Aires: Alfaguara
- Craviotti, C. (2001), “Los procesos de cambio en las explotaciones familiares pampeanas: Tendencias en el trabajo agrario y dinámicas familiares” en *Cuadernos de Desarrollo Rural* N° 45, Bogotá.
- Craviotti, C. y Gras, C. (2006), “De desafiliaciones y desligamientos: Trayectorias de productores familiares expulsados de la producción en la región pampeana argentina”. En *Desarrollo Económico* vol 46, Nro 181, Buenos Aires.
- Da Matta, R. (1999): “El oficio de antropólogo o cómo tener ‘anthropological blues’”, en Boivin, Rosato, Arribas, *Constructores de otredad*. Bs. As.: Eudeba.
- Da Silva Catela, L. (2002) “Territorios de memoria política. Los archivos de la represión en Brasil” en Da Silva Catela, L. y Jelin, E. (comps.) *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*, Buenos Aires y Madrid: Siglo XXI.

- De Certeau, M. (1996), *La invención de lo cotidiano*, México: Universidad Iberoamericana.
- Doberti, R., Giordano, L. (2000): “De la descripción de costumbres a una teoría del habitar”, en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales* N° 22. – Asociación Latinoamericana de Filosofía y Ciencias Sociales. Bs. As.
- Domingues, J. (2002), *Interpretando a modernidade. Imaginario e instituições*, Río de Janeiro: Editora FGV.
- Domingues, J. (2006), “Modelos de desarrollo y retos latinoamericanos”, en *El debate político* (s/d)
- Elias, N. (1996) *La sociedad cortesana*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. (1998) *La civilización de los padres y otros ensayos*, Bogotá: Norma.
- Giarracca, N. (1993) “Campesinos y agroindustrias en los tiempos del ajuste. Algunas reflexiones para pensar la relación, con especial referencia a México y la Argentina”, en *Realidad Económica* N° 114/115, Buenos Aires.
- Giarracca, N (comp) (2001) *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: Clacso – ASDI.
- Giarracca, N. y colaboradores (2001), *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires: Alianza.
- Giarracca, N., Gras, C. y Barbetta, P. (2005) “De colonos a sojeros. Imágenes de la estructura social del sur de Santa Fe”, en Giarracca, N. (comp) *El campo argentino en la encrucijada*, Buenos Aires: Alianza.
- Giddens, A. (1993) *Consecuencias de la Modernidad*, Madrid: Alianza.
- Giddens, A. (1997) “Vivir en una sociedad post-tradicional” en Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid: Alianza.
- Ginzburg C. (2001), *El queso y los gusanos*, Barcelona: Península.
- Gras, C. (2004); “Pluriactividad en el campo argentino: el caso de los productores del sur santafesino” en *Cuadernos de Desarrollo Rural*, segundo semestre de 2004, número 51, Bogotá, Colombia, pp. 91 – 114.
- Gras, C. (2005); *Entendiendo el agro. Trayectorias sociales y reestructuración productiva en el noroeste argentino*; Bs. As.: Biblos.
- Gras, C. (2006a), “Redefinición de la vida rural en el contexto de la modernización: Relatos de “ganadores” y “perdedores” en una comunidad rural en la región pampeana argentina”, en Actas del VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, Quito, Ecuador.
- Gras (2006b), *Identidades en transición. Acerca de los cambios en la agricultura familiar pampeana*, en Actas de las IV Jornadas de Antropología social. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Gras, C. (2008); “Trabajo, propiedad y herencia: una reflexión sobre las dinámicas de estratificación en el mundo rural”; Trabajo presentado en las V Jornadas de investigación y debate Trabajo, propiedad y tecnología en la Argentina rural del siglo XX. Homenaje al profesor Miguel Murmis; Universidad Nacional de Quilmes.
- Gras, C. (2009a) “La agricultura familiar en el agro pampeano: Desplazamientos y mutaciones” en Gutiérrez, T. y J. M. Cerdá (comps) *Trabajo agrícola. Experiencias y resignificación de las identidades en el campo argentino*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS.

- Gras, C. (2009b) “Perfiles y trayectorias de productores empresariales en el agro pampeano. Acerca de la complejidad de los “ganadores” del nuevo modelo agropecuario”, trabajo presentado a XXVII Congreso ALAS, Buenos Aires.
- Gras, C. y Alfaro, M. (2004), “Sostenibilidad, persistencia y desplazamiento en espacios sociales rurales: Trayectorias sociales de sectores medios agrarios”. Informe Final de Investigación, Fundación Antorchas. Mimeo.
- Gras, C. y Barbeta, P. (2004) “Trabajo y organización laboral en las pequeñas y medianas explotaciones de la región pampeana” en *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, Nro. 21, Buenos Aires, Programa de Interdisciplinario de Estudios Agrarios.
- Gras, C. y Bidaseca, K. (2008) "Los noventa y después: criterios de pertenencia, exclusión y diferenciación social en tres pueblos del corredor sojero". Ponencia presentada a las VI Jornadas de Sociología de la UNGS, Buenos Aires.
- Gras, C. y Bidaseca, K. (2009) “Cartografías contemporáneas de tres pueblos sojeros en la Pampa gringa. Sobre territorios y procesos de reconstrucción identitaria de los chacareros”, artículo aceptado para su publicación en *Realidad Económica*.
- Gras, C. y Hernández, V. (2007) “Agricultura globalizada, institucionalidad y subjetividades: La tierra como objeto cristizador de conflictos”. Ponencia presentada al XXVIII Congreso Internacional de la Latin American Association (LASA), Montreal.
- Gras, C. y Hernández, V. (2007) “L’ agriculture argentine dans la globalisation: connaissances et subjectivités” en *Revue AutrePart*, N° 43 « Prospérité des marchés, désarroi des travailleurs? » París: IRD.
- Gras, C. y Hernández, V. (2007); “Changements du modèle productif et acteurs sociaux dans le paysage rural argentin” en Hernández, V.; Ould-Ahmed, P.; Papail, J.; Phelinas, P. (eds.) *Globalisation et logiques sociales*, París: L’Harmattan.
- Gras, C. y Hernández, V. (comps.) (2009) *La Argentina rural*, Buenos Aires: Biblos (en prensa)
- Gras, C.; Opezzo, M.; Manildo, L.; Lauphan, W. (2005), “Desplazamiento de explotaciones agropecuarias en la región pampeana. Características, categorías de destino y efectos sobre el bienestar de los hogares”. Informe final de Investigación, Fundación Antorchas, Buenos Aires: Mimeo.
- Grela, P. (1985) *El grito de Alcorta*, Buenos Aires: CEAL.
- Grimson, A. (2002): “Ritos de pasaje en la territorialidad urbana”, en Filc, J.: *Territorios, itinerarios, fronteras*. Bs.As.: UNGS – Ediciones al margen.
- Grimson, A. (2004a) "Las culturas son más híbridas que las identificaciones". (Conferencia). University of California at Santa Cruz.
- Grimson, A. (2004b): “La experiencia argentina y sus fantasmas”, en *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Bs.As.: CLACSO.
- Hassoun, J. (1996) *Los contrabandistas de la memoria*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor
- Hernández, V. (2005); “Empresarios ‘sin tierra’ y ‘pastores del conocimiento’: ¿Una nueva burguesía rural? comunicación presentada en el Coloquio Internacional “Travail, marché et intégration monétaire”, UNGS, Argentina. Publié in Hernández V.A., Ould-ahmed P., Papail J. et Phélinas P. (édits) *Turbulences monétaires et sociales. L’Amérique latine dans une perspective comparée*, París: L’Harmattan.

- Huysen, A. (2000) “En busca del tiempo futuro”, en *Puentes*, Año 1, N°2.
- INDEC (2002); Censo Nacional Agropecuario; www.indec.mecon.ar
- Jelin, E. (2002), *Los trabajos de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores y Siglo XXI de Argentina Editores.
- Jelin, E. (2004) *Pan y afectos. La transformación de las familias*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, E. y Kaufman, S. (2001), *Los niveles de la memoria: reconstrucciones del pasado dictatorial argentino*. **Entrepasados**, año X, N° 20/21.
- Jelin, E. y Kaufman, S. (2006): *Subjetividad y figuras de la memoria*, Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kaufman, S. (2006), “Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias”, en Jelin, E. y Kaufman, S., eds., *Subjetividad y figuras de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores y Siglo XXI de Argentina Editores.
- Kessler, G. (2000), “Redefinición del mundo social en tiempos de cambio” en Svampa, M. (ed.) *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires: Biblos.
- Kosellek, R. (1993), “Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos”, Barcelona: Paidós.
- Laclau, E. y Mouffé, C. (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Lattuada, M. (1995), “Un nuevo escenario de acumulación. Subordinación, concentración y heterogeneidad”, en *Realidad económica* N° 139, Buenos Aires.
- Lattuada, M. y Neiman, G. (2005); *El campo argentino. Crecimiento con exclusión*; Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Manheim, K. (1952), *Essays on the sociology of Knowledge*, Londres: Routledge.
- Manildo, L. (2007); “Memorias familiares e identidades sociales en la agricultura familiar pampeana. La tensión entre cambio y continuidad en un escenario en transformación”; trabajo presentado en las IV jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani, 19 al 21 de Septiembre de 2007, Buenos Aires.
- Manildo, L. (2008a) “Después de la emergencia. El Movimiento de Mujeres en Lucha: la consolidación en el espacio público y las pequeñas revoluciones domésticas”. En *PRACTICAS DE OFICIO*. N° 2, julio de 2008. IDES/UNGS. Disponible online en <http://www.ides.org.ar/programasdeposgrado/publicaciones/practicadeoficio/2008n2.isp>
- Manildo, L. (2008b) “Memorias familiares e identidades sociales en la agricultura familiar pampeana: voces y silencios en un diálogo intergeneracional”, ponencia presentada en IX Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.
- Manildo, L. y Muzlera, J. (2007); “Nuevo modelo tecnológico, gestión de la explotación y sentidos asignados a la tierra en la agricultura familiar pampeana”; trabajo presentado en las V jornadas interdisciplinarias de estudios agrarios y agroindustriales.
- Manildo, L. y Opezzo, M. (2005); “Desplazamiento y redefinición de las identidades sociales entre productores familiares de la región pampeana”;

trabajo presentado en las III jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani, octubre de 2005.

- Manzanal, M. (2007) “Territorio, poder e instituciones. Una perspectiva crítica sobre la producción del territorio”, en Manzanal, M., Arzeno, M. y Nussbaumer, B. *Territorios en construcción. Actores, tramas y gobiernos entre la cooperación y el conflicto*, Bs. As: CICCUS.
- Martínez Nogueira, R. (1998) “El desarrollo agropecuario y la cuestión institucional. El caso argentino”, en *Revista Perspectivas Rurales* Año 2 N° 2 pp. 36-55 Costa Rica.
- Murmis, M. (1996), “Pobreza rural y ocupación. Revisión de algunos datos inéditos” en *Revista Estudios del Trabajo* Nro. 12, Buenos Aires, agosto/diciembre 1996.
- Murmis, M. (1998), “Agro argentino: algunos problemas para su análisis” en Giarracca, N. y Cloquell, S. (comps), *Las agriculturas del Mercosur. El papel de los actores sociales*, Buenos Aires: La Colmena.
- Muzlera, J. (2007); “Las relaciones empresa-familia en los estratos medios de la producción agropecuaria pampeana”; trabajo presentado en las VII Jornadas de Sociología UBA entre el 5 y el 9 de Noviembre de 2007.
- Muzlera, J. (2008) *La producción familiar pampeana a comienzos del siglo XXI. Organización del trabajo, familia y herencia entre los chacareros del sur de la provincia de santa fe*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. Mimeo.
- Palacio, Juan Manuel (2004); *La paz del trigo. Cultura legal y sociedad local en el desarrollo agropecuario pampeano 1890 - 1945*; Buenos Aires: Edhasa.
- Palacio, Juan Manuel (2006); *Chacareros pampeanos. Una historia social y productiva*; Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Pollak, M. (2006), “Memoria e identidad social”, en *Memoria, Olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al margen.
- Porstmann, J. y López, G. (2001), “Variaciones en la Unidad Agrícola Económica. La influencia del precio de los granos” Ponencia presentada a las Segundas Jornadas sobre Estudios Agrarios y Agroindustriales, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.
- Ratier, Hugo (2003), *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*, Buenos Aires: La Colmena.
- Reza, L. y Parellada, G. (2001) “La agricultura argentina a comienzos de milenio: logros y desafíos”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 40, N° 160, enero-marzo, Buenos Aires.
- Reguera, A.(1999): “Familia, formación de patrimonios y transmisión de la tierra en la Argentina. Los Santamarina en Tandil (1840 – 1930)”. En: Gelman, J., Garavaglia, J., Zeberio, B. (comps.): “*Expansión capitalista y transformaciones regionales. Relaciones sociales y empresas agrarias en la Argentina del siglo XI*”, La Colmena – Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Bs. As.
- Ricoeur, Paul, *La Lectura del Tiempo Pasado: Memoria y Olvido*, Ed. Arrecife, Madrid, 1999.
- Rivera Cusicanqui, S. (2003), *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado amara y qhechwa 1900 – 1980*. La paz: Ediciones Yachaywasi.
- Sarlo, B. (2001) “Raymond Williams: del campo a la ciudad”, en Williams, R. (2001) *El campo y la ciudad*, Buenos Aires: Paidós.

- Sarlo, B. (2005), “Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión”, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Schuster, F. y Pereyra, S. (2001), “La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política”, en Giarracca, N. y colaboradores *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza.
- Scott, J. (1999): “Experiencia”, *Hiparquia*, vol. X Nro. 1, Buenos Aires: Asociación Argentina de Mujeres en Filosofía.
- Sennet, R. (2000), “*La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*”, Barcelona: Anagrama.
- Subirats, J. (2004): “*Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea*”, Barcelona: Fundación La Caixa.
- Svampa, M. (2005) *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires: Taurus.
- Teubal, M. (1995), *Globalización y expansión agroindustrial. ¿Superación de la pobreza en América Latina?*, Buenos Aires: Corregidor.
- Teubal, M. (2001); “Globalización y nueva ruralidad en América Latina” en Norma Giarracca (comp.); *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*; Buenos Aires: CLACSO.
- Teubal, M. (2003), "Soja transgénica y crisis del modelo agroalimentario argentino" en *Realidad Económica* Nro.196. Buenos Aires, IADE.
- Teubal, M. y Rodríguez, J. (2001), “Neoliberalismo y crisis agraria” en Giarracca, N. y colaboradores, *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires: Alianza.
- Teubal, M., Domínguez, D. y Sabatino, P. (2005) “Transformaciones agrarias en la Argentina. Agricultura industrial y sistema alimentario”, en Giarracca, N. y Teubal, M. (coord.) *El campo argentino en la encrucijada. Estrategias y resistencias sociales, ecos en la ciudad*, Buenos Aires, Ed. Alianza.
- Turner V. (1967). *La Selva de los Símbolos. Aspectos del Ritual Ndembu*, Madrid: Siglo XXI.
- Turner V. (1969). *El Proceso Ritual. Estructura y Antiestructura*, Madrid: Taurus.
- Whyte, W. (1971), *La sociedad de las esquinas*, México: Diana.
- Williams, R. (2000) *Marxismo y Literatura*, Madrid: Península.
- Williams, R. (2001) *El campo y la ciudad*, Buenos Aires: Paidós.
- Woortman, E. (1994), “A árvore da memória”, *Série Antropologia* N° 159, Brasilia: Departamento de Antropología – Universidade de Brasilia.
- Zeberio, B. (1995): “El estigma de la preservación. Familia y reproducción del patrimonio entre los agricultores del sur de Buenos Aires, 1880 – 1930”, en: Bjerg, M. Y Reguera, A. (comps.): “*Problemas de la historia agraria. Nuevos debates y perspectivas de investigación*”, Tandil: IEHS.

Imágenes de portadas

Murales conmemorativos del 95° Aniversario del Grito de Alcorta, localidad de Alcorta, Santa Fe. (Escuela y Municipalidad).

Portada Anexo: fotografía postal de 1915, con dedicatoria de un colono.